José Antonio
PRIMO DE RIVERA

Giorgio Almirante

GIORGIO ALMIRANTE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

CIARRAPICO EDITORE
Traductor: ENRIQUE TARAZONA
Proprietá letteraria riservata
CIARRAPICO EDITORE - 1980
ROMA - V.le Parioli, 3
Digitalizado por Triplecruz (27 de Junio de 2011)

PRÓLOGO DE BLAS PIÑAR

JOSÉ ANTONIO Y EUROPA

José Antonio fue un europeo de España. Conforme transcurre el tiempo y se contempla con mayor objetividad, no exenta de emociones, aquella figura extraordinaria, se vislumbran y llegan a pasar a un plano preferente aspectos no resaltados en principio de su pensamiento; y uno es, sin duda, el que hace referencia a Europa. Su sensibilidad exquisita, su formación clásica y sus dotes de observador, le impulsan, en el marco temporal en que vive, a darnos su visión de Europa.

Para José Antonio, España no es una nación aparte, encerrada en su torre de marfil, ajena al palpito de un continente y de un contenido, del cual aspira a desentenderse. Una concepción cerrada y celtibérica de España es absolutamente ajena al modo de ver y reflexionar de José Antonio. Por eso, en la medida en que se acercan a estudiarle quienes miran con curiosidad a la España de siempre y a la España que él contribuyó a restaurar con su doctrina y con sus hombres, la dimensión europea de José Antonio adquiere mayores quilates, y tanto su biografía como sus ideas se van dando a conocer más allá de nuestro contorno geográfico.

Giorgio Almirante, secretario general del M.S.I., diputado por Roma y parlamentario europeo, ha sentido la fascinante atracción de José Antonio y ha publicado, en su lengua, un libro sobre aquel capitán de juventudes que, con su vida y con su muerte martirial, dio testimonio estimulante de su fe religiosa y de su amor a España. Ese libro, que ha puesto en español Enrique Tarazona, viene desde Italia hasta nosotros como un saludo de fraternidad y lleva, por deseo de Giorgio Almirante, esta introducción, en la que trato de presentar a los lectores la riquísima vivencia que José Antonio tuvo de Europa, y de la cual el que subscribe participa.

La mirada de José Antonio sobre Europa no se limita a la toma de razón de su crisis, sino que se remonta a sus causas, única forma de encontrar soluciones a la misma.

Se ha hablado del rapto de Europa, y no sólo en términos mitológicos, sino como conclusión acertada de una filosofía de la civilización. La Europa de Santo Tomás vivió de verdades absolutas. Partiendo de la unidad metafísica, dice José Antonio; « Europa funciona (ba) según la mas perfecta

economía de los siglos (y) las Universidades de París y de Salamanca razonan (ban) sobre los mismos temas en el mismo latin » [1] (422). « El siglo XIII — afirmaba José Antonio — llenó la época más alta que ha gozado Europa » (476). « Del siglo XIII al XVI, el mundo entero, que en este caso es Europa, vivió una vida fuerte, sólida, en una armonía total » (488).

El rapto comenzó a producirse con la introducción de la duda y del libre examen (488). La duda corroe un sistema porque antes ha sembrado el escepticismo en el hombre; y un sistema no se mantiene con hombres que se encogen de hombros. La duda comenzó por donde comienzan las grandes crisis: en el campo de la Teología. Desde su altura es lógico y fácil el deslizamiento a la Política y a la Economía. El liberalismo religioso de Lutero alumbró el liberalismo político de Rousseau, y el liberalismo económico de Adam Smith. En una síntesis apretada, la proclamación de las tesis protestantes, « El contrato social » e « Investigación acerca de la riqueza de las naciones », forman la trilogía del rapto, hoy a punto de consumarse.

El libre examen contesta al Magisterio, que vela por la puridad de la doctrina revelada y salvadora. De aquí que cuando triunfa produce el caos en el dogma y por ello mismo en los sacramentos, en la liturgia y en la disciplina. El liberalismo político se opone a la existencia de un haz de verdades inspiradoras del derecho positivo, que costituyen la roca sobre la que ha de construirse la comunidad civil. De aquí que cuando se abre paso, lejos de edificar, destruye, porque la arena movediza no sirve de fundamento. El liberalismo económico entiende que el juego espontáneo de los hechos produce el bienestar, como si el « homo faber » quedara limpio de pecado cuando atraviesa el portón del dinero. De aquí que cuando se impone, reduciendo al Estado a un puro espectador, se lesiona gravemente el bien común, que supone el bien individual de los ciudadanos.

[1] Los números entre paréntesis remiten al libro: « Obras completas de José Antonio Primo de Rivera ». Recopilación de Agustín del Río Cisneros. Sexta edición.

Los cimientos teológicos, políticos, y económicos de Europa han sido brutalmente quebrantados. La Europa de José Antonio, en le que España, con su propia configuración nacional, se siente inmersa, sufre las convulsiones de la descomposición. Las disyuntiva es amarga y espeluznante. Las perspectivas se reducen, para José Antonio, a dos: « la

vecindad de una guerra... (en la que) Europa, desesperada, desencajada, nerviosa, acaso se precipité » o « el comunismo ruso, con su doble influencia marxista-germánica y anarquista-asiática » (502).

Lo que no podía vislumbrar José Antonio era que la disyuntiva tuviese un catalizador unificante, y que la guerra, en la que alocadamente se precipitó, fuera el suicidio de Europa. « El suicidio de Europa » se titula un libro esclarecedor del Príncipe Sturdza, ministro de Asuntos Exteriores de Rumania; suicidio provocado con tres armas: la de la propia conflagración con su cortejo de destrucciones físicas y morales, la entrega al comunismo de varias naciones del continente y la política de disco verde para la penetración marxista en las naciones que escaparon a la entrega.

Para José Antonio, europeo de España, la solución no puede estar en el liberalismo, causante de la hecatombe, pero tampoco se halla en el Estado de hierro que destruye la libertad. Si el liberalismo conduce de suyo a la anarquía, el Estado de hierro, amputando la libertad, conduce al despotismo. Ante el problema trascendente para la civilización, ni cabe afirmar que es preciso destruir al Estado para que surja una sociedad de hombres libres, ni cabe propugnar un Estado monopolio que conforme una sociedad de hombres iguales. Si la libertad produce la desigualdad, la igualdad acaba con la libertad. Y como sin libertad el hombre se convierte en robot y la igualdad es biológicamente imposible, la única salida airosa de la crisis se halla en la fórmula que asume con la fe la defensa de la libertad y con el amor el equilibrio de la desigualdad.

José Antonio, el 17 de noviembre de 1935, hizo clara referencia a las actitudes posibles ante la hora decisiva, es decir, a las fórmulas iniciales que se pueden adoptar en un intento de restauración de la armonía del hombre con su contorno. La primera, disolver la colectividad en los individuos (solución ácrata). La segunda, absorber a los individuos que tienden a dispersarse en la colectividad (solución totalitaria).

La primera de las soluciones, dice José Antonio, es funesta, y la segunda no es definitiva (porque) tiene vocación de interinidad. La formula madura se halla en volver a hermanar al individuo con su contorno, reconstruyendo « las unidades naturales de convivencia », los valores orgánicos, libres y eternos, que se llaman el individuo, portador de un alma, la familia, el Sindicato (y) el Municipio.

La tarea de reconstrucción, la búsqueda animosa de los pilares que hicieron posible la plenitud de Europa, es la piedra de toque necesaria para

una interpretación correcta y vitalizante del pensamiento joseantoniano, de su doctrina armonizadora del destino del hombre fuerte y del destino de la Patria. Ni aniquilación del Estado, ni Estado opresor, sino Estado fuerte y organizado, que garantice la libertad y la existencia. Tal es « la clave de Europa, que así fue Europa cuando fue y así tendrían que volver a ser Europa y España » (512).

Son falsas y malévolas, por tanto, las imputaciones que se hicieron a José Antonio en su época y que se repiten hoy, de panteísmo estatal. La revolución nacional sindicalista « no va a consistir en la absorción del individuo por el Estado, en el panteísmo estatal » (511), afirmará rotundamente. « La divinización del Estado es cabalmente lo contrario de lo que nosotros deseamos », pues entendemos que « el Estado no justifica en cada momento su conducta..... si no..... se amolda en cada instante a una norma permanente », es decir, al derecho natural y al derecho divino, que hacen del bien y la verdad categorías de razón » (104/105).

La dialéctica de José Antonio es contundente. No hay más que dos métodos de divinización del Estado: la del sufragio popular, que atribuye a la decisión voluntaria de la mayoría el dictamen sobre el bien y la verdad, y la del absolutismo monárquico, que atribuye al rey esa decisión y ese dictamen (104/105). Sólo los idiotas, concluirá José Antonio, seguirán diciendo mañana, pasado y dentro de cien años, que nuestra doctrina y nuestra praxis exigen desmontar el Estado « para sustituirlo por otro Estado absorbente, anulador de la individualidad. Para sacar esta consecuencia, ¿ íbamos nosotros a tomar el trabajo de perseguir los últimos efectos del capitalismo y del marxismo hasta la anulación del hombre ?. Si queremos evitar eso, la construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar, como occidentales, como españoles y como cristianos, por el hombre y sus unidades orgánicas » (562/3).

Una estimación global de las falsas imputaciones hechas al pensamiento joseantoniano, nos lleva a examinar el calificativo de fascista, esgrimido, entonces y ahora, por adversarios y envidiosos.

La cuestión, para mí, es clara y no cabe reaccionar ante ese calificativo con temple mediocre y turbado. Este tipo de reacción es la que precisamente se busca: que ante al vocablo, que tiene carácter peyorativo, en vez de argumentar con lógica, respondamos con miedo. Y la respuesta ha de ser tan lógica como valiente. Por valiente ha de llevar consigo una actitud gallarda, que no se siente herida por la calificación. Por lógica, ha de

ir acompañada de un examen objetivo del resurgimiento de los valores nacionales en la Europa que subsigue a la primera conflagración universal, es decir, a la guerra del 914 al 918.
Porque una cosa es el fascismo y otra lo que se han llamado, con fórmula generalizadora, simplista e inexacta, aunque aceptable a fines dialécticos, los fascismos.

El fascismo es un movimiento político italiano que tuvo como jefe a Benito Mussolini. « Yo he visto de cerca a Mussolini — escribe José Antonio en octubre de 1933 — .....el de la maravillosa serenidad..... Héroe hecho Padre — que vigila..... perenne el afán y el descanso de su pueblo ».

« El fascismo — había dicho antes — es una idea. Frente al marxismo, que afirma como dogma la lucha de clases, y frente al liberalismo, que exige como mecánica la lucha de partidos, el fascismo sostiene que hay algo sobre los partidos y sobre las clases, algo de naturaleza permanente, trascendente, suprema: la unidad histórica llamada Patria, y que al servicio de la Patria « el Estado tiene algo que hacer y algo que creer » (268).

Lo que ocurre es que la Patria, como unidad histórica, es algo anterior y posterior al fascismo, y que el fascismo recoge como partícipe y exponente de « una actitud universal de vuelta hacia uno mismo » (165). De aquí que el intento de reencontrar a España, « de buscar nuestra íntima razón de ser en las entrañas propias » (165), como igualmente quería Ganivet, no sea una imitación de lo que hizo en Italia el fascismo, sino un .aprendizaje y un estímulo para que « nosotros, volviéndonos hacia nosotros, encontremos a España »(165).

Precisamente por ir al reencuentro de nuestra propia identidad, José Antonio, que considera un genio a Mussolini, no es fascista. « Falange no es copia del fascismo » (196). « Falange no se ha llamado jamás fascismo » (913). « Todos sabemos que mienten cuando dicen que nosotros somos una copia del fascismo » (196). Más aún, el reencuentro con la propia identidad nacional, aunque acerque el método para lograrla, conduce a resultados diferenciadores, porque la Patria, cada Patria, es diferente, se ha configurado de modo distinto y tiene un destino propio en el quehacer universal.

Con harta razón argumentaba José Antonio: (porque otras naciones) « se hayan vuelto hacia sí mismas, ¡, diremos que las imita España al buscarse a sí propia ?. Estos países dieron la vuelta sobre su propia autenticidad y, al hacerlo nosotros, también la autenticidad que encontraremos será la nuestra

... y, por tanto, seremos más españoles que lo hemos sido nunca. España no va a imitar a Italia, va a buscarse a si misma ».

Y aquí es donde se halla la clave de un orden nuevo para Europa, ya que ese reencuentro de las Patrias consigo mismas tiene que conducir, no obstante la personalidad nacional diferenciada, al descubrimiento de los valores comunes, que, matizados por las propias características nacionales, les dieron vida en el decurso de la historia.

La dialéctica más apta, pues, para enfrentarse con el vocablo despectivo de fascista, que nos arroja el adversario, consiste, como decíamos antes, en la réplica valiente y lógica de: fascistas no y fascistas sí. Fascistas no, si por fascismo se entiende al movimiento político italiano que acaudilló Mussolini. Fascistas sí, si se califica de fascismos a los movimientos en los que hay, por debajo de las características locales, unas constantes que son patrimonio de todo espíritu humano » (195), y esas constantes se resumen en el redescubrimiento de la propia identidad nacional.

José Antonio supo dar la respuesta valiente y lógica cuando escribió: si por fascismo « se entiende una fe y una creencia en (la) Patria, como algo superior a la suma de individuos, como una entidad con vida propia, independiente, y con una empresa universal que cumplir, efectivamente, lo somos » (290), « porque el fascismo, como denominación genérica, tiene un valor de lucha, de alzamiento, de protesta de pueblos oprimidos contra circunstancias adversas, con su cortejo de mártires y con su esperanza de gloria » (568).

Ese reencuentro de España consigo misma tiene una dimensión europea, porque aquí, en nuestra « reserva espiritual », según la frase acuñada, se han mantenido, como en un vivero apartado de la dureza invernal, esos valores que hicieron posible la plenitud de Europa y la existencia de la Cristianidad, a que José Antonio aludía.

La tarea de autoidentificación, en el caso de España, ofrece una dimensión transnacional. La presentación pública y a escala europea de sus resultados constituye una exigencia de la solidaridad, o mejor aún, para emplear un lenguaje adecuado, del amor fraterno, que no sólo conviene a los hombres, sino también a las Patrias.

Y qué es lo que en síntesis ofrece el pensamiento joseantoniano, no sólo a España, sino a las naciones hermanas de Europa ?, ¿ qué valores redescubiertos en España pueden estimarse, sin perjuicio de los que constituyen patrimonio diferenciador, valores comunes, indispensables,

configuradores de la auténtica Europa, de la Europa que inspirándose en ellos alcanzó aquella plenitud ?.

José Antonio, que ha asumido el método — « la actitud universal de vuelta hacia uno mismo » (165) —, pero no la ideología ni el sistema auspiciado por otras naciones, profundizando en el ser mismo de España, teje un haz de principios básicos y animadores del quehacer político: el militar, el social, el nacional, el político y el religioso. Ese quehacer poético ha da tener tal fuerza sugestiva que nos haga sentirnos « no la vanguardia, sino el ejército entero de un orden nuevo que hay que implantar en España (y) que España ha de comunicar a Europa y al mundo » (421).

« Ni Séneca, ni Trajano, ni el Gran Capitán — recuerda José Antonio — aspiraron a un orden pequeño..... para España, sino que fueron a Roma, a Europa, a empuñar las riendas del mundo » (549).

Conviene, pues, que nos detengamos en el examen, por breve que sea, de los principios animadores de la tarea política, considerata, no como profesión, sino como vocación sacrificada y llamamiento al que se responde de manera afirmativa.

El primero, es el militar, puesto de relieve en el discurso del Teatro de la Comedia, del 29 octubre de 1933, en el que concluyendo el hilo de razones que le llevan a la fundación de su movimiento político, asegura que éste no es tanto una manera de pensar, sino una manera de ser, que impone la adopción ante la vida entera de una actitud de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida (6). La actitud militar, la asunción civil y política de las virtudes castrenses, ha devenido una exigencia para los pueblos que quieran salvarse. Por ello, en el punto 4 del Movimiento que José Antonio encabeza, se dice así: « haremos que un sentido militar de la vida informe toda existencia española » (340) y en el IX de los Puntos iniciales se pedía, al que solicitaba un puesto en la línea de combate, que entendiera « la vida como milicia: disciplina y peligro, abnegación y renuncia a toda vanidad, a la envidia, a la pereza y a la maledicencia » (93).

El segundo de los principios que arman la doctrina joseantoniana es el social. Para José Antonio la libertad desaparece o se merma hasta la angustia si no se asegura al hombre un mínimo de existencia. Pues bien; para asegurar ese mínimo de existencia es preciso ordenar la economía sobre bases que aumentan las posibilidades de disfrute de millones de hombre; y esa ordenación de la economía postula, a su vez, un Estado fuerte (512) que organice aquélla de tal modo que no se enajene el trabajo como

una mercancía, y que todos los que de una manera o de otra intervienen en la producción y distribución -se constituyan en Sindicatos verticales, que funcionarán orgánicamente, sin necesidad de comités paritarios ni de piezas de enlace » (510).

El tercero de los principios que examinamos es el nacional. Para José Antonio, hay que distinguir, diferenciándolos netamente, entre al patriotismo telúrico, emotivo, romántico, tierno y sensual (111) por la tierra nativa, y el patriotismo intelectual de la misión, que lo transforma en una verdad tan inconmovible como las verdades matemáticas. Este patriotismo, que es el auténtico, porque entraña una posición espiritual ganada en lucha heroica contra lo espontáneo, es el que pierde toda avidez y se instala más hondamente en nuestra autenticidad (216). De este punto de partida arranca el concepto joseantoniano de nación. Vista hacia atrás, la nación, como unidad histórica (99), no se contrata, sino que se funda (287). Vista hacia adelante, la nación es unidad de destino en lo universal. La nación, que tiene un pasado histórico y un quehacer (839) y un plan de futuro, se alza por encima del ente físico individualizado por accidentes orográficos, étnicos o lingüísticos (285). La nación lo es en tanto constituye unidad de historia, de convivencia y de destino. Lo que ocurre es que el engarce entre la historia y el destino desaparece, poniendo en juego la existencia y la continuidad de la nación, tanto si la unidad de convivencia se difumina con los separatismos, como si el agua viva, « la vena de la verdadera tradición española » (569) se paraliza para dejar seco el cauce o para llenarlo con aguas contaminadoras y residuales. La revolución necesaria para el logro de la justicia social, no es un pretexto para dar un salto en el vacío ni para una actuación mimética o importadora para echarlo todo a rodar (647). La revolución auténtica nace y se nutre del pasado, de las exigencias de un sentido tradicional profundo (267). José Antonio entiende la tarea de reconstrucción nacional como el corolario de una síntesis de la revolución y de la tradición, concibiendo ésta no como remedo, sino como sustancia, no con ánimo de copia de lo que hicieron los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias » (647).

El cuarto de los principios inspiradores de la doctrina joseantoniana es la poesía. Si para Cornelio Zelea Codreanu, el Capitán de la Legión rumana de San Miguel Arcángel, la guardia de Hierro era un movimiento musical, que hacía del canto un arma de captación y de combate, para José Antonio, el movimiento político que ponía en marcha tenía que ser desde su aurora «

un movimiento poético, (porque) a los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¿ ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete ! (69). Lo que sucede es que el entendimiento poético de la vida no se traduce solamente en versos. Es más, hay versos — los que confeccionan con trabajo los versificadores — que, fieles al metro, no traspiran ni encienden la llama poética que cada hombre lleva en su propio ser. La poesía nace de una fibra espiritual y sensitiva a un tiempo, que descubre el ser de las cosas, su mundo interior, su « weltanschauung ». En este sentido hay una prosa poética; y en este sentido la política puede concebirse y servirse como una función poética (747 y 935), e, incluso, el entendimiento de España y la consagración personal a su servicio como algo adquirido en el misterio de la vía poética (915). La poesía vital, y por tanto la que se trasvasa al campo de la política, no es obra del instinto desbordado. — Cuando José Antonio alude a la belleza del endecasílabo, está diciéndonos que así como el verso inspirado necesita de la estrofa, así también la política debe devolvernos, con el sabor del pan, el sabor de la norma (546).

El quinto de los principios que examinamos es el religioso. José Antonio supo con habilidad salir del laberinto planteado por los confusionistas acerca de las relaciones de la Religión con la Política. Se remontó a la cima, supo aclarar el tema y, una vez aclarado, formular con todo rigor su doctrina. Porque una cosa es la autonomía de lo temporal y otra el desligamiento independentista de lo temporal de lo religioso. Es cierto que hay que dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, pero se olvida, cuando ello se proclama, que el César, lo temporal, la política y el Estado, también son de Dios. Una cosa es que la Iglesia continúe en el tiempo y el espacio la misión evangelizadora y salvadora de Cristo, que el Estado no puede suplantar, y otra que el Estado se desentienda de la Religión, ignorando o negando el fin último del hombre. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado son un tema, y la actitud del Estado ante la Religión otro muy distinto, aunque se coordine con aquél, ya que la comunidad política, en cuanto tal, tiene, como subrayan el magisterio pontificio y el Vaticano II, sus deberes para con Dios.

José Antonio, a mi manera de ver, comprendió y vivió teológicamente la política. Desde lo poético, que es como una mística temporal, se eleva al plano teológico por la via religiosa (915). En ese plano, une a lo poético lo militar, y lo militar a lo religioso, porque « lo religioso y lo militar son los

dos únicos modos enteros y serios de entender la vida » (721). « No hay — pues — más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar — o, si queréis, una sola, porque no hay religión que no sea una milicia ni milicia que no esté caldeada por un sentimiento religioso —; y es la hora ya de que comprendamos que con ese sentido religioso y militar de la vida tiene que restaurarse España ».

Ahora bien, la teología del quehacer político, el recobro de la calidad religiosa de la existencia (935) abarca al hombre como eje del Sistema, al militante del Movimiento como portavoz y testimonio personal y encarnante de una doctrina, al jefe que la encabeza, al Estado, como instrumento que, según la frase de Oliveira Salazar, pone una idea en acción, y a la comunidad política qua rige el Estado.

Para José Antonio, el hombre, efectivamente, es el eje del Sistema. Pero ¿qué es .el hombre ?; ¿un ciudadano que acude a las urnas para depositar su voto ?, ¿un ser que produce y consume ?, ¿ un animal biológicamente desarrollado, pero con un destino idéntico a sus congéneres que no alcanzaron ese desarrollo ?. La respuesta, naturalmente, es negativa. El hombre es algo mucho más importante que un sujeto electoral (elector o elegido), o que un agente de la economía (productor o consumidor). El hombre es un ser trascendente, « llamado a la inmortalidad », « portador de valores eternos, envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse ». « Sólo cuando al hombre se le considera así — asegura José Antonio — se puede decir que se respecta de versas su libertad » (67), « su dignidad y su integridad como valores intangibles » (340).

El militante del Movimiento joseantoniano no puede eludir el planteamiento religioso de su vocación política. No cabe desentendimiento, porque si aquella vocación se enmarca en el ámbito de lo espiritual, el ápice preeminente de lo espiritual es lo religioso, y « ningún hombre puede dejar de formularse las eternas preguntas sobre la vida y la muerte, sobre la creación y el más allá (y) a esas preguntas no se puede contestar con evasivas (sino) con la interpretación católica (que) es la verdadera » (92).

Por eso el militante, recuerda José Antonio comentando un discurso de Indalecio Prieto, debe conquistarse a sí mismo para conquistar a España (936), porque la primera revolución que es necesario ganar es la íntima, la que se forja en la batalla de la propia formación, la que puede dotarnos de la fortaleza que se requiere para el combate, la que estabiliza en los altibajos, barriendo el orgullo y la soberbia en el tiempo de la victoria y evitando la

desilusión y la huida en el tiempo de la adversidad. El militante, pues, ha de estar dispuesto a cumplir su misión política con neto sentido religioso (513), contemplando su tarea voluntariamente aceptada « sub specie eternitatis » (314).

El jefe, de otro lado, debe asumir la tarea, abandonar la lámpara egoísta de su propia celda y, por ser el elegido para el cumplimiento de la tarea más alta, transformarse, desde el puesto más humilde (858) en el « primer servidor (de) la armonía total (477). « La jefatura, la gloriosa pesadumbre del mando (663), la misión de capitanía (748), el caudillaje (50), « la suprema carga, obliga a todos los sacrificios. De la misma no se puede desertar ni por impaciencia, ni por desaliento, ni por cobardía » (399) y mucho menos por el apetito estragado de la masa, ya que « el jefe no debe obedecer al pueblo, sino servirle » (663). Esa voluntad de servicio presupone en el jefe un abandono de la postura dubitativa del intelectual y una dosis de fe (50), una gran fe, porque « los hilos de comunicación del conductor con su pueblo no son escuetamente mentales, sino religiosos (y) la masa tiene que seguir a sus jefes como a profetas (748).

Por su parte, el Estado no puede ser agnóstico, sino ético. La eticidad no mana de unos postulados o unos comportamientos laicizantes, sino de una afirmación católica (92). De aquí que el propósito de reconstruir España, de reencontrarla consigo misma, que ha de ser uno de los fines del Estado, haya de tener un « sentido católico ». « El Estado nuevo — reza el punto inicial VIII del Movimiento que José Antonio promueve — se inspirará en el espíritu religioso tradicional en España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que le son debidos » (93).

Finalmente, la concepción teológica de la política supone, para José Antonio, que el « finis operantis » de sus activos ejecutores esté impregnado de un amor de caridad hacia la Patria. Si el espíritu religioso (es) la clave de los mejores arcos de nuestra Historia » (67), ello es debido a que los hombres y las mujeres que hicieron esa Historia fueron impulsados por la fe y por la caridad, y no cayeron en la herejía de sustituir la esperanza, que es una virtud teologal, por la espera, que es un sucedáneo materializador y secularizante, liberal o marxista. Si el « Movimiento incorpora el sentido católico a la reconstrucción nacional » (344), ha de hacerlo amando a España con amor de perfección. Con una elegante belleza, José Antonio distingue el amor físico del amor de caridad, y encuentra la línea diferenciadora en el gusto. « Los que aman a su patria

porque les gusta la aman a golpe de instinto, por un oscuro amor a la tierra » (215), « con una voluntad de contacto; la aman física y sensualmente, mientras que nosotros la amamos — aunque no nos gusta — con una voluntad de perfección (porque) amamos la eterna e inconmovibile metafísica de España » (559). Ese amor moviliza a José Antonio, que se lanza por los campos y las ciudades de España a predicar « esta buena nueva » (190) y a encender amor; pero encenderlo, no de una manera blanda, suave, sino resuelta, enérgica y viril, estando dispuesto por ese amor a ofrecer el sacrificio de (la) sangre (291).

Para José Antonio, en España hay carne y alma, y entre el alma y la carne se libraba, como se libra hoy, un combate que José María Pamán puso en verso al escribir su « Poema de la bestia y el ángel ». El dolor de España (217), el sentimiento de amargura — el amor amargo — que invadió a José Antonio, no para reducirle a la parálisis, sino para impulsarle a la acción, nace de la cólera y el asco que le produce su carne enferma. España era — y lo es ahora — una nación reducida en el lenguaje a la inferior categoría de país, y, para utilizar las mismas palabras del fundador: mediocre, entristecida, miserable, melancólica, dormida, oprimida, chata, olvidada, maltratada, dividida, sesgada y en ruina moral.

A esa carne hay que inyectarle espíritu salvador. Y ese espíritu no es otro que el alma española, el genio subterráneo de España (314), que aspira a hacer realidad en el tiempo y en el espacio el arquetipo de la España eterna, de la Patria que la Providencia quiso para la Historia; y hay que tomar partido: o por la España artificial, infecunda, ruidosa, o la España verdadera, vieja y entrañable, sufrida y segura, que conserva durante siglos la labranza, los usos familiares, continuidad entre antepasados y descendientes (583), la España rítmica, clara, tensa, tradicional y social, entera y armoniosa, una y plural, grande y libre.

Tales son los principios — el militar, el social, el nacional, el poético y el religioso — con los que José Antonio teje su doctrina política. Con ellos intenta oponerse al incendio de Europa, a su hecatombe, al declive, pérdida (858) y clausura de la civilización occidental y cristiana, que nosotros, educados en sus valores esenciales, nos resistimos a dar por caducada (859).

Qué se avecina para Europa?, se pregunta José Antonio. « Se avecina una invasión de la barbarie », la invasión del comunismo, sin Patria y sin Dios, (423) » una catástrofe histórica de las que suelen operar como colofón de cada era (935). Lo que ocurre es que ante la invasión caben « dos tesis:

la catastrófica, que ve la invasión como inevitable... y sólo confía en que tras la catástrofe empiece a germinar una nueva Edad Media, y la tesis nuestra, que aspira a tender un puente sobre la invasión de los bárbaros, a asumir, sin catástrofe intermedia, cuanto la nueva edad hubiera de tener de fecundo, y a salvar, de la edad en que vivimos, todos los valores espirituales de la civilización » (423/24).

La visión profética de José Antonio, que coincide con la de Donoso Cortés y la de Vázquez de Mella, resulta evidente a la hora de escribir esta introducción al libro de Almirante. Pero lo que importa no es tanto el descubrimiento del futuro, sino la reacción y la respuesta. Y la respuesta, que él ha comenzado a dar en España, buscando en el ser nacional, apelando a su genio, reencontrándolo con nostalgia (190), es una respuesta universal. « Cuando el mundo se encuentra sin salida, España es la que vuelve a tener razón contra todos » (233), porque «los valores fundamentales de la civilización española recobran, tras siglos de eclipse, su autoridad antigua » (952).

El antimarxismo de José Antonio es el reverso de una actitud positiva y beligerante. « Somos antimarxistas, porque nos horroriza, como a todo europeo, ser como un animal inferior en un hormiguero » (562). Para el comunismo el incendio de Europa es un tanto magnífico (654). Tomar las llamas del incendio, arrancarles su furia devorada e iluminar con ellas un nuevo camino, vitalizado por los valores que dieron a Europa su plenitud y su unidad espiritual » (418), es la tarea que nos incumbe a los españoles como europeos y a España como potencia europea (654). Si « España se opone al incendio de Europa » (657), no lo hace ignorando el incendio, acurrucándose en su propio solar, sino inflamándose con el fuego del Espíritu, encendiéndose con « el entusiasmo de la Patria y de la Religión » (197).

Esos valores — el militar, el social, el nacional, el poético y el religioso — los tenemos en España intactos. ¿ A qué esperamos — grita enardecido José Antonio — para recobrar nuestra vocación y ponernos otra vez, por ambicioso que esto suene, en muy pocos años a la cabeza de Europa? (507).

Ya sé que España ha perdido la batalla después de conseguir su victoria. No es ahora el caso de analizar aquí las motivaciones convergentes de la pérdida. En cualquier caso, la empresa de hacer historia (916) no aparece conformada por una línea recta, sino por un zig-zag tembloroso, análogo al de la aguja imantada, o al del péndulo vacilante, o al del nivel inseguro;

pero al fin, la aguja encuentra su norte, el péndulo su verticalidad y la burbuja el nivel de su quietud estática.

Por eso, ante una Europa en crisis podemos recordar el texto antiguo: « o vence la concepción espiritual, occidental, cristiana, española de la existencia... o vence la concepción materialista » (909). La España de hoy, víctima del contagio, se atreve con serena energía a repetir a las naciones hermanas del continente que han puesto en ella sus ojos angustiados, las palabras de José Antonio: « Todas las fuerzas juntas de la destrucción no han podido hacer sino parar por unos instantes la marcha de la nueva España, que avanza con la cabeza metida en lo eterno y con los pies calzando el brío de toda una juventud segura de sus pisadas » (530).

Esta actitud es la única que puede hacernos brincar por encima de la ciénaga y poner nuestras aptitudes al servicio no sólo del destino de España, sino también del destino de Europa (512), porque a Europa, desde esta punta sur-occidental del continente, la queremos, en la rica multiplicidad de sus naciones, una, grande y libre.

INTRODUCCIÓN

ESPAÑA

Pienso que este libro, gracias al atractivo que todavía se desprende de la egregia figura de José Antonio Primo de Rivera, contará en Italia con el favor de todos aquellos que, en el trienio 1936-39, fueron voluntarios para dar una mano a los hermanos españoles empeñados en la sola auténtica guerra de liberación de nuestro siglo. En realidad, junto al nombre de Francisco Franco, el nombre de José Antonio campea en el respeto, en el amor, en la admiración de todos los combatientes de España. Así, pues, estoy convencido de que este volumen non será una inútil adición a cuanto sobre José Antonio se ha publicado en los últimos años en Italia, y me refiero en particular al óptimo ensayo de Primo Siena, editado por Giovanni Volpe; al importante estudio de Adolfo Muñoz Alonso, también editado por Giovanni Volpe, y a la notabilísima obra de Gabriele Fergola sobre la Derecha española, editada por Giuseppe Ciarrapico. Se trata ciertamente de obras, lo digo sin falsa modestia, de mayor envergadura que la mía; sin embrago, en mi caso es una emocionante experiencia personal que deseo confiar y comunicar justamente a nuestros combatientes en España.

Yo non tuve el honor de combatir contra el comunismo en el frente español. Como todos en Italia deseaba la victoria de Franco; me exaltaba, como todos en Italia, con la lectura de aquellos partes de guerra; sentí (y que los amigos españoles non se disgusten) aquel acontencimiento histórico como si fuera también nuestro, non sólo en razón de la importante ayuda militar prestada sino en virtud de la identidad de la causa, y de las consecuencias positivas para ambos pueblos.

Transcurridos los años, distintos lo acontecimientos, precipitada Italia en la vorágine de la guerra civil, el trienio 1936-39, el trienio de la solidaridad italoespañola, quedó arrinconado en mi conciencia (y, creo, que en la de muchísimos italianos de mi generación) dando lugar a un menor interés o a algunas amargas incertidumbres de juicio con respecto a España, lejana de nosotros durante nuestra guerra, y más tarde, apenas desaparecido Franco, tan rápida en precipitarse, en el abismo de una decadencia civil y política y también moral, tan similar a aquella en que, por efecto de la derrota, se ha precipitado el pueblo italiano.

Mientras que a Francia me ha vuelto a unir cultural y humanamente, desde los primeros años de la posguerra, el inigualable Maurice Bardéche, el cuñado, el amigo, el primer intérprete de Robert Brasillach, a España he llegado, perezosamente, con retraso. Fue en 1978, con occa-sión de una iniciativa política — la Euroderecha — que podia incluso ser considerada como un fin en sí misma y no susceptible de realizaciones culturales y civiles.

El destino quiso que el viático para aquella iniciativa fuera un viático de sangre, de sangre joven, derramada en una batalla común. El destino quiso que España, la España sin adjetivos, abriera los brazos a Italia, la Italia sin adjetivos, en el momento en que « Italia », entre comillas, daba indiferente la espalda al sacrificio de tres jóvenes asesinados por los rojos en la periferia de Roma, de una Roma de 1978 muy similar al Madrid de 1936.

Fue así que el abrazo entre nosotros de la Derecha italiana y los amigos de Fuerza Nueva se convirtió en un reencuentro, fácil y espontáneo, como si hubiéramos vivido juntos las mismas experiencias, pensado y querido las mismas cosas. A partir de aquel momento, José Antonio se ha convertido en nuestro Mito, en nuestro Héroe, o más simplemente, como pienso que también le agradaría a él en « uno de los nuestros »; y desde aquel momento, querido Blas Pinar, nuestros Mitos, nuestros Héroes, han entrado en la realidad civil, humana, cristiana, que se llama ESPAÑA.

A partir de entonces, desde el día en que frente a la sede madrileña de Fuerza Nueva se aglomeraron millares de españoles al grito de ¡ Arriba Italia!, desde aquel día, la Patria que nos duele, no es ya sólo la Francia de Brasillach, no es sólo la Italia de Borsani sino también la España de José Antonio.

España. España « una y libre », la España verdadera. La España que en estos últimos años, en estos desolados y terribles años, los años vividos en la pesadilla de una guerra civil, vil y subterránea, peor que todas las guerras civiles combatidas al aire libre; la España que ha aparecido, en ocasiones memorables, increible y casi anacrónicamente valerosa y señora, patrona y dominadora de un destino político que no se mide por votos sino por rostros, los rostros de los muchachos de José Antonio, multiplicados por ciento, por miles, por ciento de miles: prodigiosa floración de juventud en la Plaza de Oriente o en la Plaza de Toros de las Ventas o en el templo del Valle de los Caídos, o por las calles regias de Madrid, en ordenado ir y venir de las grandes manifestaciones populares. Una España verdadera e

increible, inmóvil más allá de los tiempos mutables, y, sin embargo, presente, con fuerza admonitoria, en este tiempo vil y mentiroso. Una España que podrá incluso perder, que Dios no lo quiera, porque sería una catástrofe y condenación europea, su batalla política contra las mismas fuerzas del mal que Franco y José Antonio derrotaron con las armas y la fe; pero que ya ha vencido la batalla del compromiso moral y cultural. La España « imperial » vaticinada por José Antonio y modelada en sus escritos y discursos, sin énfasis y sin retórica: hablar de un imperio del espíritu, de un imperio de los valores espirituales, sobre la base de una concepción religiosa de la vida, no significa escapar de la realidad para esconderse entre las nubes de la utopía, sino al contrario, significa tomar la esencia de la historia y del destino del hombre hecho a semejanza de Dios.

Hace falta, es cierto, un gran fe para creer en esta España, porque alrededor está el drogado desierto de los tiempos modernos, porque alrededor está el cinismo y el escepticismo y, lo que es peor, el ateísmo; porque alrededor pulula y se agita la vergonzosa irrisión; porque alrededor trabaja el pico demoledor de una duda que ya non es ni tan siquiera cartesiana sino anárquica, libertaria, nihilista. Alrededor está la « otra España », que non es la España sensata y bonachona de Sancho, en contraposición a la España soñadora y romántica de Don Quijote, sino la España que sobre la hoguera sacrílega no inmola el principio nacional encarnado en una Virgen patriota, sino que arroja, rabiosamente, toda la Tradición, toda la Hispanidad, todos los valores y principios por los cuales durante siglos el pueblo español ha pagado un altísimo precio.

Si España en sus datos esenciales, es la única gran Nación europea capaz de espejarse limpiamente en la mística medieval, en una mística cristiana y no germanizante, celeste y no oscuramente nibelunga, en una mística latina y, por eso, romana y, por consiguiente, dotada de clásica armonía y alejada de la fría tiniebla de las leyendas del Norte; si España puede decirse que está anclada en su medioevo y es, por consiguiente, capaz de éxtasis y de contemplaciones, pero al mismo tiempo capaz de Cruzada más que cualquier otra gente de Europa, es ciertamente debido al prolongarse por siglos en el cielo de España una luz y no una noche medieval, es decir, una perdurable Tradición. Mucho ha pagado España por tener fe en la propia tradición. Por poblar y no abusar de las nuevas tierras de América, el pueblo español llevó allí a sus mejores hijos. Para realizar la propia unidad, el pueblo español expulsó a musulmanes y hebreos,

obedeciendo a la mística medieval, obedeciendo al espíritu de Cruzada, defendiendo la Tradición y privándose de los grandes recursos agrícolas, representados por los unos, y de los grandes recursos comerciales, representados por los otros. Para sostener el papel de « defensor fidei », el pueblo español afrontó durísimas guerras, que — negativamente concluidas con los tratados de Westfalia (1684) y de Utrecht(1713) — señalaron el fin de su Imperio terrestre pero no de su misión civil. Y cuando en 1936, el pueblo español se alzó en armas contra la « otra España », fue de nuevo la Cruzada, fue de nuevo la Tradición, fue una vez más la Hispanidad; fue la España de José Antonio.

Por otra parte, sería un gran error, un error de juicio y de perspectiva, el de aquellos que acercándose a la España de José Antonio, a esta España, consideran a la Tradición como tabú, a la Tradición como pasado. No se muere por el pasado, y si es verdad que por el pasado non se muere, también es más verdad que del pasado y por el pasado no se vive, si vivir significa pensar y obrar, es decir, moverse en el tiempo y en el espacio. José Antonio vivió y murió, sin duda alguna, por la Tradición, pero entendida como la entendió su predecesor Vásquez de Mella, que había dicho: « Sin tradición non hay progreso »: esta frase podemos convertirla fácilmente en esta otra: « Y por lo tanto, no hay verdadera Tradición allí donde no hay posibilidad de progreso. » Entonces, he aquí el drama de aquella generación de grande intelectuales españoles, con Unamuno a la cabeza, la que fue llamada generación de 1898, año en que España padeció la humillación de perder lo que quedaba de su imperio: Cuba, Puerto Rico e Las Filipinas. He aquí el drama de los intelectuales y de los patriotas españoles, que vieron la Tradición irremediablemente separada del progreso y de la realidad de los tiempos, que vieron la crónica mofarse de la Historia. He aquí el drama, y el compromiso de José Antonio y de los jóvenes de su generación, los cuales concibieron y realizaron la política, no como el arte de lo posible sino como el arte, la dedicación y la poesía de lo irrenunciable. He aquí el significado histórico del Alzamiento de Franco: era la Tradición que se unía a la Actualidad y volvía a soplar levemente sobre el Progreso.

España, esta España, es para José Antonio el terreno de encuentro entre el pasado, presente y futuro, es el espíritu de la Nación que se encarna en el pueblo.

Habla de su España come un enamorado. « Nuestra misión es difícil hasta el milagro; pero nosotros creemos en el milagro », exclama en el

discurso pronunciado en Madrid, el 19 de mayo de 1935. Añade en otro pasaje: « Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su patria porque les gusta la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección ». Y todavía (discurso del 3 de marzo de 1935, pronunciado en Valladolid): « ...nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, porque éste es el sentido de España, que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos. » Aquí nos encontramos frente a la Idea nacional elevada a valor filosófico o, sin más, a símbolo de cristiana religiosidad. Creo no equivocarme al afirmar que el credo nacional no ha volado jamás tan alto como con la inspiración patriótica de José Antonio.

Esta es la España con la cual nos encontraremos al narrar la vida y obras de un Cristiano asesinado a la edad de treinta y tres años, cómplices los Pilato y ejecutores los Barrabás de la época. Esta es la España que todavía está empeñada en una Cruzada como aquélla, contra enemigos como aquéllos, por aquélla misma Tradición.

Nuestra misión es difícil hasta el milagro...repetiría José Antonio.

CAPITULO PRIMERO. JOSÉ ANTONIO - LA VIDA

José Antonio nace en Madrid, el 24 de abril de 1903, en un pequeño piso de la casa situada en el número *2,2* de la calle de Genova. Es el hijo primogénito de Don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, teniente Coronel de Infantería y Marqués de Estella, y Doña Casilda Sáenz de Heredia y Suárez de Argudín. El 13 de mayo recibe el bautismo en la parroquia de Santa Bárbara, en el Monasterio de las Salesas Reales. En 1904 nace su hermano Miguel, que será testigo de la trágica muerte de José Antonio en la cárcel de Alicante. En 1905 nace su hermana Carmen, también destinada a compartir la cárcel de Alicante durante el encarcelamiento y muerte de José Antonio. En 1907 nacen las dos hermanas gemelas, Pilar y Angelita, pero esta última muere a la edad de seis años. En 1908 nace el hermano Fernando, al que también el destino le reserva un trágico fin, y nueve días después fallece la madre, a la edad de 28 años, dejando seis huérfanos, de Tos cuales el primogénito, José Antonio, tiene cinco años. El padre confía los niños a la abuela y a dos tías solteras. Entra en escena la « tía Má » que, a partir de ese momento, será la verdadera institutriz de los cinco hermanos y nunca abandonará a José Antonio hasta la cárcel de Alicante.

En cuanto al origen familiar de José Antonio, los biógrafos españoles observan que en su carácter y formación ha influido sin duda la doble ascendencia, andaluza por parte de padre y castellana por parte materna. Del padre andaluz habría heredado la vivacidad de espíritu, la facilidad de palabra, el don de mando, la alegría de vivir; mientras que de la madre castellana habría heredado la profunda seriedad, la inclinación al ensueño y a la melancolía, la paciencia frente a las más duras pruebas y el espíritu de sacrificio. Todos los biógrafos reconocen de modo particular en José Antonio al castellano, porque el amor ilimitado que profesa a la Patria española, a la España « una », se traduce frecuentemente en sus escritos por un particular arrebato de afecto por Castilla a la cual ha dedicado (en el discurso de proclamación de Falange Española de las JONS, pronunciado en Valladolid, el 4 de marzo de 1934), una página que, justamente en esta primera parte de la biografía de José Antonio, vale la pena citar, porque se

trata de una imagen de Castilla, y en el fondo de toda España, que sólo en Unamuno encuentra parangón y porque únicamente de la relación José Antonio-Castilla-España, en términos históricos y culturales, puede aparecer clara la imagen humana de nuestro personaje:

« Esta tierra de Castilla, que es la tierra sin galas ni pormenores; la tierra absoluta, la tierra que no es el color local, ni el río, ni el altozano. La tierra que no es, ni mucho menos, el agregado de unas cuantas fincas, ni el soporte de unos intereses agrarios para regateados en asambleas, sino que es la tierra; la tierra como depositaría de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso en la vida, el habla y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes.

Y sobre esta tierra absoluta, el cielo absoluto.

El cielo tan azul, tan sin celajes, tan sin reflejos, verdosos de frondas terrenas, que se dijera que es casi blanco de puro azul. Y así Castilla, con la tierra absoluta y el cielo absoluto mirándose, no ha sabido nunca ser una comarca; ha tenido que aspirar, siempre, a ser Imperio.

Castilla no ha podido entender lo local nunca; Castilla sólo ha podido entender lo universal, y por eso Castilla se niega a sí misma, no se fija en dónde concluye, tal vez porque no concluye, ni a lo ancho ni a lo alto. Así Castilla, esa tierra esmaltada de nombres maravillosos — Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres —, esta tierra de Cancillería, de ferias y castillos, es decir, de Justicia, Milicia y Comercio, nos hace entender cómo fue aquella España que no tenemos ya, y nos aprieta el corazón con la nostalgia de su ausencia ».

Esta es Castilla, esta es la España de José Antonio, « su » España: la tierra en « absoluto », la Patria en « absoluto », la tierra y la Patria que son vocación y aspiración imperial porque son depositarías de valores eternos.

En 1909 comienza la guerra de Marruecos y el padre de José Antonio, el futuro dictador, casi siempre está alejado de la familia. Es un militar con manifiestas ambiciones políticas y, en consecuencia, es objeto continuamente de discriminaciones y persecuciones. El primogénito, todavía niño, se convierte pronto en un experto en la materia porque las vicisitudes del padre obligan a la familia a trasladarse con frecuencia. « Cada vez que papá pronuncia un discurso nos vemos obligados a cambiar de residencia » — dice con amargura José Antonio.

La vida política española, desde el comienzo de la guerra de Marruecos (1909) hasta la llegada de la dictadura de Primo de Rivera (septiembre de

1923), es agitadísima, aun cuando España no intervenga en la primera guerra mundial.

Aparecen los separatismos con trágicas consecuencias, especialmente en Cataluña y las Vascongadas; nacen las organizaciones obreras de inspiración marxista; se legalizan y, en consecuencia, proliferan las huelgas y se multiplican los atentados políticos y la violencia. En el transcurso de pocos años son asesinados dos Presidentes del Consejo. Se funda el primer partido comunista español. Los anarquistas se muestran particularmente activos en las iniciativas desestabilizadoras. Derrotas desastrosas, fruto también de repetidas traiciones, en la guerra contra Abd El Krim. En un decenio se suceden nueve gobiernos, mientras los movimientos separatistas, especialmente en Cataluña, establecen de hecho gobiernos locales. En este clima madura el golpe de Primo de Rivera con el total apoyo de la monarquía.

Durante todo este período, José Antonio, muchacho, adolescente, joven licenciado en derecho, no parece tener ningún interés directo por los acontecimientos políticos. De muchacho, las ocupaciones preferidas son de carácter intelectual. Escribe dramas teatrales, que hace recitar a su pequeña compañía familiar, formada por los hermanos y primos. La familia recuerda un drama en verso compuesto por José Antonio a los diez años: « La campana de Huesca ». De 1912 a 1917 José Antonio y su hermano Miguel estudian bajo la dirección de profesores particulares. No tardan en manifestarse las superiores dotes intelectuales de José Antonio.

Don Miguel Primo de Rivera está orgulloso del hijo, tiene por él debilidad; así, cuando envía a un amigo un retrato de su hijo, debajo de la imagen de José Antonio escribe: « Este será un hombre del que hablará mucho la historia. »

En octubre 1917 la primera elección importante. José Antonio termina el bachillerato. El padre deseaba que el primogénito siguiera sus pasos en la carrera militar, pero José Antonio elige los estudios de derecho. La motivación es típica del hombre: « Si hubiera estudiado para militar se habría dicho que mi carrera no se debía a mis méritos sino a la posición de mi padre. »

De 1917 a 1922 José Antonio sigue en la Universidad de Madrid los cursos de la Facultad de Derecho. Sólo tiene dos amigos: Raimundo Fernández Cuesta y Serrano Súñer, los mismos que en la cárcel de Alicante

nombrará albaceas testamentarios. Aun esto es un rasgo característico de su carácter totalmente fundamentado en la coherencia y en la continuidad.

Mientras estudia, José Antonio, orgullosísimo, se procura el dinero que le es necesario. Un tío suyo representa en Madrid una casa americana de automóviles y el sobrino se encarga de la correspondencia en inglés. Doctorado en 1923 se traslada a Barcelona, en donde se reúne con el resto de la familia, porque el padre ha sido nombrado Capitán General de Cataluña. En el mes de julio, José Antonio y su hermano Miguel cumplen en Barcelona el servicio militar. José Antonio es soldado del Noveno Regimiento de Caballería, Dragones de Santiago, y es un jinete modelo. Cuando los amigos lo tientan diciéndole que podría conseguir del padre algún permiso especial, responde: « Ser soldato e hijo del General me obliga más que a cualquier otro ». Pero las tentaciones en Barcelona no son sólo estas. José Antonio tiene veinte años, es un joven inteligente, viste con gran elegancia, las simpatías femeninas van placenteramente a su encuentro.

En ese momento, los acontecimientos políticos ponen a José Antonio entre la espada y la pared. En septiembre de 1923 la familia abandona Barcellona y se traslada a Madrid. Don Miguel Primo de Rivera es ahora Primer Ministro, con el apoyo del Rey Alfonso XIII, como consecuencia del incruento golpe.

La intensificación de los atentados terroristas, las intensas maniobras separatistas, especialmente en Cataluña, la marcha desfavorable de la guerra de África, hacen popular, o por lo menos indispensable para la salud de España, la dictadura moderada de Primo de Rivera, el cual nombra un Directorio Militar al vértice de la cosa pública.

Algún biógrafo ha visto en la redacción de la Proclama a la Nación del padre la mano de José Antonio. Es muy improbable que José Antonio, que hasta ese momento no había participado personalmente en los acontecimientos políticos, haya tenido parte en la redacción de la Proclama o la haya escrito directamente. Sin embargo, se trata de un texto que política y estilísticamente podría atribuírsele y por ello es interesante reproducirlo. La proclama dice:

« Españoles: Ha llegado para nosotros el momento más temido que esperado (porque habiéramos querido vivir siempre en la legalidad y que ella rigiera sin interrupción la vida española) de recoger las ansias, de atender el clamoroso requirimiento de cuantos amando la patria no ven para

ella otra salvación que libertarla de los profesionales de la política, de los que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un próximo fin trágico y deshonroso.

No tenemos que justificar nuestro acto, que el pueblo sano le manda e impone. Asesinatos de prelados, ex gobernadores, agentes de autoridad, patronos, capataces y obreros; audaces e impunes atracos, depreciación de moneda, francachela de millones de gastos reservados, sospechosa política arancelaria por la tendencia, y más porque quien la maneja hace alarde de descocada inmoralidad, rastreras intrigas políticas tomando por pretexto la tragedia de Marruecos, incertidumbre ante este gravísimo problema nacional, indisciplina social, que hace el trabajo ineficaz y nulo; precaria y ruinosa la producción agrícola e industrial; impune propaganda comunista, impiedad e incultura, justicia influida por la política, descarada propaganda separatista, pasiones tendenciosas alrededor del problema de las responsabilidades.....».

La dictadura moderada de Don Miguel Primo de Rivera dura menos de siete años: de septiembre de 1923 a enero de 1930; en este tiempo José Antonio no participa activamente en la vida política, si bien en varias ocasiones su padre le pide que lo haga. « Cuando un hombre ama la política — se dice que respondió José Antonio a quien en nombre del padre le pedía su intervención — sus hijos la detestan. » Pero no era porque ciertamente detestara la política por lo que José Antonio no participaba. Su orgullo, completamente castellano, le obligaba a labrarse un futuro sin ayuda de nadie y esto para el joven significaba antes que nada una cosa: destacar como gran abogado.

Terminado el servicio militar en Madrid, en los Húsares de la Princesa, en abril de 1925, José Antonio se inscribe en el Colegio de Abogados de Madrid. Instala su bufete en el piso que había dejado libre su padre, en el centro de la ciudad, cercano a la Puerta del Sol, y bien pronto goza de una buena clientela.

José Antonio sigue ejerciendo de abogado — civil y penal — con gran éxito. Ni frecuenta el Palacio Real ni el Ministerio de la Guerra y no toma parte en la vida social del padre. Por el contrario, es muy feliz cuando puede pasar algunas horas sólo con él, lejos de las preocupaciones de gobierno. En primer lugar, prefieren ir juntos a El Escorial, en donde los frailes se muestran muy felices de hospedarlos para que tengan un sereno «

retiro ». Y José Antonio exclama: « He nacido para vivir en una celda », ignorando que dentro de muy poco iría a parar a otras « celdas » bien diversas. El único viaje oficial que hace con el padre, en el séquito de los Soberanos, es a Italia, durante el primer año del Gobierno paterno. Pero en esta ocasión procura, dentro de los límites de lo posible, no asistir a los acto oficiales, banquetes, recepciones y revistas. Visita Roma con gran pasión. Un biógrafo, Gilíes Mauger, se pregunta: ¿ Se remonta a esa época su admiración por Mussolini? y responde: « Es probable, pero en tal caso, ha debido dejar en segundo plano todas las preocupaciones políticas para dar plena importancia al arte y la historia. » Compartimos esta opinión y dejamos para otro capítulo el tema de las relaciones entre José Antonio, la Italia fascista y el fascismo.

No falta, en esta fase interlocutoria y — podríamos decir — de preparación y de incubación de la historia humana y política de José Antonio, no falta — repito — ni podría faltar el gran amor, el único amor, el amor desafortunado. José Antonio se enamora de una joven de la alta nobleza. Pero los padres de la muchacha se oponen formalmente al matrimonio porque el reciente Marquesado de Estella no está a la altura de una antigua corona ducal. Desgraciadamente la joven obedece dócilmente a sus padres y más tarde, como veremos, José Antonio la encuentra justamente acompañada de su reciente esposo. Los siete años de la dictadura son ciertamente aquéllos durante los cuales se forma el carácter de José Antonio, se delinea su personalidad política, se determinan en él experiencias y convencimientos que volveremos a encontrar justo cuando, apenas caída la dictadura y desaparecido el padre, José Antonio entre en la fase activa de su empeño patriótico y cultural. En un primer momento las experiencias son completamente positivas. La dictadura moderada de Primo de Rivera consigue imponer la paz social con firmeza, logra suspender las huelgas generales y conducir hacia soluciones positivas la difícil aventura guerrera contra Abd El Krim. En 1925 se alcanza la victoria en Marruecos y Primo de Rivera puede aflojar las riendas de la dictadura sustituyendo el Directorio militar por otro civil. En 1927 se anuncia la institucionalización sine die de la dictadura, se crea la Unión Patriótica Española, se procede a una nueva estructuración de la Asamblea Nacional. Contemporáneamente nace la Federación Anarquista Española y los opositores se ponen en contacto y se refuerzan. La situación empeora, vuelven gradualmente las agitaciones sociales, el apoyo de la monarquía a la dictadura es cada vez

más débil y ambiguo, hasta que, el 28 de enero de 1930, Primo de Rivera dimite como Primer Ministro y Alfonso XIII se apresura a aceptar la dimisión. Pero no se trata de un cambio, es más bien un drama, que acaba casi fulminantemente con la vida del dictador depuesto. Menos de dos meses después, en efecto, el 18 marzo de 1930, el General, que había dejado España en exilio voluntario y se había refugiado en París con las dos hijas y su hijo Miguel, muere repentinamente en un modesto hotel de la ribera izquierda. José Antonio había permanecido en Madrid ejerciendo su carrera. Acorre a París para acompañar los restos mortales del padre hasta España y se encuentra frente a una triste realidad que le obliga a participar en aquellas polémicas de carácter político que hasta ese momento había podido mantener alejadas.
La primera y más directa consecuencia de los acontecimientos es, en la conciencia política de José Antonio, la debilitación o, sin más rodeos, la desaparición de su ideal monárquico.

El joven se convence de que Alfonso XIII se había servido del padre mientras no le quedaba otra solución, para librarse de él más tarde, abandonándolo sin más a los rencores y venganzas de los adversarios personales. Ya durante la guerra de Marruecos, el Soberano había tenido una ocurrencia poco feliz. Al encontrarse con José Antonio en una de las galerías de Palacio le había apostrofado así: « ¡ Que suerte ha tenido el cerdo de tu padre! Abd El Krim ha huido al Marruecos francés ». José Antonio no se había enfadado por la palabra « cerdo » que el Soberano había empleado familiarmente y sin voluntad de ofender, sino por juzgar intolerable que se atribuyera a la fortuna y no al valor, la victoria conseguida para España por el dictador.

Lo que sucede con ocasión de los funerales acentúa la amargura y el resentimiento del joven. La misa fúnebre se oficia en una capilla improvisada en la Estación del Norte en Madrid. El Soberano y el General Berenguer, sucesor de Primo de Rivera, asisten y se marchan inmediatamente. La sepultura tiene lugar en el Cementerio de San Isidro y no en el Panteón de Hombres Ilustres donde están sepultados los otros Presidentes del Consejo: el cortejo tiene órdenes de no pasar por el centro de la ciudad y ningún regimentó rinde honores al Jefe del Ejército vencedor de la guerra de Marruecos. Hay soldados pero sólo en servicio de orden para contener a la inmensa multitud que la prensa gubernativa, al día siguiente, tiene el mal gusto de atribuirla a la « curiosidad ». El estado de

ánimo de José Antonio se vuelve agresivo con los que ofenden la memoria del padre. El episodio más grave había sucedido apenas depuesto el dictador. Como el General Queipo de Llano hubiera criticado a Primo de Rivera en términos ofensivos, el joven, que era Oficial de Complemento, le hizo frente injuriándole en público, con tanta violencia que un tribunal militar lo juzgó y condenó inmediatamente, expulsándolo del Ejército. Desaparecido el padre, José Antonio e incluso los hermanos se dedican a una verdadera y auténtica caza de cuantos hablan mal de la obra del dictador. Se trate de ex-ministros, periodistas famosos, personas populares, los hermanos Primo de Rivera no se andan en chiquitas: las bofetadas llueven en los locales públicos y todo Madrid habla de ello. Célebre es la corrección que impone a un taxista que, por haber dicho que se negaba a que el hijo de Primo de Rivera subiera al automóvil, recibe una magistral bofetada. La indignación contra la villanía imperante induce bien pronto a José Antonio a tomar postura incluso por escrito. En marzo de 1931 publica una serie de artículos en el periódico ABC. El primero se titula « La hora de los enanos » y un párrafo dice así: « Los enanos han podido más que el gigante. Se le enredaron a los pies y lo echaron a tierra ».

Uno de los primeros desquites no tarda en llegar. Poco más de un año después de la muerte del dictador también el Rey hace las maletas. Se produce lo que se denominará la « alegría » del 14 de abril de 1931. Las elecciones administrativas generales dan la victoria a los monárquicos, pero en todas las grandes ciudades las izquierdas avanzan con firmeza. El Soberano considera que ha sido vencido y silenciosamente abandona España embarcándose en Cartagena con destino a Francia. Diez años-después morirá en Roma.

El ingreso formal de José Antonio en la vida pública tiene lugar en octubre de 1931, cuando se celebran las elecciones políticas. El joven se presenta candidato en una circunscripción de Madrid. En razón de su casi total inexperiencia es derrotado ampliamente por el viejo profesor Bartolomé Manuel de Cossío.

En el invierno de 1931 José Antonio reacciona bien con respecto a la desilusión electoral y comienza a hacer política. Entra a formar parte de un grupo — se llama « Fascio » o « Acción Española » — constituido por amigos del desaparecido dictador, aunque rechaza la dirección personal. Sucesivamente se acerca a otras posiciones más serias y consistentes bajo la jefatura de dos jóvenes: Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo.

Nacen las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, las JONS. Es el período formativo del pensamiento y de la doctrina de José Antonio. Más adelante, en los próximos capítulos, hablaremos de ello.

El verano de 1932 anticipa dramáticamente lo que el destino reserva a José Antonio. El joven conoce por vez primera la cárcel. La situación interna de España, semi-abandonada a sí misma después de la marcha del Soberano, se hace cada vez más angustiosa. Se producen sublevaciones militares en varias ciudades. La más grave en Sevilla, en donde se subleva el 10 de agosto el General Sanjurjo. El golpe fracasa, el General es capturado, procesado, condenado a muerte y más tarde se le conmuta la pena por la cadena perpetua. Es amigo de la familia Primo de Rivera. Esto es suficiente para que José Antonio y su hermano Miguel, sean arrestados y conducidos a la cárcel Modelo de Madrid, la misma que volvería a visitar cuatro años después. Los dos hermanos ignoraban por completo la tentativa del golpe, a tal punto que el 10 de agosto se encontraban en Francia, después de haber estado de vacaciones en San Sebastián. Pero no hay nada que hacer; apenas regresan de Francia, en la misma playa de Ondarreta, son arrestados. A las protestas de José Antonio se responde: « Un Primo de Rivera no puede haberse quedado al margen de los últimos acontecimientos. » No obstante, faltan las pruebas y después de algunas semanas los dos jóvenes son puestos en libertad, aunque también influya el hecho de que los ha defendido el Decano de los abogados de Madrid, Osorio y Gallardo, que fue un acérrimo adversario del padre. España siempre caballerosa.

Comprometido de lleno, José Antonio no abandona ya la vocación y misión política e incluso se vale de la toga para mejor sostener sus tesis.

En noviembre de 1932 se inicia en Madrid el proceso contra los ministros de Primo de Rivera y José Antonio hace una formidable disertación en defensa del más anciano de ellos, el ex Ministro de Justicia Galo Ponte. Pero se trata de un razonamiento espiritualmente dedicado por completo a la memoria de su padre, como lo acredita el fragmento lleno de emotividad dedicado a la muerte de Primo de Rivera: « Y aquel hombre, que si era fuerte como un gran soldado, era sensible como un niño; aquel hombre que pudo resistir por España, extenuándose por servirla, seis años seguidos de trabajo sin vacación, no pudo soportar seis semanas de afrentas. Una mañana, en París, con los periódicos de España en la mano, inclinó la cabeza — nimbada de martirio — y se nos fue para siempre. »

En 1933 se reanuda con dureza la persecución política contra José Antonio, que ya se considera *un* enemigo del régimen y está por convertirse en *el* enemigo del régimen, no ya como hijo del desaparecido dictador sino como portador de una idea política. Junto con otros, funda en Madrid el periódico « El fascio ». Es el 16 de marzo de 1933. Pero el diario no ve la luz porque es prohibido inmediatamente. Se origina una fatigosa polémica que termina sin que se tomen medidas judiciales. Poco tiempo después, siempre en 1933, José Antonio va a Roma y es recibido por Mussolini. Es un encuentro que deja una profunda huella en el ánimo del joven, del cual hablará sintéticamente, casi púdicamente, en el prólogo a « El Fascismo », de Mussolini: « Eran las siete de la tarde. Roma, acabadas las faenas del día, se derramaba por las calles bajo la tibia noche. El Corso era todo movimiento y charla, como la calle de Alcalá hacia esas horas. La gente entraba en los cafés y en los cinematógrafos. Se dijera que sólo el Duce permanecía, laborioso, junto a su lámpara, en el rincón de una inmensa sala vacía, velando por su pueblo, por Italia, a la que escuchaba palpitar desde allí como a una hija pequeña.»

Son pocas palabras pero se puede decir que José Antonio ha demostrado comprender bastante mejor que muchos otros y sobre todo sentir la « naturaleza humana » de la dictadura mussoliniana. Volveremos a hablar a propósito del muy discutido « fascismo » de José Antonio.

En octubre de 1933 nace la Falange, denominación adoptada después de una larga discusión entre amigos en casa del aviador Julio Ruiz de Alda. Es de destacar que la letra inicial de Falange recuerda al mismo tiempo Frente Nacional y Fascio.

El 29 de octubre de 1933, en el Teatro de la Comedia de Madrid, atestado, tiene lugar el bautismo de fuego de José Antonio. Ya no se trata de la espléndida disertación en defensa de quien ha obrado bien por España, no es ya el llamamiento elocuente a los amigos ni únicamente la vivaz y sincera polémica contra los adversarios. Nace la doctrina- falangista, nace la doctrina que se llamará, y todavía se llama, joseantoniana. Nace un mensaje nacional, social, civil y no sólo político. Nace, o por decirlo mejor, se afirma definitivamente el personaje. No es ya el hijo del dictador desaparecido, es un joven que reivindica valores eternos, que encabeza una incipiente rebelión ideal. Es la señal de la insurrección, condición y premisa para el « alzamiento » de 1936, y al mismo tiempo presagio fatal del sacrificio y del martirio. La luz de la idea, que proyecta en el tiempo y en la

historia, la sombra tenebrosa del calvario. Si es cierto lo que narran los biógrafos españoles, a propósito del discurso del Teatro de la Comedia, si es verdad que José Antonio, muy nervioso, había perdido todos los apuntes diligentemente ordenados y había tenido que hablar improvisando el discurso, este hecho constituye un testimonio aún más significativo del pensamiento y sobre todo del ánimo de José Antonio. A este respecto escribe el ya citado Gilíes Mauger: « Se produce en él un curioso desdoblamiento de personalidad. Ha olvidado las frases del discurso que había redactado, pero de su espíritu arrebatado surgen otras palabras, más nuevas, más jóvenes, más vibrantes, más inflamadas. » Me permito una corrección. No se trata de un « desdoblamiento de personalidad ». Se trata de la verdadera personalidad del hombre y del orador que emerge imperiosa. Se trata del orador de raza, que no olvida el precepto latino: « Rem teñe, verba sequentur » (Si sabes lo que quieres decir, las palabras vendrán solas). Memorable, pues, el discurso del Teatro de la Comedia, memorable por el contenido y la forma, memorable porque se trata, como pocas veces acaece incluso a los más grandes oradores, de un discurso-acontecimiento, de un discurso inmediata y directamente generador de hechos políticos determinantes.

Algunas semanas después, nuevas elecciones políticas. Esta vez José Antonio, al presentarse en Cádiz, en donde la familia paterna era bien conocida, es elegido en noviembre de 1933. Su actividad política es frenética, como diputado, como periodista, como abogado, como Jefe de la Falange. El 7 de diciembre aparece el periódico « FE ». Significa, el testimonio de una doctrina que también es un credo, Falange y Fe. Publica los nueve primeros puntos programáticos, que se convertirán en 27, de la doctrina falangista. El 4 de marzo de 1934, en Valladolid, se efectúa el encuentro y acuerdo entre la Falange y las JONS. El nuevo partido se llama: Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, o simplemente, FE de las JONS. A la cabeza del Movimiento se constituye un triunvirato compuesto de José Antonio, Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

La guerra civil ya está en el ambiente. Al anuncio de la unificación Falange-JONS los adversarios de extrema izquierda, que quieren introducir a José Antonio en la espiral de la violencia, responden con una serie de atentados. Un estudiante es asesinado en Madrid mientras compraba el periódico « FE ». Pocos días después los rojos matan a otro joven falangista

de 15 años. Los jóvenes secuaces de José Antonio se impacientan y quieren reaccionar. Una delegación llega de Toledo y le pide al Jefe que se haga una demostración de fuerza. Alguien grita: ¿ Debemos dejarnos matar como las moscas ? Impasible, José Antonio responde: « Somos distintos. No podemos como ellos hacen abandonarnos a actos de barbarie ». Y se opone con vigor e indignación al proyecto de confabulación que habría tenido por blanco a Largo Caballero, en un pasillo de la clínica a la que iba en busca de su mujer.

En 1934 José Antonio efectúa un breve viaje de estudio a Alemania, pero no pide ser recibido por Hitler, con respecto al cual no parece que el joven haya tenido jamás sentimientos particulares de simpatía o estima.

El 24 de septiembre de 1934, José Antonio escribe al General Franco, al que apenas conocía, ya que sólo lo había visto una vez en una circunstancia que nada tenía de política, es decir, en ocasión del matrimonio de Ramón Serrano Súñer, amigo de la infancia de José Antonio, con Zita Polo, hermana de Doña Carmen Polo de Franco. ¿Por qué deseando escribir a un militar de alto rango sobre cuestiones delicadísimas se dirige a Franco, al que conoce superficialmente, y no por ejemplo a los Generales Yagüe y Mola, amigos del padre y conocidos suyos desde la infancia ? Sólo hay una respuesta. José Antonio, evidentemente, consideraba al General Franco, de acuerdo con lo que ya se sabía de él, como el más apto, o quizás como el único idóneo para realizar sobre el plano militar lo que José Antonio se proponía llevar a cabo sobre el plano político.

La carta secreta de José Antonio a Francisco Franco es entregada directamente a Serrano Súñer, cuñado del General. Se trata de una exposición seria y concisa de la situación. Se trata también de una señal de alarma en relación con el peligro no imaginario de una rebelión roja e intervenciones extranjeras con la finalidad de quebrar España movilizando los autonomismos de Cataluña y el País Vasco. No hay pruebas de que la carta tuviera respuesta. El entendimiento estaba destinado a proseguir en la distancia. Los dos hombres no se volvieron a ver más y Francisco Franco respondió a José Antonio con el Alzamiento del 18 de julio de 1936.

Los acontecimientos se precipitaron, exactamente en el sentido indicado por José Antonio en la carta al General Franco. En octubre de 1934, las huelgas de Asturias son de extrema gravedad y 30.000 obreros toman las armas. Los vascos rebeldes gritan « muera España ». Uno de los jefes del movimiento autonomista declara: « Para defender nuestra nacionalidad

todos los medios son válidos, desde las bombas hasta la guerra ». Cataluña, bajo la guía del autonomista Companys se declara completamente independiente de la República Española. El Gobierno, presidido por el ambiguo Lerroux, y con la presencia de ministros radicales, anárquicos, liberaldemócratas e independientes, se muestra bastante débil.

El 4 de octubre, en aquella situación difícil, se reúne en Madrid, en el pequeño Centro de Riscal, el Primer Consejo Nacional de la Falange, en presencia de jóvenes militantes procedentes de toda España. El 6 octubre es elegido José Antonio Jefe Nacional de la Falange durante tres años.

La noche del 6 de octubre, concluida la reunión del Consejo, José Antonio ordena a los delegados que vuelvan a sus lugares de origen y dispone que en caso de revueltas locales o generales, los falangistas se dirijan a los Cuarteles de la cuidad o a las Comandancias más próximas de la Guardia Civil. La Falange aún es frágil, desde el punto de vista organizativo, los militantes no son muy numerosos, no existe un verdadero y propio aparato para-militar; sin embargo, el valor alcanza el paroxismo y la rápida capacidad para incorporarse a los acontecimientos como fuerza determinante forma parte del estilo y del prestigio de José Antonio.

Mientras de Barcelona llegan a Madrid los ecos de la rebelión (la radio de Barcelona dice insistentemente: « Catalanes, ¡ a las armas! »), se comienza a disparar por las callas de la capital. Delante de los ministerios, en las comisarías de policía, en las oficinas postales, las ráfagas de las ametralladoras barren las calles. También se dispara desde los tejados y los pisos superiores de los edificios.

José Antonio ofrece inmediatamente al Gobierno la ayuda de los falangistas para dominar la revuelta. La oferta no se toma en consideración. José Antonio continúa en su puesto después de la conclusión del Consejo Nacional. En su despacho, los falangistas armados guardan la entrada y contra su costumbre también tiene él sobre su mesa dos pistolas cargadas.

La mañana del 7 de octubre Madrid está anormalmente tranquila. Ya no se dispara. José Antonio se dirige solo a la sede del Gobierno para pedir al Ministro del Interior autorización para desfilar por las calles de Madrid « para devolver el valor a la población ». El Ministro ni lo autoriza ni tiene el valor de negarse. Quizás no tome demasiado en serio el propósito de José Antonio, no cree que sea capaz de improvisar, en aquellos momentos difíciles, una demostración de fuerza. A decir verdad, el comienzo de la demostración no es confortante. Los jóvenes que siguen a José Antonio no

son más de doscientos. Pero a lo largo del recorrido se logra milagrosamente el resultado esperado. El ejemplo de coraje crea más valor. Las ventanas se abren, la gente empieza a bajar a las calles. Centenares de jóvenes se unen a los primeros valientes, se convierten en millares animando todo el centro de Madrid. El milagro, una vez más, se ha realizado. El creyente ha generado los creyentes. José Antonio está conmovido. Es el 7 de octubre, es decir, el Aniversario de la Batalla de Lepanto y José Antonio ve en esa fecha histórica un presagio de victoria. El desfile, que había salido de Riscal, llega por las calles del centro hasta la Puerta del Sol. José Antonio marcha a la cabeza, detrás de él una sola pancarta de gran tamaño con el escrito: « ¡ Viva la unidad de España! ». Es el único lema que permite el joven Jefe de la Falange. Es la institución del futuro, de la tarea histórica de la Falange: unidad contra disgregación.

El valor genera valor incluso a nivel gubernativo. La rebelión queda domada con energía. En Barcelona es arrestado Companys; Azaña parte para un obligado exilio; el General Yagüe recibe el encargo de restablecer el orden en Asturias y el General Franco es llamado a Madrid.

José Antonio continúa solo en la predicación y también en la practica del valor. Decide ir a Asturias en donde la sangrienta rebelión apenas ha sido domada por el General Yagüe, viejo amigo de su padre. Sus más íntimos colaboradores tratan de disuadirlo. Lo juzgan « imprudente ». Responde que « la audacia ahuyenta el peligro » y añade « morir con la libertad en los labios y en el corazón significa morir en gracia de Dios ». Atraviesa Oviedo a pie, entre las ruinas humeantes. Ninguno osa afrontarlo. Vuelto a Madrid, no duda en asumir posturas provocatorias para que se sepa ya que la Falange está en pie de guerra frente a aquéllos que quieren dividir a España. Se entera de que el jefe separatista catalán Sbert se encuentra en Madrid, en el Hotel Savoy. Se dirige al hotel, entra en el salón, le indican quién es Sbert, que está en compañía de una señora, va al encuentro de ambos e invita al hombre a que se vaya, añadiendo que la señora puede quedarse. Los dos se alejan con prisa y sin respirar. Todo Madrid habla del asunto y todavía lo hace un historiador antifascista para denunciar la « violencia » del gesto. No obstante, es evidente que se trataba sólo y principalmente, de arrogancia española; sí, una arrogancia, si queremos, al servicio de un rumbo político coherente y adecuado a los tiempos.

Páginas amargas inmediatamente después de los éxitos del joven Jefe de la Falange, como sucede en todos los partidos. Rotura personal y política

con Ledesma Ramos, el fundador de las JONS, a tal punto que José Antonio se ve obligado en enero de 1935 a decretar la exclusión de Ledesma de la Falange. Nace la polémica, probablemente de la mal digerida elección de José Antonio como Jefe durante tres años de la Falange, como habíamos dicho. Los triunviratos determinan siempre y en todas partes las mismas consecuencias psicológicas. Pero aún hay más. Se, acusa a José Antonio, no sólo fuera sino dentro de la Falange y especialmente de las JONS, es decir, de los sindicatos, de que es un « señorito », de noble familia, de mentalidad burguesa. Acusa que entra en la lógica de los sindicatos obreros de cualquier parte del mundo pero que en este caso particular es de lo más absurdo. En realidad, José Antonio tiene indudablemente el complejo de « señorito », pero lo tiene en el sentido inverso, lo tiene para rechazarlo, para deshacerse de él, para aborrecerlo, lo tiene para llegar, como veremos, a unas enunciaciones que pueden sin más ser consideradas como demagógicas o populares, pero no ciertamente reaccionarias. Pero la irritación y la envidia por su elección como Jefe indiscutible de toda la Falange y la fácil sospecha de reaccionarismo de casta, determinan la ruptura entre Ledesma Ramos y José Antonio, poniendo a este último en grave dificultad con la juventud intelectual, obrera y campesina que milita en la Falange y en las JONS.

De nuevo surge aquí una vez más el inegualable estilo de José Antonio, su gran carga de fe y valor. Se dirige inmediatamente después de la expulsión de Ledesma a la sede del sindicato. Provocador, a la manera goliardesca, no va vestido con la camisa azul ritual sino con un traje elegantísimo gris y camisa blanca. Ramiro no aparece pero la sala está llena de obreros que acogen a José Antonio con gritos hostiles. Es la primera protesta en su ambiente. Les hace frente exclamando: « Escuchadme. Quizá salga muerto de este cuarto. Pero lo que aseguro es que antes de matarme habréis oído a este señorito ».

Media hora después, José Antonio sale casi en triunfo entre saludos y aclamaciones. Con él se quedan las tres cuartas partes de las JONS, junto a Onésimo Redondo y sus escuadras catalanas.

La polémica con Ledesma estaba destinada a continuar, mejor dicho a exasperarse, con duros ataques periodísticos por ambas partes. Pero también estaba destinada a concluir serena y trágicamente. En mayo de 1936 Ledesma se entera de la detención de José Antonio. El 29 de octubre de

1936 Ledesma será asesinado con crueldad por los rojos en Madrid, precediendo en el martirio poco menos de un mes al amigo reencontrado.

El año 1935 transcurre con una calma sorprendente aunque relativa. Es la calma que precede a la tempestad. La más grande personalidad política del Gobierno es el Ministro de la Guerra Gil Robles, el cual se dedica a bloquear los efectos negativos de la propaganda marxista en el ejército, nombrando al General Franco Jefe del Estado Mayor Central. Pero el Presidente del Consejo Lerroux se inclina visiblemente hacia la izquierda favoreciendo la constitución del Frente Popular.

En el verano de 1935, José Antonio debe hacer importantes declaraciones a su Junta Política. Se decide que, como en otras ocasiones, la reunión se celebre al aire libre en la Sierra de Gredos. La cita es para el 16 de junio, en un pequeño albergue de montaña, de los llamados paradores y que son mitad para poetas y mitad para enamorados. José Antonio llega con retraso porque proviene de Badajoz, en donde ha tenido una causa criminal. El Jefe continúa ejerciendo intensamente la profesión aunque ahora sea diputado. Llega en automóvil, lleno de polvo. Sube a lavarse y baja para cenar. Hay una pareja de recién casados, en viaje de bodas, en una mesa reservada. La esposa es la duquesa que había sido novia amadísima de José Antonio y que lo había abandonado como consecuencia del veto familiar. José Antonio se dirige hacia la pareja, besa la mano a la esposa, saluda al marido, les desea felicidad, vuelve con los amigos, cena muy poco, se retira temprano y desaparece hasta la mañana siguiente. Alguien dijo que no quería dormir en aquel albergue.

Por la mañana informe al aire libre. José Antonio describe la situación política ajustándose a la realidad. En febrero de 1936 habrá elecciones. José Antonio prevé el avance de la izquierda y el retorno de Azaña al poder y deduce que semejante gobierno estará prácticamente en las manos de los comunistas. España se sumirá en la anarquía y el comunismo aprovechará la oportunidad incluso a escala internacional. Es necesario prever lo peor, continúa José Antonio con sentido práctico, y en particular, hay que prever que la Falange será duramente perseguida. E Jefe continúa, esta vez con algo positivo. El único camino para la salvación es una insurrección, que debe unir a todos los hombres con valor y fe. Con la ayuda de un General (José Antonio no lo nombra) muchos miles de hombres concentrados cerca de la frontera portuguesa, en la provincia de Salamanca, marcharán sobre

Madrid. Se alzan voces jóvenes impacientes: ¿, Cuando ? José Antonio se torna de nuevo impenetrable: «Se sabrá en el momento oportuno ».

La reunión se disuelve en un clima de vigilia: los jóvenes falangistas acaban de saber que su Jefe se muestra decididamente partidario de la Cruzada de liberación de España de sus enemigos internos y externos. La consigna es ahora prepararse en espera de la hora X.

Durante el resto del año José Antonio se dedica a la labor parlamentaria, con discursos importantes sobre la reforma agraria y, en octubre, sobre el conflicto abisinio y las sanciones contra Italia. José Antonio pide la neutralidad de España, y en cuanto a las iniciativas y pretensiones de Inglaterra, declara con firmeza: « Nada debemos a Inglaterra. ¡, Tendré que hacer pasar por vuestro espíritu el recuerdo de Gibraltar ? ».

El 3 de diciembre de 1935 nace el « Cara al Sol ». El himno se concibe entre unos cuantos, con la dirección de José Antonio, en los sótanos de « Or konpon » el restaurante vasco de Madrid.

El año 1935 termina lírica y sentimentalmente para José Antonio y se inicia 1936, el año decisivo y desgraciadamente definitivo en su breve existencia, en un clima tenso y candente; sucede lo que José Antonio había previsto con lucidez en la reunión del verano. Disueltas las Cortes el 15 de diciembre de 1935, se fijan las elecciones políticas para el 16 de febrero de 1936. Para responder al Frente Popular de las izquierdas, las derechas españolas intentan una alianza general. Pero la tentativa fracasa y en ese momento aparece una interrogante a la cual han intentado responder todos los biógrafos de José Antonio, y en particular los que han estudiado, como es el caso del Profesor Fergola, la historia de la derecha española.

¿ Por qué ha fallado toda tentativa de unir a la derecha excepto cuando la dictadura de Franco ? ¿ Por qué las derechas con esa actitud han favorecido prácticamente el avance del frente de izqiuerdas ? Trataremos de responder más adelante y por ahora nos limitaremos a registrar los acontecimientos decisivos de 1936.

En 1936 lo Jefes de las tres fracciones importantes de la derecha española son: José Antonio a la cabeza de la Falange y de las JONS; Calvo Sotelo, de tendencia monárquica, al frente de Renovación Española y Gil Robles, líder de la CEDA, formación de inspiración monárquica. José Antonio, como hemos visto, ha sufrido una leve sangría como consecuencia de la salida de Ledesma Ramos y sus amigos sindicalistas; debe estar atento para que no lo confundan con una derecha virtualmente « reaccionaria ».

Por otra parte, los monárquicos, desconfían extremadamente del hijo de Primo de Rivera, porque saben bien que en su ánimo existe la enemistad con respecto a una monarquía que no se ha portado bien con su padre. Además, José Antonio está decidido a no abandonar ni moderar los 27 Puntos de la Falange, comprendido el lema: « Por la Patria, el Pan y la Justicia », que a los aristócratas no agrada a causa de la equiparación entre Patria y Pan e incluso entre Patria y Justicia. En fin, entre José Antonio y Calvo Sotelo, dos hombres cuya unión hubiera influido de manera estremadamente positiva en los destinos de España, o al menos en los resultado electorales de aquel año, había un mal entendido que se remontaba al tiempo en que Calvo Sotelo era Ministro de Hacienda en el Gobierno de Primo de Rivera. José Antonio juzgaba a Calvo Sotelo demasiado frío y demasiado atado a fórmulas de «politique d'abord »; en resumen, demasiado oportunista.

El caso político personal de Calvo Sotelo era, por lo demás, bastante complicado. Había sido elegido dos veces diputado después de la caída de Primo de Rivera, en 1931 y 1935, pero en ambos casos se había quedado en París, donde se había refugiado para evitar el proceso que sus colegas de Gobierno habían padecido. Sólo después de que fuera aprobada la ley de amnistía regresó a la Patria, presentándose de nuevo.

Tampoco esto era del agrado de José Antonio cuyo temperamento rehuía cualquier género de compromiso. Hubiera querido que Calvo Sotelo desafiara a las Cortes desde 1931 en adelante y se presentara a defender la obra del Gobierno de Primo de Rivera a pecho descubierto. Así, pues, cuando Calvo Sotelo toma la iniciativa, en vista de las elecciones, de ofrecer un acuerdo político a José Antonio, éste lo rechaza secamente, enviando al « ABC » un comunicado que dice: « Falange Española de las JONS no piensa fundirse con ningún otro partido de los existentes ni de los que se preparen, por entender que la tarea de infundir el sentido nacional en las masas más numerosas y enérgicas del país exige precisamente el ritmo y el estilo de la Falange Española de las JONS. Esta, sin embargo, bien lejos como está de ser un partido de derechas, se felicita de que los grupos conservadores tiendan a nutrir sus programas de contenido nacional en lugar de caracterizarse, como era frecuente hasta ahora, por el propósito de defender intereses de clases ».

A pesar de estas apriorísticas tomas de posición, de una y de otra parte, con la proximidad de las elecciones, y visto que los acuerdos son una

oportunidad técnica, dado el tipo de ley electoral, que premia las formaciones compuestas y castiga a los partidos más pequeños, se reanudan los contactos y las tentativas de acuerdo. José Antonio se reúne varias veces con Calvo Sotelo incluso alguna con Gil Robles. Pero es un desastre, ya que en el reparto de puestos se quiere que la Falange tenga la parte del pariente pobre y José Antonio decide presentarse solo. Junto a su primo Sancho Dávila se presenta por Sevilla y no por Madrid, ya que piensa que han de prevalecer los comunistas por un lado y los monárquicos por el otro.

Según las previsiones de José Antonio, el Frente Popular gana las elecciones y Azaña vuelve al poder. José Antonio paga con la derrota electoral su hostilidad contra cualquier clase de compromiso.

Cada vez más convencido de que están a punto de sonar las horas decisivas del destino de España, y alarmado ante las fuerzas abrumadoras de sus adversarios y enemigos de la Patria, José Antonio en ese momento confía en la « real-politik » y se dirige directa y públicamente a Azaña. En el periódico « ARRIBA » del 23 de febrero, a una semana de las elecciones, pide encarecidamente el Presidente que salve España y le aconseja la formación de un Gobierno de amplia base nacional, excluyendo a los marxistas y separatistas. Puede parecer ingenua esta improvisada jugada de José Antonio, pero existe un precedente que la justifica en parte o al menos la esclarece. En el mismo periódico « ARRIBA », algunos meses antes, el 31 de octubre de 1935, José Antonio había escrito: « Azaña volverá a gobernar...De nuevo España, ancha y virgen, atemorizada y esperanzada, le pondrá en ocasión de adueñarse de su secreto. Sólo si lo encuentra tendrá un fuerte mensaje que gritar contra el rugido de las masas rojas que lo habrán encumbrado. Pero Azaña no dará con el secreto: se entregará a la masa, que hará de él un guiñapo servil, o querrá oponerse a la masa sin la autoridad de una gran tarea, y entonces la masa lo arrollará y arrollará a España ».

La cita demuestra que Azaña, según el juicio expresado por José Antonio, era un enemigo, pero lo era « internamente », por dentro, sin ser irremediablemente prisionero del juego macabro llevado a cabo por las internacionales unidas al Frente Popular. En resumen, un enemigo en condiciones de comprender o quizás intuir el « secreto » de España; es decir, la visión mística y política al mismo tiempo de José Antonio, la certeza de la victoria de los valores eternos representados por España sobre las fuerzas del mal aliadas para dividirla y derrumbarla.

Por lo tanto, puede que sea verdad la noticia dada por algunos biógrafos, de que el joven Jefe de la Falange habría sido recibido por Azaña pocos días antes de su arresto. La versión más sugestiva del probable coloquio es la siguiente:

Azaña manda a llamar a José Antonio y le propone que se vaya de España con un salvoconducto especial. ¿ Quiere salvarlo ? ¿ Quiere quitárselo de encima sin recurrir a la violencia ? es difícil de decir. José Antonio rechaza la oferta y responde: « Mi madre está demasiado enferma para que yo la abandone ». Azaña sabe muy bien que la madre de José Antonio había fallecido hacía muchos años y asombrado, un tanto embarazado, se lo recuerda a José Antonio. « Cierto, responde el joven, lo recuerdo bien. Pero desde aquél instante yo tengo una so\ la madre, España, y es esta madre España la que está I profundamente enferma. No puedo dejarla ». Y le da la Respalda.

Puede ser, caso de que la noticia del encuentro entre José Antonio y Azaña fuera falsa, que la exhortación para que abandonara España se la hiciera Azaña de manera indirecta. Sin embargo, es cierto que al día siguiente de las elecciones, José Antonio viene convocado a la sede del Gobierno por el Presidente del Consejo, Manuel Pórtela Valladares, el cual, atemorizado por las manifestaciones marxistas después de la victoria electoral del Frente Popular, quiere asegurarse que los falangistas no responderán a las provocaciones. José Antonio le responde duramente: « No permitiré que mis hombres sean sacrificados como borregos. Concierne al Gobierno, y no a mí, mantener el orden ».

También los amigos están preocupados por la suerte personal de José Antonio. Le sugieren que se refugie en Portugal, en donde todo está preparado para acogerlo. Rechaza la idea con indignación y mientras tanto intenta salvar la organización de la Falange. Ya no es posible pagar el alquiler de la sede, las oficinas se trasladan a un pequeño local lejos del centro de Madrid, en la calle de Nicasio Gallego. Pero también aquí llega la policía. El 27 de febrero, por orden gubernativa, se sellan las puertas del nuevo local de la Falange y se suprime el periódico « ARRIBA » cuyo último número sale el 5 de marzo.

La violencia se desencadena una vez más y desgraciadamente en esta espiral de violencia hay incluso algunos muchachos de la Falange. José Antonio ha presentido el peligro y en el Parlamento, unos meses antes, el 8 de noviembre de 1935, había declarado: « La Falange puede decir que ni

una sola vez se le ha probado una agresión ». El clima de la guerra civil hace vano cualquier llama miento. El 11 de marzo un joven estudiante universitario falangista es asesinado en Madrid. Los jóvenes falangistas deciden la represalia y se proponen agredir al diputado socialista, Profesor de la Facultad de Derecho, Luis Jiménez de Asúa, bien conocido como instigador de la violencia roja. Pero el golpe fracasa, agredido delante de su casa, el diputado socialista se salva, muere un guardia de su escolta e inmediatamente hay un pretexto para que las izquierdas especulen en contra de la Falange.

Mientras tanto, en la Cámara, Calvo Sotelo denuncia valientemente las violencias de los rojos. Los datos referidos por Calvo Sotelo son impresionantes y nadie los desmiente; incluso hoy día constituyen el banco de prueba más elocuente acerca de la verdadera responsabilidad de la guerra civil española.

Del 17 de febrero de 1936, el día siguiente de las elecciones, hasta la mitad de marzo: 106 iglesias incendiadas, de las cuales 56 completamente destruidas, 345 heridos y 74 muertos en las calles. Calvo Sotelo, interrumpido en vano por los diputados de la izquierda, concluye su relación estadística y para confirmarla lee un fragmento del periódico rojo Claridad: « Nos acercamos a la última consecuencia de nuestro triunfo electoral. ¿Volver a la legalidad como quieren las derechas ? ¿ A qué legalidad ? Nosotros no conocemos más que una: ¡ la Revolución! »

El 14 de marzo, en el domicilio de la calle de Serrano, por la mañana, mientras José Antonio está trabajando, su hermana Pilar le grita: « ¡ Abre, José!, quieren que vayas a la Dirección General de Seguridad ». José Antonio se prepara como si saliera a dar un paseo y le dice en voz baja a la hermana: « Di a Fernando que trate de verme mañana a primera hora. No entreguéis mis cartas personales y quema las que están en los cuadernos ». Pilar le responde: « Se hará como mandas ». José Antonio deja la casa acompañado de los policías.

El Director General de Seguridad, un tal Alonso Mallol, es un personaje que se siente importante. José Antonio no permite que le quiten de la chaqueta la insignia de la Falange. Una guardia se dirige a él burdamente injuriándolo. José Antonio mirándole a la cara le dice: « Tú hablas así en este sitio con el uniforme y una pistola. Fuera de aquí no serías capaz de repetir estos insultos ». Le acusan de haber roto los precintos de la sede de la Falange. Respondiendo de modo altanero se niega a justificarse y luego

se recluye en un despreciativo silencio. El Director asume un tono indagador, insiste, acosa. Por último José Antonio rompe el silencio y con gran satisfacción del inquisidor afirma que tiene que hacer una declaración muy importante. Pide la presencia de testigos y de un escribano que pueda transcribir la declaración. Siempre más satisfecho, pensando en la segura promoción, el celoso funcionario toma medidas y da órdenes. Todos esperan con ansiedad. Entonces, buscando bien los palabras, José Antonio declara: « Los sellos los ha roto el señor Director General de Seguridad de la República con sus cuernos ».

El comportamiento despreciativo de José Antonio ni agrava ni atenúa su situación. Sabe perfectamente que su arresto se ha decidido con anticipación. En realidad arrestan contemporáneamente a los componentes de la Junta Política y a muchos otros falangistas. Todos pasan la noche en los calabozos de la Dirección General de Seguridad.

José Antonio redacta rápidamente, y logra por misteriosos canales que salga a la luz del sol, un manifiesto-proclama en el que estigmatiza los errores y culpas del Gobierno « Pequeño burgués » y lanza un llamamiento a la población. El manifiesto termina así: « Ahora que está el Poder en las manos ineptas de unos cuantos enfermos, capaces, por rencor, de entregar la Patria entera a la disolución y a las llamas, la Falange cumple su promesa y os convoca a todos — estudiantes, intelectuales, obreros, militares, españoles — para una empresa peligrosa y gozosa de reconquista. ¡ ARRIBA ESPAÑA ! ».

A la mañana siguiente el manifiesto circula por las calles de Madrid. El Presidente Azaña encuentra un ejemplar en su oficina. Esa misma noche José Antonio es transferido a la Cárcel Modelo de Madrid.

Cuando entró José Antonio en la cárcel la mayor parte de la población reclusa se componía de detenidos políticos de diversas extracciones e incluso algunos presos comunes. La Cárcel, situada en los barrios nuevos de Madrid, cerca de la Ciudad Universitaria, se llamaba también el « abanico », a causa de sus cinco galerías, dispuestas en círculos concéntricos, sobre los cuales se abrían las celdas.

José Antonio no pierde la moral, es más, toma con gran filosofía su desgracia. Como prácticamente todo su Consejo Político está en la prisión, declara sonriendo que la Cárcel Modelo se ha convertido en el Cuartel General de la Falange. Los presos aún no juzgados gozan, en honor de la verdad, de una semilibertad en el interior de la cárcel. Celebran sesiones de

trabajo y se dividen en grupos de estudio. Por la tarde juegan al fútbol en el patio de la prisión. Las visitas son prácticamente libres, una hora al día, de las doce y media a la una y media. José Antonio se aprovecha de esa circunstancia para filtrar las consignas que se publican clandestinamente en el periódico que ha sustituido al prohibido « ARRIBA » y que se titula un poco orgullosamente « No importa ». Las visitas femeninas son numerosas. La familia quiere enviarle la comida de un restaurante, pero José Antonio tan sólo desea el rancho de la cárcel.

José Antonio organiza su vida carcelaria: escribe artículos para « No importa », relee los artículos de los colaboradores, redacta las consignas para toda la Falange y toma medidas para que lleguen a la calle, y el resto del tiempo se dedica a leer. En algunos meses lee más de siete mil páginas: libros de historia, de Salustio a Trotsky; libros de filosofía y de ciencias sociales, con particular predilección por Sorel, del cual relee varias veces las « Reflexiones sobre la violencia ». Escribe una autobiografía que ha desaparecido. Se titulaba « El navegante solitario », un viajero que contempla cómo transcurre la propia vida como un paisaje visto desde el tren. ¡ Breve viaje cuya última parada está ya vecina !
Los domingos se celebra la Misa en la Cárcel. El 12 de abril es Pascua de Resurrección y todos comulgan.

Del primer número « No importa » se tiran dos mil ejemplares. La distribución es difícil pero Raimundo Fernández Cuesta y unos pocos colaboradores, consiguen que llegue a todas partes. Los boletines se colocan entre la prensa socialista que se vende en los quioscos. En la provincia se confeccionan otras hojas clandestinas falangistas. José Antonio logra enviar al General Mola un mensaje en el cual se comunica que ya hay cuatro mil falangistas dispuestos a secundar la revuelta militar.

En abril hay una posibilidad de liberar a José Antonio que pronto se esfuma. En la circunscripción de Cuenca hay una sede vacante de diputado. El hermano Miguel organiza la campaña electoral de José Antonio, pensando en que así podría obtener la inmunidad parlamentaria. Miguel arriesga la vida por su hermano, se libra de atentados, le incendian el automóvil, y al final de la breve campaña electoral lo encarcelan.

Desgraciadamente el resultado es negativo. ¿ Cómo se puede pensar en unas elecciones en medio de tales circunstancias ? El Gobierno se sirve de todo cuanto está a su alcance, legal o ilegalmente para impedir la elección de José Antonio. El fracaso hubiera sido demasiado importante.

Inmediatamente después comienzan los procesos contra José Antonio que decide defenderse a sí mismo. A finales de Mayo el primer proceso. Las acusaciones son:
a) Delito de prensa clandestina; b) ilegalidad de la Falange; c) insultos al Director General de Seguridad; b) tenencia ilícita de armas.

Mientras que sobre los tres puntos primeros José Antonio consigue defenderse ampliamente y sin pasión, el cuarto punto le hace perder los estribos. En realidad, se trata de un montaje evidente, porque el registro que ha revelado la presencia en su casa de varias pistolas, ha tenido lugar varias semanas después de su arresto y todo parece indicar que las armas han sido colocadas adrede en el domicilio de un hombre que en las ocasiones más peligrosas no acostumbraba a ir armado. Llegando a este punto, José Antonio no consigue dominarse y arrancándose la toga la pisotea. El Secretario reacciona lanzándole un tintero que le golpea en la cara y le hiere. Aquí termina el incidente. El 28 de mayo los jueces dictan una primera sentencia reconociendo la legalidad de la Falange. Es el dato esencial para el éxito positivo de todo el proceso. Pero el Tribunal Supremo la anula por vicio de forma. Se fija otro proceso para el 5 de junio que se celebrará en el Palacio de Justicia y no en la Cárcel Modelo. El Palacio de Justicia está cerca de las Salesas.* ¡ Cuántos recuerdos para José Antonio! Aquí fue bautizado en 1903 y veinte años después había prestado su juramento de abogado.

José Antonio empieza su propia defensa con absoluta independencia, como si se tratara de defender a cualquier cliente. Lá Sala es un hervidero humano. Está llena de falangistas que gritan su propia solidaridad y de adversarios de izquierda que vocean improperios. La prima Lola, famosa en los ambientes falangistas por su valor, grita a José Antonio que abofetee a los que van a juzgarle. La echan de la Sala, la arrestan y va a parar a la cárcel. En días sucesivos nace en torno a ella una canción popular: « Lola Primo de Rivera, esta flor de España, nunca será diputado... ». Después de la audiencia, José Antonio se dirige a la Sala de Togas y pasa a la biblioteca para reposar un momento. Le rodean numerosos excolegas que le felicitan por su oratoria en un clima tranquilo que no hace presagiar lo que está por suceder. Parece que todo se ha olvidado: José Antonio bromea y ríe hasta que se abre la puerta y aparecen los policías que han de acompañarlo de nuevo a la cárcel. El joven saluda a los amigos y conocidos y dice: « Ya vienen por mí. Tengo que dejaros y volver allá. Lo siento porque la mañana

está esplendida; Madrid, bellísimo Madrid, es mucho mejor cuando hace tiempo que no se le ve, y... me hubiese gustado pasear ».
Tiene que volver para actuar como Letrado en el Supremo el 24 de junio.
Pero José Antonio ignora que para ese día algunos amigos han organizado un plan para su evasión. En el Colegio de abogados se debería poner un mono y huir por una puerta de servicio.

Llegado este momento sucede algo misterioso. ¿Una delación, una indiscreción, una confidencia, una traición ? José Antonio hará mención al respecto en su testamento, pero tan evasivamente que es imposible una comprobación evidente. Es un hecho que la misma noche de aquel 5 de junio, probablemente en relación con un « soplo », sin alguna explicación, se advierte a José Antonio y a su hermano Miguel que estén listos para partir.

José Antonio no duda un instante de que se trata de un viaje hacia la muerte. Exclama: « Me sacan de aquí para matarme; los conozco y no me engaño ». Luego pide una audiencia con el Director de la prisión con el cual tiene un violento altercado. Los falangistas en la cárcel escuchan, turbados y aterrorizados, los gritos del Jefe. Oyen sus pasos en la galería de la prisión. Para hacerle llegar su solidaridad entonan en alta voz el « Cara al Sol ». José Antonio los oye y les grita ¡ Arriba España !. Es un momento de gran emoción, es la última vez, y quizás lo intuyen, que escuchan la voz de su Jefe, de su ídolo. Los dos hermanos abandonan la cárcel en automóvil, acompañados de un Comisario de policía y dos agentes; les sigue una camioneta llena de guardias. Los coches abandonan Madrid y a gran velocidad toman una carretera que se dirige al Este. José Antonio no ha tenido tiempo ni de cambiarse ni de coger sus libros y papeles.

El viaje es largo, 400 kilómetros. Durante el camino, José Antonio y Miguel tratan de sobornar a la escolta para poder fugarse. Pero el Comisario es inabordable. De acuerdo con los guardias, podría matarlo, pero José Antonio renuncia al tentativo. Llegan a Alicante a las seis de la mañana.

La cárcel de Alicante es muy distinta de la prisión Modelo de Madrid. Se trata de un auténtico penal. Es pequeña, sombría y sucia, a tal punto que los prisioneros protestan diciendo que « se les había condenado a la cárcel y no a la basura ». La celda de José Antonio es muy peque ña y la luz apenas llega a través de una angosta ventana. Un jergón por tierra, una mesita, un taburete: es todo el mobiliario. La celda de Miguel, frente a la de su

hermano, es menos oscura y da al patio y el jergón está sobre un camastro de hierro.

El ambiente es muy diverso y los detenidos comunes son más numerosos que los políticos y están juntos con éstos. Las conversaciones entre los prisioneros están prohibidas así como las visitas masculinas. Sólo se permite hablar con las visitantes y esto a través de una doble barrera de seguridad.

A pesar de todo, José Antonio continúa sereno y consigue organizar su vida. El 27 de junio escribe a una amiga: Ya hemos establecido nuestras costumbres: gimnasia, ducha, etc. Y no pasa nada malo. Leemos, escribimos y una hora del día la dedicamos a las visitas.

En el patio de la cárcel no se puede jugar al fútbol como sucedía en la Modelo porque es muy pequeño. Sin embargo, José Antonio y Miguel confeccionan un balón con trapos viejos y se lo tiran de una celda a otra para hacer ejercicio.

El mes de junio trascurre para José Antonio sin sobresaltos e incluso con relativa calma. Consigue escribir algunas cartas para los suyos, para dar instrucciones que son siempre muy equilibradas. Al amigo Bravo, que se había quedado en Salamanca, le escribe el 18 de junio: « ...que ni un solo militante ande como una rueda loca, sino que todos estén inscritos en células y escuadras ».

Hacia la mitad del mes recibe en la cárcel a un grupo de mujeres de Valencia a las cuales dice: « Espero que nuestra Falange tenga una fuerza indestructible hecha de claridad y alegría. Se aproximan días malos, pero si conserváis el espíritu de hoy, la verdad lucirá sobre nuestro movimiento. Tengo una fe extraordinaria en las mujeres de la Falange ».

Julio es el mes decisivo, el mes del Alzamiento y del comienzo de la verdadera guerra civil. La chispa salta cuando asesinan a Calvo Sotelo, uno de los crímenes más sucios del Frente Popular español, por su concepción e inspiración, por la ejecución y aprovechamiento a fines del terror en que se quería precipitar a España.

El delito se comete el 12 de julio. Hasta aquel momento, Calvo Sotelo había continuado denunciando, en plena Cámara, los delitos del régimen. Y como lo rebatieran violentamente, amenazándolo, les respondió de una vez por todas con las palabras de Santo Domingo de Silos a un Rey castellano: « Señor, la vida podéis quitarme; pero más no podéis ». El 12 de julio, domingo, después de haber asistido a la Misa, no sale de su casa. Obedece a

las indicaciones de su mujer que le ruega encarecidamente que no salga. Pero en plena noche, a las dos y media, alguien golpea violenta y repetidamente la puerta de entrada. Se trata de la Dirección de Seguridad que envía un oficial y algunos guardias para llevarlo a un interrogatorio. Calvo Sotelo protesta alegando su inmunidad parlamentaria. No lo escuchan, tienen orden de escoltarlo hasta la Dirección General de Seguridad y hay que cumplirla. Calvo Sotelo tranquiliza a la mujer aterrorrizada, le dice que volverá y sube a la camioneta con los guardias. Sin embargo, el vehículo no sigue la calle que conduce a la Dirección de Seguridad sino que se dirige al Cementerio del Este. Unos minutos más tarde, Calvo Sotelo es asesinado con un disparo a la nuca.

José Antonio se entera de la noticia dando visibles muestras de abatimiento, pero no piensa que sea el fin sino el principio. Comprende que ha llegado el momento de la gran conmoción, y el 17 de julio, a la vigilia del Alzamiento de Franco, del cual no puede estar informado, lanza un manifiesto clandestino que puede salir de la cárcel, un llamamiento a la sublevación. El manifiesto dice que se trata de salvar a « nuestra vieja España, misionera y militar, labradora y marinera ».
En el manifiesto se condena expresamente el asesinato de Calvo Sotelo.

La dura existencia en la Cárcel de Alicante se ve atenuada con una noticia que conforta a los prisioneros. Después de un viaje lleno de aventuras llegan la querida tía Ma; la hermana de José Antonio y Miguel, Carmen, y la mujer del propio Miguel, Margot. Se instalan en un pequeño hotel y todos los días visitan a los dos prisioneros. En particular, la joven esposa Margot, está permanentemente delante de la puerta de la cárcel, con el automóvil, con el temor de que se lleven a su marido y lo maten. Sin embargo, a partir del comienzo de la guerra civil, todo contacto con el exterior es prohibido a los prisioneros suspendiéndose las audiencias. El 1 de agosto detienen a las tres mujeres recluyéndolas en la misma cárcel en el sector dedicado a mujeres. Quizás acogen con secreta satisfacción tan inicua medida porque, al menos así, pueden sufrir junto a los dos prisioneros.

La soledad en la cárcel es absoluta. Solamente queda interrumpida a causa de una entrevista concedida a un redactor del periódico inglés News Chronicle, que aparece el 24 de octubre. José Antonio lee mucho. Esta vez las lecturas son en su mayor parte morales y religiosas. Aunque aparenta tranquilidad y seguridad, el joven se prepara para la muerte. Lee y relee la

obra de Alexis Carrel: « El hombre, ese desconocido ». Cada día medita una página de la Biblia que le ha enviado su amiga Carmen Werner.
Compone poesías y ensayos de los cuales no conocemos ni tan siquiera los títulos.

El ambiente, ya se ha dicho, no es estimulante. Muchos detenidos comunes lo insultan y le lanzan miradas torvas durante la hora del paseo en el patio. A pesar de todo esto, gracias a su interés, consigue que se mejoren el rancho y las instalaciones de las duchas.

No faltan los tentativos, o más bien los proyectos, para salvar y liberar a José Antonio, incluso porque al avecinarse la guerra civil a Alicante, se teme que los prisioneros sean asesinados como ya ha sucedido en otras partes. Algunos proyectos son manifiestamente absurdos como aquel que consistía en encargar a un célebre boxeador Gaseo que derrumbara el portón de la prisión. Otro tentativo podría haberse realizado si el ejecutor no hubiera sido descubierto. Se trata de Aznar, el Jefe de la Milicia Falangista, que no han podido detener y desembarca en la rada de Alicante de una nave extranjera. El Generalísimo le ha dado una fuerte cantidad de dinero para que pueda sobornar a los guardianes. Pero antes de que Aznar pueda intentar la operación, la dirección de la cárcel está al corriente de todo y debe embarcarse a toda velocidad para evitar su captura.

Amigos prestigiosos y hasta adversarios políticos, como el Conde de Romanones, intentan que algunos gobiernos extranjeros intervengan. El Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno francés de León Blum, Yvon Delbos, envía una nota al Gobierno español intercediendo a favor de José Antonio. La nota llega demasiado tarde. Incluso unos jóvenes falangistas de Alicante y Elche intentan un desesperado asalto a la cárcel. Pero todo termina con una horrible matanza en un palmeral vecino. José Antonio, naturalmente, ignora todos estos tentativos. Se repite a sí mismo el verso de Rilke: « Señor, no te pido una vida feliz sino la gracia de una muerte digna ».

El nuevo proceso empieza el 13 de noviembre y termina el 18 a última hora de la mañana. Junto a José Antonio es juzgado su hermano Miguel y también la cuñada Margot, acusada de haber facilitado unas pistolas a los prisioneros. Algunos guardianes, considerados cómplices, son también procesados.

José Antonio se defiende a sí mismo y es abogado defensor de los demás. La Sala de la Audiencia, situada en el primer piso de la cárcel, es

larga y baja de techo. Los jueces se sitúan en una tarima, mientras José Antonio se coloca a su izquierda, delante de una mesita sobre la cual puede colocar los apuntes. Pide una toga que no le es concedida. Viste un traje de franela gris en vez del habitual terno azul.

Cuando José Antonio entra en el Aula es recibido con gritos hostiles de los rojos presentes. Naturalmente no hay falangistas. Algunos incluso hacen algo más que gritar; se van hacia el prisionero para insultarle amenazándolo con los puños. Más tarde se calman y José Antonio puede hablar prolongando su defensa por algunas horas. Los jueces abandonan la Sala para reunirse a deliberar. Cuando vuelven a entrar el Fiscal comienza la lectura del veredicto. El periódico « El Día de Alicante » describe así la escena: « Primo de Rivera oye la cantilena como quien oye llover. No parece que aquello, todo aquello tan espeluznante, rece con él. Mientras lee el Fiscal, él lee, escribe, ordena papeles, todo sin la menor afectación, sin nerviosismo ». La sentencia es la siguiente: absolución de los guardias y de Margot, Miguel es condenado a treinta años de reclusión y José Antonio a la pena de muerte por haber organizado la sublevación militar. Todos son condenados a pagaf quince millones de multa además de las costas del proceso.

Margot rompe a llorar, Miguel baja la cabeza y José Antonio, alzándola y con rostro casi alegre dice a la cuñada y al hermano: « Estáis a salvo ». Margot continúa llorando y José Antonio le pide perdón: « Margot, nuestro nombre ha sido para ti no una fuente de felicidad sino causa de dolor ».
Algunos amigos que han logrado entrar lo rodean abatidos.
Y como alguien le dice que está en juego no sólo el destino de España sino también el de la Falange, les responde: « Mi muerte será para la Falange un dolor pero no un daño irreparable ».

Luego vuelve a ser de nuevo el abogado y José Antonio explica que la sentencia no es definitiva porque la ley le consiente apelar. Pero inmediatamente una segunda sentencia del juez rechaza la apelación. José Antonio recuerda entonces que el Artículo 238 del Código autoriza la petición de gracia.

La pena de muerte puede ser conmutada por la cadena perpetua; hay que comunicar la sentencia al Jefe del Gobierno, Largo Caballero, que tiene el derecho de gracia. (Se ha dicho después, que la orden de condenarlo a muerte había sido enviada directamente de Moscú, a través del Embajador

soviético Rosemberg, al socialista Largo Caballero, Jefe del Gobierno títere de Madrid).

La sesión termina y los prisioneros abandonan la Sala para volver a sus celdas. El silencio es absoluto y ya nadie se atreve a injuriarlos. En el mismo día, desde la tarde del 18 de noviembre, el condenado permanece en una celda completamente solo. José Antonio permanecerá en la celda desde el miércoles por la tarde hasta el viernes por la mañana.

Al quedarse solo consigo mismo, con toda su vida, con la imagen premiante de la muerte, José Antonio dedica la tarde del miércoles 18 a redactar el testamento, que es un documento político además de humano de gran valor, sobre el cual volveremos en otro momento.

Pide un Notario para poderlo inscribir pero se le deniega la petición. Entonces pide hilo y cose los folios para que no se pierdan, Aquella misma noche lo visita un sacerdote. Se trata de un anciano religioso, el Padre Planelles, que también está detenido en la prisión y que diez días después no escapará de la matanza de prisioneros políticos. Nada sabemos de aquella conversación en el umbral de la muerte, entre el viejo sacerdote y el joven patriota; pero, ¿ cómo no pensar en aquellas vigilias cristianas de martirio y de Paraíso que han consagrado toda una época lejana y, si bien se pensa, han consentido la supervivencia de la civilización después de la tenebrosa noche de los bárbaros ?

En el transcurso del jueves 19, José Antonio escribe muchas cartas, que desgraciadamente se han perdido en parte, o porque no llegaron a su destino o porque los destinatarios las han custodiado celosamente. Las que conocemos denotan una gran serenidad. La caligrafía es muy clara y sencilla; en el papel se ha tachado el membrete de abogado y la dirección de Madrid y en su lugar se han escrito las palabras: Prisión Provincial de Alicante.

Entre las cartas que conocemos, una de las más conmoventes es la dirigida a la tía monja, hermana del padre, a la que José Antonio quería mucho. « ...estoy preparado para morir bien, si Dios quiere que muera, y para vivir mejor que hasta ahora, si Dios dispone que viva » escribe José Antonio. Incluso hay en la carta un poco de ironía, habitual en él, cuando añade que: « ...no te digo que pidas por mí, porque sé que lo harás sin descanso y que moverás a hacerlo a tus hermanas en religión, cuya inagotable caridad tal vez algunas veces abra paso al deseo retrospectivo de

no haber tenido en la Comunidad una monja perteneciente a familia tan agitada ».

En todas las cartas, junto a la preparación cristiana para la muerte, alberga la esperanza de que se le dispense del martirio. No toma la actitud del héroe, no esconde los efectos humanos de su tormento y sus esperanzas. Al querido amigo Ruiz de Alda le escribe sin poder imaginar que ya le ha precedido en el camino hacia el más allá: « ...creo que aún podría ser útil mi vida, y pido a Dios que se me conserve. Si El lo dispone de otra manera, moriré confortado con el ejemplo de tantos que cayeron más jóvenes que yo y más humilde y silenciosamente ... Dios os ilumine a todos y os mantenga unidos ».

En las cartas a sus « leales, infatigables, generosos e inteligentísimos compañeros de trabajo » les pide perdón por haberlos arrastrado a los peligros de la vida. En una carta a Lola, la generosa y valiente prima y ahijada, no olvida de hacer mención a « cierto magnifico gordo », el novio, que ya considera como de la familia.

La noche del jueves 19, se le concede el último deseo come condenado. Le autorizan a entrar en la pequeña celda, mal iluminada, en la que esperan tres mujeres. Son la tía Ma, la hermana Carmen, la cuñada Margot, tres magníficas mujeres de España, que han seguido a José Antonio y Miguel hasta la propia cárcel. Entra acompañado de milicianos que se colocan al fondo de la habitación, en presencia del director de la cárcel, con el reloj en la mano. El encuentro no debe durar más de veinte minutos. El encuentro es arduo, más para él que para las mujeres, que pueden desahogarse con el llanto. El debe contenerse, debe dejar un recuerdo sereno, debe incluso alimentar las últimas absurdas esperanzas. Por suerte José Antonio no sabe siquiera que su hermano más pequeño, Fernando, ya había sido fusilado el 22 de agosto, en la cárcel Modelo de Madrid. La emoción más fuerte la experimenta al ver a la tía Ma, una visita que le hace revivir los días ya dolorosos de la infancia, con la imagen de la madre muerta tan joven. La tía Ma está muy envejecida, Carmen, a la cual Margot intenta confortar, rompe a llorar. « No llores, Carmen...todavía hay esperanzas... » le dice José Antonio. Se interrumpe, casi en polémica consigo mismo: « Es natural que muera. Han sido tantos los de la Falange que han caído ya. que yo, que soy el Jefe de ellos, es natural que caiga también ». Luego continúa en voz baja: « Tengo tres probabilidades contra seis ». Y le pide al director que le ayude

a dar crédito a esa mentira piadosa. El director, impasible, se limita a decir que la confirmación de la sentencia aún no ha llegado.

A tía Ma, José Antonio le dice con ternura: « No te preocupes, tía Ma. He confesado y estoy muy tranquilo... Además, desde que nos metieron en este proceso feroz, me estaba preparando, por si llegaba este momento. Todos los días he hecho oración y he rezado el rosario ». Después cambia de tono, se vuelve juvenil, y añade: « No hay nada como estar condenado a muerte para que le cuiden bien a uno. En vez del rancho que nos dan todos los días, me han dado sopa de ajo con huevos y una carne estupenda ».

Carmen le da un crucifijo, el mismo que su padre había recibido del Papa Pío XI, en ocasión del viaje a Roma. Le dice apresuradamente: « Te lo traigo por si acaso... » José Antonio lo torna y alzándolo para mostrárselo a los milicianos dice: « Es sólo un crucifijo lo que me han dado... ». El director mira la hora y advierte que la comunicación debe concluir. José Antonio se dirige una vez más a las mujeres: « Volverán otra vez si la sentencia no se cumple inmediatamente, ¿ verdad, Director? » El Director, finalmente conmovido, hace un leve gesto de asentimiento.

José Antonio transcurre tranquilamente la última noche, del 19 al 20 de noviembre. Lo despiertan antes del amanecer. Comprende. Dice: « Ya es la hora ». Se lava con más diligencia que otros días. El guardián le apremia bruscamente. Le responde con una sonrisa: « Dejadme morir al menos bien vestido »'. Se fija al pecho, con ayuda de una cinta, bajo el traje, el crucifijo que le dio Carmen. El director lo espera a la puerta y le dice que si desea algo. « Una sola cosa — le responde José Antonio mirándolo fijamente — cuando haya tenido lugar la ejecución limpiad bien mi sangre del suelo. No desearía que mi hermano Miguel, cuando pasee por la terraza, hollara sin querer la sangre de su hermano ». El director no responde. José Antonio le tiende la mano y añade: « Si alguna vez les he molestado o algo malo he hecho, perdónenme ». Desciende con él los ocho peldaños que llevan al patio. Todavía no es completamente de día. Una débil y lúgubre luz apenas rompe las tinieblas. Los milicianos y el oficial que los manda están ya en su puesto. José Antonio se les acerca y les dice en voz baja: « ¿ Verdaderamente queréis que yo muera? ¿ Quién os ha dicho que yo soy vuestro enemigo? Quien os lo ha dicho no tiene ninguna razón para afirmarlo. Mi sueño era la Patria, el Pan y la Justicia para todos los españoles y sobre todo para los que se sacrifican. Cuando se está próximo a

la muerte no se puede mentir. Os lo repito antes de morir: nunca he sido enemigo vuestro. ¡, Por qué queréis que yo muera? »

Los hombres le escuchan en silencio. No pueden comprender que se muera así, con un llamamiento cristiano a los que están a punto de matar en nombre del odio. El director permite a Miguel que baje al patio para darle el último abrazo. Miguel parece extenuado, apenas se mantiene en pie. José Antonio lo conforta: « ; Miguel, Miguel, ayúdame a morir con dignidad! » Se abrazan fuertemente; Miguel no puede reprimir el llanto. Y José Antonio: « No te apures, Miguel, no te apures ». Los separan. Miguel vuelve a su celda y se tira sobre el camastro tapándose los oídos para no oír las detonaciones. La estrecha y larga ventana de la celda de Miguel da al patio, a pocos metros del lugar de la ejecución. También las tres mujeres sienten las detonaciones.

José Antonio no es la única víctima. Delante del pelotón de ejecución hay otros cuatro jóvenes. Son dos falangistas y dos requetés, los cuales, no se sabe porqué deben ser fusilados junto a José Antonio. No se le quiere conceder el honor del martirio individual. Va a su encuentro, los abraza y les dice: « Muchachos, tened ánimo. Esto es un momento nada más, y vamos a una vida mejor ».

Se coloca en la extremidad izquierda del pequeño grupo, un poco más delante que los demás. Cruza los brazos sobre el pecho, en donde siente el crucifijo de Carmen y mira fijamente al pelotón. El oficial apenas si tiene tiempo de dar la orden, la descarga es inmediata y el cuerpo de José Antonio, acribillado de balas, cae hacia delante. Los milicianos vuelven a cargar los fusiles para matar a los cuatro jóvenes. Son las siete menos veinte.

Algunos días después fueron asesinados todos los prisioneros políticos recluidos en la Cárcel de Alicante. Miguel pudo salvarse porque intervino en su favor el Cónsul inglés de Alicante. Les tres mujeres continuaron en la cárcel durante bastantes meses.

Pero la legendaria historia de José Antonio no terminó con su muerte. Los cinco cuerpos de los asesinados el 20 de noviembre del 1936 fueron cargados inmediatamente, en Alicante, en un auto de la Cruz Roja. Escoltado de milicianos, el auto se dirige al Cementerio Municipal, a dos Kilómetros de la prisión. Cuando se descargaron los cuerpos del furgón, el crucifijo de Carmen cayó en tierra, porque la cinta que lo mantenía había sido perforada por una bala. Un miliciano lo recogió e intentó metérselo en

un bolsillo. El guardián del Cementerio se lo quitó y lo puso sobre el cadáver. Se excavó una gran fosa común, de dos metros y medio de profundidad. El cuerpo de José Antonio fue arrojado en primer lugar y luego los otros cuatro. El mismo 20 de noviembre muchas radios rojas dieron la noticia de su muerte. Sin embargo, como faltara el anuncio oficial de su muerte se difundió la leyenda de la « desaparición » de José Antonio. En los ambientes de la Falange se habló de él no como del desaparecido sino como del « Ausente », que volvería. Los jóvenes falangistas no podían imaginar que José Antonio hubiera desaparecido para siempre.

Sólo el 16 de noviembre del 1938 el Generalísimo Franco dio oficialmente la noticia de la muerte del Jefe de la Falange. El anuncio del Generalísimo se hizo con las siguientes palabras: « ...el ejemplo de su muerte, serenamente ofrecida a Dios por la Patria, le convierte en un Héroe nacional y símbolo del sacrificio de la juventud de nuestros tiempos ».

Inmediatamente después de terminar la guerra civil, en abril de 1939, se abrió la fosa de Alicante, en presencia del hermano Miguel. El cuerpo de José Antonio se encontraba casi intacto. Allí estaba el crucifijo con las medallas y el escapulario de la Virgen del Carmen. Envuelto en una bandera, su cuerpo fue colocado en una tumba provisional, en donde permaneció hasta el 20 de noviembre, tercer aniversario de su muerte. En aquella fecha fue transferido a El Escorial, llevado a hombros durante 400 kilómetros, en una procesión de muerte y resurrección, por jóvenes de la Falange.

Delante de la nueva tumba, el Generalísimo pronunció pocas y memorables palabras, concluyendo el mensaje con una frase de José Antonio: « Que Dios te dé el eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembra tu muerte ». José Antonio había pronunciado aquellas palabras con ocasión de la muerte de un falangista muy joven al que quería particularmente y que había sido asesinado por los rojos en una calle de Madrid.

Hoy el cuerpo de José Antonio ya no está en El Escorial. España ha construido para sus Caídos, de todas las partes, el Templo del Valle de los Caídos, admirable testimonio de interpretación de la vida y de la muerte, precisamente en la tierra que más duramente que en otro lugar ha padecido el odio de la guerra civil.

Allí reposa para siempre, junto al Generalísimo Franco, junto a tantos miles de Caídos, en la paz de Cristo, el cristianísimo José Antonio.

CAPÍTULO SEGUNDO. EL HOMBRE

José Antonio es uno de esos personajes a los que hay que acercarse de puntillas y sin prevención de ningún género, incluso positiva o apologética. Es necesario amarlo para hablar de él sin propasarse, para hablar como, estoy seguro, él desea que se hable todavía: con sencillez, con naturalidad, tal como simple y natural ha sido una existencia de treinta y tres años dedicada por completo, primero como intuición y luego como acción, a una labor de misionero bruscamente concluida con una conde-na a muerte.

Pues, bien, así ha sido. Los que han leído las páginas precedentes, durante las cuales hemos narrado con sencillez, sin adornos y casi sin comentarios las vicisitudes de esa vida ejemplar, desde el principio hasta el fin, han podido darse cuenta de que fue ejemplar sin proponérselo, ya que las acciones siempre han precedido, o han acompa-ñado o han compendiado, a las palabras y las obligaciones, justamente porque nunca se ha detenido a mirarse en el espejo sino ha hecho de sí mismo, en el pensamiento y en la acción, el espejo de generaciones enteras de jóvenes, los que tuvieron la gran fortuna de estar a su lado en vida y los que, más numerosos, que no se han cansado, que no se cansan y no se cansarán de estar junto a él después de la muerte e incluso, podemos decirlo sin blasfemar, después de la resurrección. ; ¡ Y que resurrección ! (, Quién entre los mortales tuvo unos honores parecidos tres años después de su desaparición ? ¿ Os imagináis una muchedumbre de jóvenes que se relevan entregándose el testigo imaginario de una España renovada y eterna que durante cuatrocientos kilómetros se articula, de paraje en paraje, recorriendo al revés la misma carretera que en una noche de mayo los esbirros del Frente Popular le habían hecho transitar desde la cárcel de Madrid hasta la de Alicante ? ¿ Os imagináis aquellos muchachos con camisa azul, sus hijos espirituales, que en nombre de España llevan — de tierra en tierra — sobre sus espaldas a su Jefe adorado ? ¿ No es está una escena que ni tan siquiera a los héroes homéricos les fue dado interpretar ? Sin embargo, todo esto le fue concedido al « Ausente » como la leyenda le había denominado inmediatamente después de su muerte, justamente porque el « Ausente » nunca había pedido honores, nunca había ambicionado cargos, había estado en el Parlamento sin experimentar jamás

una fascinación ambigua, había sido Jefe de la Falange para servir más que para mandar.

Así, pues creemos no equivocarnos y no excedernos interpretando y presentando de esta manera la personalidad humana de José Antonio; interpretándolo, presentándolo y quizás intuyéndolo como un hombre que siempre se sentía en el debe y jamás en el haber; en deuda para con Dios, en deuda con los demás hombres. En deuda, y por tanto presto a servir la Causa a la que se había consagrado sin sobresaltos; y con una plenitud de dedicación que tiene poco paralelismo con la vida de otros personajes « comprometidos » de este o de otro siglo.

Si el requisito primordial de los protagonistas de la « Cultura de derecha » [2] es el equilibrio esencial entre pensamiento y acción, la capacitad de transmitir un mensaje de moral y cultura, tanto con las acciones como con las palabras, la perfecta coherencia entre el ser y el parecer, José Antonio puede ser inscrito en el libro de oro de la « Cultura de derecha », con todos los merecimientos. Sé que dicha calificación podría no serle grata en razón de la desconfianza y desdén que sentía y a veces manifestaba frente a la derecha como en el curso de su experiencia tuvo ocasión de conocerla en España; pero también sé que entre sus intuiciones, entre sus adivinaciones también figura, y de ello hablaremos, su capacidad de entender que el veneno marxista ofuscaba las conciencias después de haber ofuscado la inteligencia valiéndose de la « guerra de las palabras », es decir, contaminando y deformando el significado verdadero de las palabras que daban miedo a los marxistas. Así que acoger hoy, después de tantos años y acontecimientos, a José Antonio en el Panteón de la « Cultura de derecha », significa honorar ésta e interpretar a José Antonio con fidelidad y actualidad al mismo tiempo.

Así, pues, digamos en voz baja, como a él le agrada, los caracteres angulares de la personalidad humana de José Antonio; hablemos de ellos discretamente, como hablaban sus jóvenes secuaces que le escuchaban encantados, en la larga noche de la vigilia, cuando en Madrid se celebraban las primeras reuniones de la Falange y la alegría de la juventud se esposaba con el valor, iluminándose el pensamiento con todas las esperanzas de la juventud. Hablamos de las virtudes de José Antonio, sin hacer de él un santo, sin hacer de él ni tan siquiera un héroe, pero — ; esto sí ! — dándonos cuenta de las razones por las que aún antes de su martirio sus seguidores habían hecho de él un mito. Sus virtudes: el ejemplo, la

continuidad en la dedicación, la coherencia, el valor, el espíritu de sacrificio, el altruismo, la cristiana capacidad de estar al lado de los humildes y de saber desafiar a los potentes.

[2] Colección de libros incluidos en la denominada « Biblioteca de la Cultura de derecha » del editor CIARRAPICO

Tomemos como ejemplo su comportamiento en tres fases cruciales de su breve existencia: después de la muerte del padre, en el momento de su detención y en presencia de la muerte.

No puede decirse que la experiencia del padre le hubiera entusiasmado. Es más, se había mostrado esquivo, se había puesto voluntariamente aparte, había rechazado las ofertas paternas de ejercitarse en la carrera política. Pero cuando el Soberano abandonó a su padre y éste es desterrado en Francia, muriendo dos meses después de pena, y de todas las partes se ve acosado e incluso procesado en efigie, es entonces cuando José Antonio se lanza impulsivamente sin dudar a la lucha, a la lucha que, afortunadamente, es de minorías, ahora que se trata de una lucha sin interés personal, es más contra todo oportunismo, ahora que es una lucha a favor del padre y no por el Jefe del Gobierno.

Lo arrestan y se permiten comportarse como él como los esbirros tratan a los detenidos. Un agente lo injuria, el Director General de Seguridad pretende hacerle confesar y de pronto la reacción del Hidalgo. Manda a callar al agente que había sacado inútilmente la pistola y ridiculiza para siempre al celoso e idiota funcionario: una escena digna de Puskin. Entra en la cárcel como un gran señor: el señor y patrón de una libertad que los barrotes no recluyen sino más bien exaltan.

Le llevan a morir y lo ponen junto a cuatro muchachos, destinados a morir con él, quizás para que se sienta desvanecer y morir cinco veces en vez de una. Y él se acerca al oficial y a los milicianos que están a punto de matarlo y les dice en un mensaje de amor, afirmando cristianamente: Yo no os odio. ¿ Por qué me odiáis vosotros, por qué me matáis ? Es el último llamamiento de Cristo, lanzado a los hombres en vez de al Padre Eterno.

¿ Qué lo impulsa ? ¿ Qué fuerza lo sostiene y lo espolea ? ¡, Qué fuerza le asiste durante una existencia tan breve y dramática ? No basta decir: creía. No basta decir: quería. Fe y voluntad se unían admirablemente en él, pero parecían alcanzar una luz y vivacidad de una perenne inspiración de amor. Para comprender a José Antonio es necesario recordar su lema más significativo, que tantas veces repitió: « Lo que importa es estar seguro de

que se obedece a una ley de amor ». Esta es la constante de su vida y también el jugo de su predicación, de la más cristiana entre las predicaciones políticas. José Antonio obedece a una ley de amor cuando defiende al padre muerto y ultrajado, como obedece a una ley de amor cuando defiende y exalta la Patria « que le duele », la Patria que canta una, grande y libre, justamente porque tiene delante de sí el espejo y el espectro de una Patria dividida, sierva e invertebrada.

Y cuando le arrancan la vida, él no sólo no odia a los que la quitan, sino que va más allá del perdón; es más, casi llega a disculparse con ellos por ser el objeto involuntario de su odio y de su ferocidad. No se trata de sentimentalismos. El pensamiento y el sentimiento de José Antonio van mucho más allá de la expresión, que podría incluso parecer vacua o retórica de un amor pacífica y patéticamente situado en la contemplación optimista de lo creado. José Antonio no es un romántico en el sentido negativo de la palabra, es más, detesta el romanticismo en su conjunto, incluso en sus acepciones positivas. El amor es para él — lo dice en su más importante discurso, el pronunciado en el Teatro de la Comedia cuando se fundó la Falange — « una ley » a la cual el mismo subordina « el sentido entero de la Historia y de la Política ». Estamos en el « dolce stil nuovo » de la Política y de la Historia. Historia con mayúsculas porque arranca de la ley de amor, Política — lo que es todavía más sorprendente y aún más valeroso — en mayúsculas también, porque está libre de todo posibilismo, de todo oportunismo, de todo materialismo, de todo cinismo, porque a la « politique d'abord » se sustituye la « ley de amor »: la misma ley que dictaba a Dante sus primeros versos en alabanza de Beatriz. Es tan osada, tan inusitada, y tan contra corriente, una tal concepción y definición de la Historia y de la Política, que puede parecer hasta absurda. La verdad es que se trata de una concepción tan ilógica como fue la concepción artística que erigió en tantas partes de Europa los orgullosísimos chapiteles, altísimos, dirigidos hacia el cielo, irreales en su audacia, inspirados en una ley de amor que permitió a generaciones de hombres vencer las leyes del equilibrio desafiando la tiranía de la materia.

El pensamiento de José Antonio, como su carácter, expresa algo más que la superación o rechazo del materialismo histórico. Estamos en el espiritualismo histórico y político; estamos en la Divina Comedia, en el Hombre-Amor que dicta su ley a la Historia haciéndola objeto de su Política.

Otro lema de José Antonio, que nos ayuda a penetrar en el carácter del hombre, es el siguiente: « El corazón tiene sus razones, que la razón no entiende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón ».

La inteligencia que ama, el intelecto que ilumina sólo cuando sabe también inflamar, la luz del intelecto que deja en libertad al amor, también esto es « dolce stil nuovo », también ésta es una concepción dantesca. Me doy cuenta que estas aproximaciones mías pueden parecer bizarras o forzadas, y puede que así sea, a menos que no se haga referencia, en términos culturales, a cuanto en la introducción he creído oportuno escribir a propósito de España y del significado profundo de su tradición. Nos encontramos frente a un intérprete sincero, apasionado, genuino, de la verdadera España, de la España que ha permanecido íntegra en los bastiones del Medioevo, de la España que persevera gloriosamente, en sus mejores hijos, no en la mentalidad sino en el espíritu de las Cruzadas, de la España que ama con amor exclusivo, de la España que es el único país del mundo en el que se puede terminar un discurso político nacional con la invocación rítmica, por parte de cientos de miles de personas, a Cristo Rey. « La inteligencia tiene su manera de amar »: he aquí al hombre José Antonio, a su filosofía de la vida y de la muerte, la razón por la cual la lucidez del ingenio no se traduce en una presuntuosa frialdad, ha aquí porqué la predicación política, incluso delante del pelotón de ejecución, está tan llena de generosidad.

Sin embrago, estuvo solo; vivió solitariamente los breves años de su existencia. Solo de niño, huérfano de madre y con el padre distraído en demasiados menesteres. Solo en la juventud, iluminada por poco tiempo de un gran amor transformado en desilusión ardiente y en soledad sentimental. Solo también en la madurez de la lucha política, solo como puede ser un Jefe adorado de secuaces demasiado humildes para realmente estar a su lado y odiado por envidia o por rabia, o por rencor, de la casi totalidad de sus competidores políticos, comprendiendo entre éstos incluso a los amigos más queridos. Solo en la celda y solo delante de la muerte; en una soledad que se hace más difícil, en los minutos anteriores a la inmediata vigilia, por la tácita presencia de los familiares condenados a no poder verlo en aquellos instantes.

Estuvo solo con sus pensamientos, con sus proyectos, con sus sueños de gloria, con la desesperación que aún tenía que afligirle, con la amargura que

aún tenía que herirlo, con la angustia que aún tenía que postrarlo, si bien por poco tiempo, en los pasajes más difíciles de la existencia. La soledad es mala inspiradora y una pésima y proterva tentadora, cuando el ánimo no es verdaderamente robusto, cuando la inteligencia no está totalmente educada y dirigida al bien. En él la soledad hizo resonar su tañido como una campana capaz de dirigirse al cielo nítidamente en las horas diurnas y nocturnas, en las buenas y malas estaciones, para anunciar las buenas y malas noticias con el timbre siempre falto de resonancias inciertas o ambiguas*. Quiero decir que estuvo muy solo y, sin embargo, abierto completamente a la comprensión, al coloquio, incluso a la apertura intelectual más amplia e incondicional. Si no pudo acercarse a Garía Lorca no fue culpa suya, cuando ya las partes opuestas se habían pronunciado, porque fue el poeta quien no quiso ir a su encuentro. Fue a ver a Umanuno como si él fuera un discípulo, cuando en realidad tantos aspectos de la predicación del maestro lo separaban. Atemperó la soledad carcelaria con la lectura de textos lejanísimos, con bastante frecuencia, de su sensibilidad. No tuvo hijos porque no tuvo — diluido el sueño de amor ya mencionado — una familia propia. Y esta fue ciertamente la menos confesada y la más ardiente de todas sus soledades. Sólo en una ocasión se confesó a medias exclamando: « No es cierto que sea el demonio el que da sobrinos a aquellos a los que Dios niega hijos. Debe ser cualquier Santo célibe que teniendo piedad de nuestra soledad intercede por nosotros al Señor ».

Se refería al sobrino, hijo de su hermano Fernando, al pequeño Miguel, que era la alegría del tío, aunque también era la congoja secreta, porque su presencia le susurraba: « ¿ Y tú ? ¿ Donde está tu familia ? ¿ Donde están tus hijos ? ¿Porqué la alegría que doy a mi padre, el orgullo que me profesa, no deben, no pueden ser también tu alegría y tu orgullo ? »

José Antonio reaccionaba y decía que «tenía alma de abuelo », mimaba a Miguel y al mismo tiempo rogaba a Dios que tuviera piedad de su soledad, una soledad que hubiera parecido amarga como la muerte si cuando acariciaba al hijo de su hermano Fernando hubiera sabido que dentro de bien poco éste le precedería en el martirio y el pequeño quedaría huérfano y privado de casi todos los afectos más queridos.

Pero la alegría de vivir, la vida entendida como expresión de una Voluntad superior, trasladada de lo divino a lo humano, prevaleció siempre en él. Los momentos de abatimiento fueron paréntesis y el espíritu supo siempre afirmarse sobre la materia. Era la fuerza de la esperanza, era la

fuerza de la poesía. Escuchemos de nuevo una vez más, lo que podríamos definir, como en una sinfonía de Beethoven, el tema fundamental de su acontecer humano, injertado en su vida política y en la vida histórica de su Patria: « A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete ! »

La poesía de la esperanza: ¡, qué mejor definición del rostro humano de la filosofía y de la política de José Antonio y qué mejor retrato del Hombre ?

CAPITULO TERCERO. EL POLÍTICO

El examen de la actividad política de José Antonio, y más exactamente del espíritu que la informó, coherentemente, a lo largo de todo el arco de su participación en los acontecimientos políticos españoles, se ha examinado en los dos capítulos precedentes: en el primero, los acontecimientos; en el segundo, el espíritu informador. Se trata, pues, de completar, de profundizar en cuanto ya se ha dicho, dejando para un sucesivo capítulo lo relativo a la Falange, sus programas y su doctrina.

Nos parece que lo esencial, en cuanto al espíritu informador de la participación de José Antonio en los acontecimientos políticos españoles, ha sido óptimamente interpretado por uno de los más agudos biógrafos de nuestro personaje: Adolfo Muñoz Alonso. Este autor, en el volumen « Un pensador para un pueblo » ha dicho y nosotros ratificamos: « Su dedicación no fue la respuesta a un análisis atento de la situación; no se dedicó a la política arrastrado por una vocación irresistible sino que fue obligado a intervenir empujado por la dignidad personal, el decoro familiar, la elegancia espiritual y la insaciable búsqueda del bien ».

No fue pues hombre político por vocación sino porque se vio obligado y en parte arrastrado por las circunstancias. Podría parecer que esta circunstancia le restara valor pero no es así. En realidad, siempre ha habido y hay políticos por vocación; es decir, personajes hechos a la medida para la vida política, tanto en su faceta noble como en la innoble. En algunos casos se ha tratado de personajes tan importantes, tan convincentes por lo que se refiere a capacitad y éxito, que no ha habido ningún inconveniente en perdonar sus errores habida cuenta de su popularidad y méritos más concretos y objetivos. Pero, hay, siempre ha habido, personajes políticos que en su origen, en su personal vocación, nada tenían que pudiera hacer presumir una sucesiva carrera y un posible éxito en la vida y en la batalla política. Personajes atraídos por la literatura, por las artes o por las profesiones liberales o incluso por oficios manuales y no ciertamente por la política; personajes no solo contrarios sino personalmente desengañados por los frutos que inicialmente lograron con la política; personajes arrastrados por cuestiones históricas o quizás familiares que se han visto confundidos y obligados a tomar rumbos imprevistos hacia situaciones no

deseadas, hacia pruebas involuntarias que han afrontado y superado con gran valor y al fin con dedicación tanto más intensa cuanto menos predispuesta y congenial. José Antonio pertenece a esta categoría. Si cuando era adolescente se hubiera escuchado a sí mismo, se habría dedicado a los estudios humanísticos y habría continuado escribiendo dramas en verso o ensayos literarios. Si hubiera podido, en la primera juventud e inmediatamente después de doctorarse, seguir su vocación, se habría dedicado a la abogacía y sin duda hubiera llegado a ser, como ya empezaba a manifestarse, uno de los más grandes abogados de España. El drama del padre lo arrojó a la política, perentoriamente, como ya hemos visto en los capítulos precedentes y sucesivamente su dedicación fue total, por vida y desgraciadamente por muerte, como consecuencia de la enfermedad «de la Madre»: por « Madre » queremos decir la Patria española que agonizaba y que su hijo Primo de Rivera no podía dejar sola. Por ello, Adolfo Muñoz Alonso, ha excluido justamente que José Antonio se dedicara a la política por vocación. Para este autor, la dignidad personal, el decoro familiar (la defensa de la tradición paterna), la elegancia espiritual y la insaciable búsqueda del bien (la defensa de la tradición española y en particular de la castellana) son las causas verdaderas y profundas del compromiso político de José Antonio.

Citemos otras dos definiciones sintéticas de su biógrafo Muñoz Alonso: « La política, en la concepción de José Antonio, es una función religiosa y poética, reveladora del auténtico destino de un pueblo »; « La política no como el arte del posible sino como ciencia, arte, poesía de lo renunciable ».

Nos parece que esta última definición tiene especial importancia y además creemos que es muy original. Solo un personaje como José Antonio podía inspirarla. En realidad, muchas veces hemos leído e incluso hemos dicho y enseñado a los más jóvenes, que la fórmula según la cual la política es el arte de lo posible, además de cínica, es vieja, rancia, inútil. Es — entendámonos — una fórmula válida para todas las mayorías y para todas las minorías destinadas a la pasividad del espíritu y, en consecuencia, prontas y capaces de no dejar pasar la oportunidad del momento, auque incapaces de mirar a las perspectivas y, por consiguiente, a las tradiciones, incapaces tanto de ir verdaderamente con la gran corriente de la historia como ir contracorriente en términos de compromiso político y cultural. Así, pues, nos ha sucedido muchas veces que hemos opuesto el « arte de lo posible » al « arte de lo imposible », en cuyo nombre no hemos tenido

miedo de que nos definan como « profetas desarmados », y ser tratados como tales. Pero nunca nos había sucedido, y ello por mérito de José Antonio, encontrarnos de frente a la política concebida y realizada como « poesía de lo no renunciable ». ,

La relación, a primera vista contradictoria y también absurda, entre poesía y política, ya la hemos recogido, al terminar el capítulo precedente, en la cita de un fragmento del más célebre discurso de José Antonio: « A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas ». Aquí el biógrafo de José Antonio nos permite dar otro paso positivo y unir la ética a la poesía esposada con la política. La poesía de « lo no renunciable » es un principio moral, es el imperativo categórico vigorosamente relacionado con la política que se hace poesía y con la poesía inspiradora de la política. Llegados a este punto, se puede comprender por qué José Antonio sostuvo que a los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, en cuanto que los poetas, a su vez, comenzando por Homero, han expresado la superior moralidad de los pueblos, una moralidad que se llama tradición en el sentido clásico y etimológico de la palabra; tradición como consigna, como relevo, al igual que aquella procesión que durante cuatrocientos kilómetros fue relevándose mientras transportaba en las espaldas de los jóvenes de España no el cuerpo sino la sustancia espiritual, poética y moral, y por lo tanto política de José Antonio Primo de Rivera.

« Función religiosa y poética de la política », dice bien Muñoz Alonso, individuando en José Antonio el poeta-vate que participa en la vida política del propio país. Así nació la política en el antiguo mundo grecorromano, de nuestra cultura, a cuyos niveles es necesario remontar la política, siempre sobre las alas de la tradición y, en consecuencia, de la religión y de la poesía. Son cosas que nosotros, italianos de Derecha, italianos comprometidos — en alma y cuerpo — en la batalla por la afirmación, especialmente entre los jóvenes, de la Cultura de Derecha, son cosas que creemos profundamente, pero que nunca habíamos podido expresarlas con la claridad, no solo de palabra sino sobre todo de ejemplo, con que José Antonio ha sabido hacerlo.

Descendiendo de los principios a los hechos, a las vicisitudes de la participación de José Antonio en la vida política, veamos en qué términos planteó, en septiembre de 1931, el problema de su primera participación directa en la vida política, es decir, su primera candidatura. Despues de la precipitada partida del Soberano, el fin de la monarquía y la proclamación

de la república, se celebraron las elecciones políticas generales (octubre de 1931).

José Antonio decidió presentarse participando a título personal, sin afiliarse a ningún partido (la Falange aún no había nacido). La ley electoral, uninominal, lo permitía y es necesario decir que si la ley electoral no lo hubiera dejado libre de compromisos ciertamente no se habría presentado. En aquel momento, todavía profundamente sobresaltado y amargado por los acontecimientos que provocaron la caída del padre y la fuga del Monarca se sentía lejano de los grupos políticos, tanto de derecha como de izquierda. Por otra parte, he aquí, su muy leal tarjeta de visita en vísperas de la votación. En el periódico ABC, del 29 de septiembre de 1931, escribía: « No me presento a la elección por vanidad ni por gusto de la política, que cada instante me atrae menos. Porque no me atraía, pasé los seis años de la Dictadura sin asomarme a un Ministerio ni actuar en público de ninguna manera.

Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros, y que el apartarme de ellos para lanzarme momentáneamente al vértigo punzante de la política me cuesta verdadero dolor. Pero sería cobarde o insensible si durmiera tranquilo mientras en las Cortes, ante el pueblo, se siguen lanzando acusaciones contra la memoria sagrada de mi padre ».

Una tal candidatura sólo podía fracasar y, en realidad, como ya hemos dicho en el capítulo dedicado a la vida de José Antonio, fue ampliamente derrotado por un concurrente que no era famoso. Los veintiséis mil votos de José Antonio contra los treinta y seis mil del contrario constituyen una prueba consistente del prestigio que ya tenía el joven abogado. Pero lo que importa es el espíritu con que se presentó, que confirma cuanto hemos dicho acerca de su personal concepción de la vida política.

Ni siquiera cuando se presentó con el apoyo de la Falange en las sucesivas elecciones y fue elegido diputado, modificó la sustancia de su pensamiento sobre el parlamento. En una entrevista concedida a un semanario, declara lo siguiente: Pregunta. « ¡, Y su labor parlamentaria ? ». Contestación: « Poco más que esperar y observar, para señalar, cada vez que sea oportuno, la incapacitad del Parlamento de hacer renacer a España ». « En cuanto al Parlamento, ¡, ha hecho algo hasta ahora ? ».

Hay que decir, en honor a la verdad, que la actividad parlamentaria de José Antonio no se limitó a escuchar ni tampoco a la sola crítica. Los discursos, como por ejemplo, sobre la reforma agraria, en términos críticos

pero sobre todo en términos de propuesta valerosa, son famosos. Pero su antiparlamentarismo, dentro y fuera de las Cortes, ha sido irreductible. Hay que añadir para completar el conocimiento del personaje a nivel parlamentario, que José Antonio sabía ser incluso un diputado de asalto, con toda la dureza posible. Baste un ejemplo. Acusado por los adversarios, como Jefe de la Falange, de cultivar la violencia, no rehusó la polémica y respondió: « No es ciertamente mi intención cultivar la violencia y mucho menos justificarla, a condición de que la violencia de los adversarios no venga a buscarme ».

En cuanto a sus relaciones con las otras fuerzas políticas, el único problema que merece aclararse para conocer a fondo la personalidad de José Antonio, es el relativo a los contactos con la derecha en general y con algunos de sus grupos en particular.

Por lo que se refiere a la izquierda, en su conjunto y en sus diversas formaciones, no hay dudas o equívocos: la posición de José Antonio es meridianamente clara. Jamás concibió la más pálida posibilidad de compromiso o de tregua. En esto era un maniqueo, o más bien — y lo repetiremos — un Cruzado; un Cruzado que no carecía de vocación para convertir a los infieles pero no a nivel de relación o de juicio político.

En cuanto a la derecha en general, José Antonio no se liberó jamás de una más que razonada desconfianza, determinada por el espectáculo nada confortante de la derecha española de aquél tiempo. Sobre el terreno de los principios y de la calificación política, aquella desconfianza natural hubiera debido ceder el paso a la exigencia de una distinción neta y sistemática de la izquierda, como denominación y como sustancia de doctrina y de programa político. Pero José Antonio estaba dominado, por encima de las desconfianzas que hemos referido, por una preocupación que todavía es propia, en todo el mundo, de los hombres de derecha, la preocupación de que el vocablo pueda ser fuente de confusión y no de claridad, es decir, que por derecha se pueda entender conservadurismo en el sentido mezquino, egoísta, liberal-capitalista, terminando así por hacer el juego de las izquierdas en general y de los comunistas en particular. Esta preocupación siempre estuvo viva en José Antonio y solo en muy pocas ocasiones le dejó la posibilidad de hablar francamente de derecha, de derecha social, en oposición a la izquierda marxista que, en fin de cuentas, es la verdaderamente reaccionaria.

Recordemos, para comprender totalmente, que José Antonio hablaba a la España de los años treinta, a una España socialmente desequilibrada, a una España que había conocido gobiernos de la denominada derecha o -centroderecha, de los cuales el pueblo español nada bueno había heredado en cuanto a reformas sociales y justicia social, sobre todo en materia agraria.

Estos son los motivos por los que no quiere asociarse, en la campaña electoral de 1933, con las derechas para combatir al frente popular. Fu probablemente, si se mira a los resultados de aquella campaña electoral y también a las consecuencias inmediatas, un gran error político, aunque se trataba entonces de un error inevitable ya que la parte más viva y vital de la Falange estaba formada por las JONS, es decir, por los sindicatos nacionales que habían confluido en la Falange y que la hubieran abandonado en el caso de alianzas socialmente sospechosas.

Escribía en el ABC del 30 de noviembre de 1934, José Antonio: « La Falange está bien lejos de ser un partido de derecha... y no piensa fundirse con ningún otro partido de los existentes... ». Añadía que la Falange se felicitaba, sin embargo, de « que los grupos conservadores tiendan a nutrir sus programas de contendido nacional en lugar de caracterizarse, como era frecuente hasta ahora, por el propósito de defender intereses de clase ». No era una clausura absoluta de la Falange de José Antonio con respecto a la derecha sino que en aquél entonces no había .posibilidad de aliarse abiertamente.

Todavía más delicada fue la relación entre José Antonio y los monárquicos, ya que en dicha relación influía la profunda desilusión que la monarquía había determinado en la conciencia de José Antonio. Hemos narrado lo que sucedió cuando el dictador Primo de Rivera fue depuesto por el rey y sobre todo lo que sucedió cuando habiendo muerto en Francia, después de dos meses de voluntario exilio, la España monárquica no fue capaz de celebrar las exequias y de recordar la memoria con obligada dignidad y con un mínimo de valor. Aquel fue, lo hemos dicho, el resorte psicológico que lanzó a José Antonio a la vida política, lo que quiere decir que su primer sentimiento, quizás sin que lo supiera, fue un resentimiento antimonárquico. Trató de moderarlo, de que prevaleciera la razón política, ya que sabía muy bien que entre los partidarios de la Falange había bastantes monárquicos, aunque nunca olvidó el agravio que se hizo a su padre ni la escasa sensibilidad social demostrada por la monarquía.

Esta actitud constante de reserva, por parte de José Antonio, con respecto a los monárquicos, hizo menos fáciles y menos abiertas las relaciones con la CEDA, el más grande grupo político de derecha de entonces. La misma denominación de la CEDA era clara y abierta: Confederación Española de Derechas Autónomas. El líder era muy popular, especialmente en los ambientes católicos, y vivió hasta después de la guerra civil, aunque siempre estuvo, antes y después de la victoria de Franco, en contra de éste. Se trataba de Gil Robles, al cual José Antonio no cesó jamás de mirar, aunque no lograra ninguna alianza formal, con una cierta simpatía. Gil Robles era un brillante profesor de derecho en la Universidad de Salamanca y su grupo político emanaba de una formación juvenil, las JAP (Juventudes de Acción Popular). Gil Robles fue el triunfador de las elecciones de 1933 en las que salió elegido José Antonio y también Calvo Sote-lo, el otro « triunviro ». aunque informal de la derecha española. La nueva Cámara nacía con una mayoría de derecha o de centroderecha, los socialistas perdían la mitad de los puestos conquistados en 1931, la CEDA conquistaba la mayoría. Desgraciadamente los hechos dieron la razón a José Antonio. La victoria de la derecha duró poco porque Gil Robles se mostró incierto, demasiado abierto a los compromisos, muy débil frente a la izquierda y sobre todo incapaz de dar lugar a una verdadera y auténtica alternativa programática tanto de los problemas del orden como de los de carácter social. Calvo Sotelo, a su vez, no volvió inmediatamente de su exilio, a pesar de haber sido elegido diputado, y prefirió esperar a que el Parlamento votase la ley de amnistía en abril de 1934.

Los acontecimientos se deslizaron primero y se precipitaron después hacia el caos, como hemos visto en el capítulo dedicado a la vida de José Antonio. Cabe preguntarse que habría sucedido si en las elecciones de 1933 se hubiera realizado el frente único de las derechas y sobre todo si hubiera comenzado a funcionar inmediatamente después de las elecciones. Pero los hechos dieron la respuesta. No existía en la clase dirigente política española no sometida a las izquierdas el conocimiento pleno del peligro y, en consecuencia, la capacitad de formar un verdadero bloque, de dar a la derecha una función coagulante en términos patrióticos y también en términos políticos y programáticos. Tuvo que pasar la oleada de auténtico terror desencadenada por las izquierdas en tiempos de Azaña (y denunciada por Calvo Sotelo con su consiguiente condena a muerte) y tuvo que ocurrir sucesivamente el alzamiento de Franco. Hay momentos en la historia de los

pueblos, en los cuales la palabra se cede a las armas: momentos desgraciados, cierto, aunque quizás inevitables o al menos dispuestos por los hados.

CAPITULO CUARTO. EL CRUZADO - EL MITO

Después de cuanto hemos dicho en los capítulos precedentes acerca de la personalidad de José Antonio, estamos en condiciones de poder afrontar el tema más importante y delicado: el de su religiosidad. El más importante porque no condicionó sólo su carácter, sus preferencias y su destino de hombre sino que llegó a condicionar los hechos de su vida, momento por momento, con una cohesión impresionante, con una continuidad sin tregua y que, a nosotros mismos, nos impide el respiro mientras recorremos las etapas de su gloria y de su calvario. El más delicado porque han cambiado los tiempos, ha mudado el clima, lejanos quedan aquellos acontecimientos al haberse apagado en todo lugar de Europa y del mundo el mito de la Cruzada, se vive y se respira materialismo y cinismo; es necesario un enorme esfuerzo psicológico para realizar en nosotros mismos, acercándonos a la religiosidad de José Antonio, el cambio de calidad que nos consienta no confundir las apariencias de la fe con la religión como íntima, sublime, dulce, deliciosa fuente de pensamientos y de acción.

Para comenzar a comprender seriamente, veamos en primer lugar su relación como creyente con las jerarquías de la Iglesia católica. El punto vigésimo quinto del programa oficial de la Falange dice taxativamente: « La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integración nacional ». Es en sustancia la vieja fórmula de los Estados laicos y liberales: Iglesia libre en un Estado libre.

En consecuencia, no al clericalismo; no a la sumisión del Estado a la Iglesia; sí al concurso de Estado e Iglesia, cada uno en el ámbito de sus poderes, en la educación civil y religiosa de los ciudadanos. En términos más claros todavía, José Antonio, siempre respetuoso y recordando la gran tradición española, concebía un catolicismo que algunas veces definía como « regio », y que nosotros italianizándolo podríamos definir « ghibellino » o « dantesco »; un catolicismo que garantiza independencia y soberanía, sea al Estado, sea a la Iglesia, en vista de un concordato que José Antonio fue el primero en augurar y que se firmó entre España y el Vaticano en 1963.

El ser católico convencido y practicante, el retirarse con bastante frecuencia para hacer ejercicios espirituales (hemos visto que cuando el padre podía pasar con José Antonio algunos días tranquilos, los monjes de El Escorial los hospedaban con agrado), el llevar un escapulario de la Virgen del Carmen, todo ello no transformó jamás en clerical a nuestro personaje y nunca trató de hacer de la Falange un movimiento confesional ligado a la jerarquía de la Iglesia.

Así, pues, es al sentimiento religioso de la vida al que hay que mirar si se quiere comprender la personalidad de José Antonio, si se quiere intuir qué fuerza le ha consentido saber vivir y saber morir, haber sabido acercarse a todas las alegrías de la vida y a todo el misterio de la muerte sin haberse jamás alejado de una sincera y limpia inspiración cristiana.

Escuchemos este pasaje de uno de los escritos más meditados de José Antonio (« Homenaje y reproche a Don José Antonio Ortega y Gasset » — un ensayo de diciembre de 1935, un año antes de morir): « ...toda gran política se apoya en el alumbramiento de una gran fe. De cara hacia afuera — pueblo, historia — la función del político es religiosa y poética. Los hilos de comunicación del conductor con su pueblo no son ya escuetamente mentales sino poéticos y religiosos. Precisamente, para que un pueblo no se diluya en lo amorfo — para que no se desvertebre —, la masa tiene que seguir a sus jefes como profetas. Esta compenetración de la masa con sus jefes se logra por proceso semejante al del amor.

De ahí la imponente gravedad del instante en que se acepta una misión de capitanía. Con sólo asumirla se contrae el ingente compromiso ineludible de revelar a un pueblo —incapaz de encontrarlo en cuanto masa —su auténtico destino. El que acierta con la primera nota en la música misteriosa de cada tiempo, ya no puede eximirse de terminar la melodía. Ya lleva sobre sí la ilusión de un pueblo y abierta la cuenta tremenda de cómo la administre ».

Escuchad, releed, meditad y decidme si no os sentís presos, también vosotros, de la misteriosa melodía, de la melodía que os llega de un hombre que, a un año de su muerte, sabe, dice y escribe que es consciente de que debe « terminar la melodía », porque « ya lleva sobre sí » la cruz del dolor y de la esperanza y quizás de la ilusión de todo su pueblo. Escuchad, releed, meditad y decidme si no os parece estar frente a un moderno Evangelio, es decir, delante de una interpretación auténtica del cristianismo. Sin embargo, se trata del Jefe de un partido, y en aquel momento de un modesto partido

minoritario, que está a punto de ser disuelto por la autoridad competente. Están a punto de disolverlo y él ata con « hilos poéticos y religiosos » el destino de su pueblo al destino propio y de su parte. Lanza un « credo quia absurdum » hacia el cielo, no en actitud de desafío sino de una esperanza tan humilde y difuminada que le obliga a hablar de « ilusión » y he aquí que tiene razón, he aquí que se descubre, releyéndolo después de tantos años y tantos acontecimientos, que él tenía razón, que él era verdaderamente el más grande, que él había comprendido a España.

Sobre todo, había comprendido que para salvar a España era necesaria, fatalmente, una guerra religiosa, una Cruzada. España debía nuevamente liberarse de los infieles y éstos ya no eran los « moros » de las canciones medievales, sino los marxistas, los comunistas, los sin Dios. Cuando escribía las líneas que acabamos de mencionar, en diciembre de 1935, José Antonio estaba a punto — dada « la imponente gravedad del momento — de asumir una misión de comando ». Sabía, lúcidamente, que contraía « una responsabilidad inmensa e inevitable » que consistía en revelar al pueblo español « su auténtico destino », que era un destino de guerra y no se aprestaba inconscientemente a la gran empresa, a la Cruzada. Presagiaba, quizás, el propio sacrificio supremo, pensaba desasosegado en las víctimas que la « misteriosa música » acompañaría hacia el más allá; sin embargo, la suerte estaba echada y había que atravesar el Rubicón.

En aquel estado de ánimo, y en aquella situación difícil, acuñó una máxima que de otro modo podría parecer sorprendente y que en cambio es la máxima propia del tiempo de una Cruzada: « ... ¡ Cuando lo religioso y lo militar son los dos únicos modos enteros y serios de entender la vida ! ».

La Cruzada española antimarxista de los años 1936-1939 forma un todo armónico con José Antonio, aunque éste fuera fusilado al comienzo de aquella auténtica guerra de liberación, y la vida de José Antonio forma un todo armónico con la Cruzada, en el sentido de que vivió para prepararla espiritual y políticamente, para recuperar España a sus verdaderos valores tradicionales, para restituir a España el sentido « real » de la misión cristiana y católica que había hecho un Imperio. Estos motivos y estos valores fueron intuidos en un primer momento por sus secuaces, que no querían creer en su desaparición y crearon el Mito del « Ausente »; y sucesivamente por todos los combatientes de la guerra de España, y por último, por gran parte del pueblo español y no poca parte de la juventud nacional de otros lugares de Europa y del mundo: de un mundo joven, de un

mundo joven que no quiere guerras, que no desea la violencia, pero que no quiere vivir bajo el cobijo de mil cobardías y cien mil compromisos y anhela restablecer aquel « hilo de amor » entre los pueblos y las religiones de la Historia.

Que se ha tratado de una verdadera y auténtica Cruzada, quizás la última, no se pone en duda. El 25 de julio de 1936, cuando aún vivía José Antonio, aunque ya estaba encarcelado, el General Franco dijo: « Nos encontramos frente a una guerra que reviste, cade día que pasa más, el carácter de Cruzada, de grandeza histórica y de lucha trascendente de pueblos y civilizaciones »; y el Cardenal Primado de España, Goma, que entonces residía en Pamplona, manifestó: « En el fondo hay que reconocer en la guerra un espíritu de verdadera Cruzada a favor de la religión católica, cuya savia ha vivificado durante siglos la historia de España y ha constituido el meollo de su organización y su vida ». El 16 de abril de 1939. se manifestaba con no menor claridad un Pontífice que no tenía temor de hablar el lenguaje de las Cruzadas. Pió XII dirigió el siguiente mensaje radiofónico: « Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar una vez más sobre la heroica España. La Nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro Siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están lo valores eternos de la religión y del espíritu. La propaganda tenaz y los esfuerzos constantes de los enemigos de Jesucristo parece que han querido hacer en España un experimento supremo de las fuerzas disolventes que tienen a su disposición repartidas por todo el mundo; y aunque es verdad que el Omnipotente no ha permitido por ahora que lograran su intento, pero ha tolerado al menos algunos de sus terribles efectos, para que el mundo viera cómo la persecución religiosa, minando las bases mismas de la justicia y la caridad, que son el amor de Dios y el respecto a su santa ley, puede arrastrar a la sociedad moderna a los abismos no sospechados de inicua destrucción y apasionada discordia ».

Para José Antonio fue Cruzada en términos de acción sin duda alguna; pero, atención, no lo confundamos con un « golpista », como alguno podría estar tentado de hacer, dada la escualidez mental de nuestros tiempos. En realidad, la acción no era por sí misma importante, si no en cuanto encaminada a realizar una inspiración, a dar certeza histórica a un pensamiento, a una filosofía. No por casualidad hemos hablado, a propósito

de la guerra civil española, de una verdadera y propia guerra de liberación. Nos da testimonio otra frase perteneciente al más célebre discurso de José Antonio, el del Teatro de la Comedia de Madrid. Escuchemos una vez más: « Porque sólo se respecta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos; cuando, se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse. Sólo cuando al hombre se le considera así, se puede decir que se respeta de veras su libertad ». Extended a la sociedad nacional, extended a la Patria española el pensamiento fundamental de José Antonio sobre la libertad y entonces comprendereis que él consagraba toda su Vida, más aún, daba su vida por la liberación del alma española, encarcelada y herida por los sin Dios.

Pensamiento y acción. José Antonio supo y quiso infundir su credo incluso en la práctica cotidiana de la lucha política, del activismo juvenil de la Falange. Su biógrafo Gilíes Mauger narra que durante las vacaciones de Navidad de 1934, José Antonio estimó oportuno enviar un grupo de estudiantes falangistas para que anduvieran por la provincia de Madrid haciendo propaganda y proselitismo. Les dio instrucciones « evangélicas ». Como la Falange no tenía millones para poder publicar libros y carteles, como no tenía automóviles para transportar a los propagandistas, lo jóvenes falangistas tuvieron que ir a pie recorriendo las grandes carreteras, como San Pedro hacia Roma, como Santiago hacia Compostela. Para diez días tenían 50 pesetas; era poco, pero así recordarían que un obrero español ganaba diariamente cinco para alimentar a toda la familia. Los jóvenes comieron pan negro y el calducho de las posadas. Hablaron con los arrieros y con los campesinos. Dieron — decía José Antonio — « lo que es más hermoso de dar a un hombre: la alegría del amor ».
Un hombre así tenía que convertirse en un Mito, después de la muerte, y también en vida: especialmente a los ojos de los jóvenes.

En realidad tenía y demostraba, sin ostentación, todas las virtudes del Jefe, y del Jefe religioso, como esperaba instintivamente la juventud española de aquel tiempo. El Profeta era necesario y como tal aparecía él cuando hablaba de la España eterna y hacía resonar en las almas jóvenes aquella « melodía » que sus oyentes y secuaces sentían que no se apagaría con su vida mortal, sino que continuaría viviendo con su espíritu.

Después de uno de tantos atentados, a tiros de pistola, del que milagrosamente había logrado escapar, un periodista le preguntó si habría

sentido morir y porqué. José Antonio respondió: « Porque no sabía si estaba preparado para morir. La eternidad me preocupa profundamente. Soy enemigo de las improvisaciones, tanto en los discursos como frente a la muerte. La improvisación es una actitud que me desagrada ».

Es fácil imaginar qué profundo efecto podían determinar frases similares en el ánimo de sus secuaces, especialmente los jóvenes. El Jefe se libra de un atentado y no por primera vez. Todos le rodean para saber, para felicitarse, para tratar de convencerlo de que tutele mejor la propia vida. Y él, a un periodista que quizás quiere provocarlo, preguntándole que cómo es posible que un católico como José Antonio, a un creyente como José Antonio, pueda desagradarle la muerte, no sólo no se refugia en la retórica de la fe ostentada, no sólo no se refugia en el fatalismo de la muerte aceptada en cualquier momento, sino que encuentra la fuerza espiritual necesaria para decir que, a la muerte, un Jefe como él debe saberse preparar sin « improvisaciones », sin « romanticismos », y con la protección de una espiritualidad enrarecida, esencial, digna de un Santo Domingo del Siglo XX.

Y nace el Mito. Por toda España corrieron sus máximas « El camino más corto de un punto a otro pasa por las estrellas », y corrió la fama de su valor. Toda la juventud española supo, en los años de la formación y de la primera afirmación de la Falange, mientras el Frente Popular esparcía por todas partes el terror, que José Antonio no tomaba ninguna precaución por su seguridad a pesar de que regresaba cada noche a su casa, en Madrid, solo y por calles oscuras. Toda la juventud española supo que cuando los rojos asesinaron a uno de los activistas más importantes, Matías Montero, muy amigo de José Antonio, él se ordenó a sí mismo y lo mantuvo, de privarse incluso de los más pequeños y modestos placeres, para dedicar de la mañana a la noche toda la existencia a la batalla no de venganza sino de reivindicación. Toda la juventud española supo que poco después de la sangrienta revolución de Asturias, solo, recorrió las calles aún llenas de ruinas humeantes. Toda la juventud española aprendió a venerar el personaje siguiendo la estela de las frases más hermosas y más exaltantes de sus discursos y de sus ensayos políticos; por ejemplo, aquella frase del ya citado escrito en respuesta a Ortega y Gasset: « Nuestro tiempo no da cuartel. Nos ha correspondido un destino de guerra en el que hay que dejarse sin regateo la piel y las entrañas. » ¿Frases ? ¡ Cierto !; pero pronunciadas o escritas a finales del año 1935 español, cuando en todas

partes se respiraba aire de batalla, cuando las frases mismas eran actos de guerra, que podían costar, y poco después de un año costaron, la vida al que las escribía o las pronunciaba.

Para terminar este capítulo, dedicado al Cruzado y al Mito, citemos las palabras del biógrafo Gilíes Mauger: « En él hay algo del Cid, de Don Quijote, de San Ignacio, de San Juan de la Cruz. El es un cruzado de la reconquista, un conquistador del Nuevo Mundo, un señor de Castilla, amigo de Santa Teresa... La vida del héroe se parece a la de Cristo, como una pálida copia de un modelo viviente. La de José Antonio más que cualquier otra. Ha muerto a la misma edad después de tres años de vida pública. Quiso el amor y recogió el odio. Condenado por sus hermanos no ha tenido para ellos más que palabras de perdón. Ha ofrecido la vida para salvarlos ».

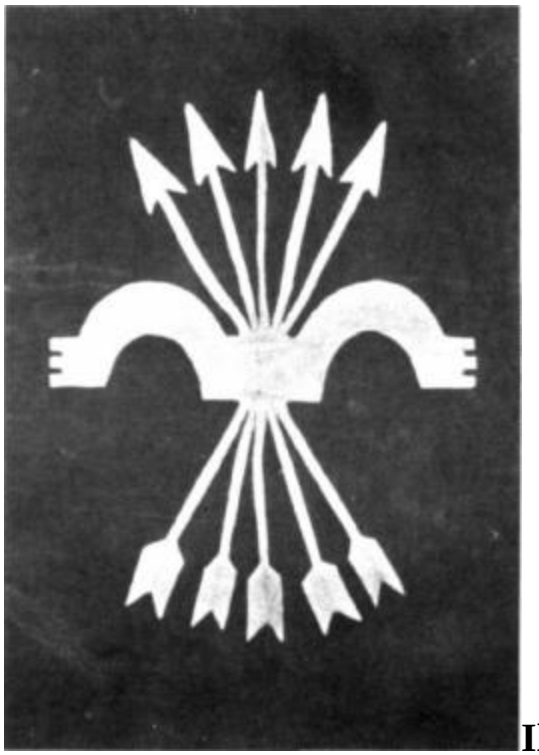

Ilustración 1. El símbolo de la Falange: el yugo y las flechas.

Ilustración 2. José Antonio Primo de Rivera.

Ilustración 3. La familia Primo de Rivera.

Ilustración 4. El manifiesto que anuncia la publicación del primer número de EL FASCIO.

Ilustración 5. José Antonio Primo de Rivera participa en Madrid a una reunión del Consejo Nacional del S.E.U.

Ilustración 6. José Antonio con el uniforme de la Falange.

Ilustración 7. José Antonio, orador en un mitin.

Ilustración 8. El primer ejemplar del periódico FALANGE ESPAÑOLA.

Ilustración 9. José Antonio en su bufete de abogado.

Ilustración 10. José Antonio pasa revista a un grupo de falangistas.

Ilustración 11. José Antonio guardaba celosamente una fotografía con dedicatoria de Mussolini.

Ilustración 12. La prisión de Alicante en donde José Antonio fué encarcelado y fusilado el 20 de noviembre de 1936.

Ilustración 13. El rincón del patio de la prisión de Alicante donde fusilaron a José Antonio.

Ilustración 14. En 1939 los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera fueron encontrados en Alicante. El féretro fué trasladado a El Escorial donde fué enterrado, hasta que tuviera definitiva sepultura en el Valle de los Caídos.

Ilustración 15. Franco depone una corona de flores sobre la tumba de José Antonio en el Valle de los Caídos.

Ilustración 16. El Valle de los Caídos.

CAPITULO QUINTO. EL HOMBRE Y LA CULTURA

No se puede hablar de una vocación literaria de José Antonio y él mismo no habría querido que se hablase; tan es así que en su testamento ordenó la « destrucción » de todos los « papeles privados » y de los que contuvieran « trabajos meramente literarios ». Aludía al ya citado drama en verso « La campana de Huesca », que escribió cuando tenía diez años para su pequeña compañía familiar, compuesta de hermanos y primos; podía aludir a un poema titulado « La profecía de Magallanes » que se había publicado en la revista « Raza Española » en 1922 (merece ser recordado un verso relativo a la muerte: « Si la muerte es tan bella, ¿ Qué importa sucumbir en el empeño ? »); podía aludir a cualquier otra composición poética, del tipo del soneto convival que aparece en la estupenda biografía escrita por Felipe Ximénez de Sandoval; podía en fin aludir a su participación en manifestaciones puramente literarias como la que tuvo lugar en el Hotel Ritz de Madrid, en noviembre de 1929.

Pero el no poder hablar de una vocación literaria de José Antonio, el tomar nota de que él mismo, en su testamento, no quiere dejar ningún recuerdo o documento que se refiera a actividades puramente literarias, no significa en modo alguno que José Antonio no haya obedecido, en la formación y en la maduración de su actividad política, a impulsos culturales, ni que él no haya estado en relación con toda una corriente de pensamiento y de cultura, ni que, en fin, haya dejado de estar continuamente estimulado por la curiosidad cultural. Al contrario, hay que decir, como veremos ahora, que no es posible valorar cumplidamente su pensamiento político, sin tener en cuenta el momento cultural que vivía España, de un altísimo nivel, en la época de José Antonio.

Se trata del momento cultural, y político en el sentido más noble y comprometido de la palabra, determinado por la que se denominó « generación de 1898 ».

En 1898 perdía España, como consecuencia de la desastrosa guerra con los Estados Unidos, los últimos reductos de lo que fue su vastísimo imperio. España perdió Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, mientras que en su propia

casa seguía el ultraje, que aún continúa, de Gibraltar. Fue una especie de Adua española, para que nos entendamos, con la diferencia que Adua había representado para los nacionalistas italianos un drama y una mortificación en el camino de un imperio naciente, mientras que Cuba, Puerto Rico y las Filipinas representaron, en 1898, el fin de todo sueño imperial de una España que había sido Imperio durante siglos; el inicio, pues, de una irreparable decadencia.

No es posible comprender la España del tiempo de José Antonio, bajo el perfil cultural, y también político, si no se parte de 1898 y quizás no sea tampoco posible comprender la España de hoy, en sus aspectos positivos y negativos, si no se parte de 1898, porque el drama de entonces determinó, por una parte, una especie de fatalismo negativo y resignado, reduciendo a colonia lo que había sido un Imperio, incluso cultural, pero por otra parte la de José Antonio, suscitó la búsqueda ansiosa y ambiciosa de un imperio espiritual, de un Imperio cultural, de un magisterio español de la cultura y del espíritu.

En efecto, José Antonio escribió: « Ya no hay más tierra que conquistar. Pero España tiene que conquistar el primado de las empresas universales del espíritu ».

Y uno de los textos, en los cuales se formó su pensamiento, fue el libro de Giménez Caballero: « Genio de España ».

Así, pues, la referencia a José Antonio como hombre de cultura significa el enlace natural entre el pensamiento político de José Antonio y el pensamiento filosófico de toda una generación de escritores y de pensadores, en cabeza de la cual figuraban dos nombres insignes: Unamuno y Ortega. Sigue una lista de nombres importantes, quizás menos celebrados, pero de indudable relieve: Maeztu, Ganivet, Azorín, Baroja, A. Machado, todos a la cabecera de la Madre enferma, como había dicho José Antonio, y todos intentando promover el renacimiento de una cultura española capaz de remontar la pendiente de la decadencia y de afirmarse en Europa y en el mundo entero.

Unamuno, el « máximo español », el número uno de la cultura española, como fue definido. José Antonio estaba deseando conocerlo porque lo veneraba y al mismo tiempo porque estaba profundamente turbado por ciertos acentos pesimistas y religiosos de la filosofía del Maestro. El encuentro tuvo lugar en Salamanca, el 10 de febrero de 1935. José Antonio iba acompañado, como casi siempre, del amigo Bravo. Los dos jóvenes,

muy emocionados, fueron recibidos con simple cordialidad, como era costumbre de Unamuno y la conversación fue libre, abierta, casi confidencial. Hacía mucho frío, porque a Unamuno le agradaba trabajar así y los jóvenes observaron que el Maestro no llevaba abrigo cuando salieron juntos para dirigirse a comer. Se quedó con ellos hasta el final de la comida, siempre al lado de José Antonio, conversando amablemente con él. Le había impresionado aquello que el joven le había dicho sobre el alma imperial de España y sobre la dignidad de la persona humana en el marco de la concepción religiosa de la vida.

Unamuno había sido un adversario tenaz y duro de la dictadura de Primo de Rivera, pero este hecho bien conocido de José Antonio, no le había hecho disminuir su admiración por el Maestro, y también porque al morir el dictador, Unamuno se había guardado bien de asociarse al coro de las tardías y desconsideradas críticas. En cambio, lo que podía dividir netamente a José Antonio de Unamuno, y que atormentaba la conciencia del joven en presencia del Maestro, era que Unamuno nunca había ocultado su postura de incrédulo, atrayéndose la abierta condena de la Iglesia en las personas del Cardenal Primado y del Obispo Monseñor Pildaín. Pero José Antonio sabía muy bien, porque había leído sin prevención las obras fundamentales de Unamuno que, como apunta muy bien el Profesor Fergola en la ya citada obra sobre la derecha española, Unamuno siempre había conservado « una inextinguible sed de lo sobrenatural, de lo trascendente, de lo ultrasensible », a tal punto que, en la obra fundamental al respecto — « La agonía del Cristianismo » — él había representado a la religión como superada por los tiempos e incapaz de conmover, pero al mismo tiempo había meditado e intentado lo que Fergola denomina una « empresa imposible » (a nivel cultural quizás no sea tan imposible): hacer de Cristo un nuevo mito, dar vida a un nuevo y trágico Cristo español, similar a Don Quijote, o al menos al Don Quijote que él entendía. ¿Y quién mejor que José Antonio, que en febrero de 1935, cuando fue recibido por Unanumo, estaba ya viviendo su personal drama cristiano, en el nombre de una concepción actual del cristianismo, en el nombre de una reivindicación de Cruzada cristiana; quién mejor que José Antonio podía arrimarse reverente a la profunda melancolía de un Maestro como Unamuno, que al cinismo y a la decadencia de los tiempos oponía la fuerza y la nobleza de un sentimiento trágico, y por ello religioso, de la vida humana ?

El acercamiento de José Antonio a Miguel de Unamuno, y viceversa, no fue sólo cultural. Durante la guerra civil Unamuno hizo unas declaraciones a la prensa francesa a favor de Franco. A los periodistas y escritores franceses Jean y Jéróme Tharaud les dijo: « La bestialidad de las ordas marxistas supera toda descripción. Se ha dicho que el Movimiento Nacional no es ni faccioso ni militar sino profundamente popular y que, por consiguiente, todos los partidos antimarxista deben olvidar las diferencias que les separan para unirse bajo la dirección de un jefe militar, a fin de salvar la civilización occidental y con ella la independencia de la Patria ».

El otro gran personaje de la cultura española, al que José Antonio se refiere constantemente, en sus escritos y en sus discursos políticos, como ya hemos tenido ocasión de recordar, fue Ortega y Gasset. En sus encuentros, José Antonio no dejó de ser polémico, como ha observado sobre todo su biógrafo Adolfo Muñoz Alonso. La fórmula « España invertebrada », en la cual se expresaba la desesperación de la generación del 98, no podía ciertamente ser aceptada de manera pasiva por José Antonio, el cual partía de allí, pero no para anclarse en el pasado; al contrario, para hacer resurgir a la joven España, para enseñar a la joven España un nuevo tipo de « reconquista »: la reconquista de los valores espirituales, de los valores tradicionales. Así, pues, José Antonio acusaba a Ortega de haber dejado a la intemperie una generación que tenía necesidad de él como anticipador del futuro y no sólo como intérprete doloroso de un pasado y un presente de profunda decadencia. En resumen, José Antonio hubiera querido un Ortega capaz de ponerse a la cabeza del renacimiento español, a la cabeza de la juventud española, a la cabeza de una « revolución cultural » que fuera el apoyo necesario de la revolución política y social.

Pero también Ortega y Gasset, cuando llegó la hora de elegir, no optó por el Frente Popular. En 1936 se encontraba en zona roja, pero la abandonó en cuanto pudo, marchándose a Francia y haciendo declaraciones contrarias a la República marxista a la que definió «agria y triste ». En diciembre de 1937, en el Apéndice de su célebre « Rebelión de las masas », publicó su « Epílogo para ingleses », en el cual se manifestaba abiertamente a favor de la España Nacional.

Enmarcada así la figura de José Antonio como hombre de cultura, quedan pocas anotaciones complementarias de cierto relieve. Si bien reprochó al monárquico Calvo Sotelo de haber tenido relaciones políticas consideradas « reaccionarias » con la Action Francaise, resulta que cuando

pasó una temporada en París también él se sintió atraído por Bainville y muy especialmente por Charles Maurras; tan cierto es que su crítica constante a la filosofía liberal del Siglo XVIII se acerca mucho a la maurrasiana. Fue un implacable adversario del pensamiento filosófico de Rousseau y de toda su escuela, como siempre fue duramente polémico contra la escuela liberal, en política y en economía, inspirada en los libros de Adam Smith. En efecto, acusaba a los economistas liberales de « haber introducido en el mundo uno de los mayores flagelos de la época contemporánea: el capitalismo ».

En cuanto a las « curiosidades » culturales de José Antonio, vale la pena mencionar que no fue jamás sectario, sino que a pesar del rigor de los principios en los que creía y por los cuales luchaba, trató de acercarse a literatos y artistas que se pronunciaban y se batían en el sentido opuesto. Se mostró muy interesado por las obras de Marañón, al que se consideraba como uno de los santones de la República (y que más tarde, en diciembre de 1937, cuando hacía ya más de un año que José Antonio había sido asesinado, publicó en la « Revue de Paris » un ensayo: « Reflexiones sobre la Revolución Española », que tanto favoreció a la causa franquista). Trató de entrevistarse con García Lorca, el célebre poeta trágicamente muerto durante la guerra civil. Era el 21 de febrero de 1935, la situación ya era gravísima, pero, como hemos visto en el capítulo de la vida de José Antonio, el clima era extrañamente, absurdamente tranquilo. Aquella noche, José Antonio estaba en el Teatro Lara de Madrid, para asistir a una representación de una comedia de su amigo Felipe Ximénez de Sandoval. En el entreacto se acercó a los camerinos para saludar a los actores y actrices y se enteró de que García Lorca estaba en el teatro.
Inmediatamente pidió que se lo presentaran, pero el poeta rechazó toda posibilidad de coloquio, lo cual turbó mucho a José Antonio.

Un año antes, en el verano de 1934, se había encontrado con un artista con el que nada tenía en común: Picasso. Tuvo lugar entonces una larga y serena discusión, en compañía de amigos, sobre problemas artísticos.

Ultima observación. En la cárcel de Alicante, en vísperas de la muerte, dos fueron sus lecturas preferidas: la Biblia que le había regalado su amiga Carmen Werner y el libro de Alexis Carrel « El hombre, ese desconocido ». Se preparaba para morir, se preparaba para el coloquio con la eternidad, y todo su mundo religioso y cultural, le ayudaba en la ardua tarea.

CAPITULO SEXTO. LA FALANGE: HISTORIA Y DOCTRINA

La historia de la Falange, en sus premisas, en su origen y en sus primeros pasos, coincide con la historia humana de José Antonio; por lo tanto, podemos resumirla brevemente volviendo sobre cuanto ya hemos narrado en el Capítulo dedicado a la vida del Fundador.

La primera actividad política que tuvo José Antonio, cuando era muy joven, la heredó directamente de su padre. En el invierno de 1931, los amigos del dictador Primo de Rivera, que continuaron siéndole fiel después de su deposición y muerte,, fundaron « Acción Española ». José Antonio no quiso asumir la dirección formando sólo parte de manera nominal, ya que si no hubiera dado su adhesión se habría interpretado mal su gesto.

Las inclinaciones revolucionarias de José Antonio lo inducían más bien a mirar con simpatía hacia un pequeño partido dinámico y decidido, constituido en febrero de 1931, por un joven de 25 años, Ramiro Ledesma Ramos. Este había lanzado un vehemente « llamamiento a la juventud » que a José Antonio le gustaba mucho e incluso había fundado un periódico titulado de manera significativa « La conquista del Estado ». Ledesma Ramos reunió a un grupo de obreros y estudiantes y así nacieron, en colaboración con otro joven, Onésimo Redondo, abogado e hijo de labradores, las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, las JONS, en las cuales confluyeron rápidamente las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica que Onésimo Redondo había constituido anteriormente.
Las JONS adoptaron como emblema el yugo y las flechas de la gran Isabel y como lema: Por la Patria, por el Pan y por la Justicia.

El ingreso oficial y verdadero de José Antonio en la vida política tuvo lugar en octubre de 1933, cuando para organizar un movimiento convocó una primera reunión en casa de uno de sus amigos, el aviador Julio Ruiz de Alda. La exposición inicial de José Antonio concluyó así: « Es necesario realizar la revolución nacional para lograr la justicia social y la grandeza de España ». Pronto se eligió el nombre de Falange para la nueva formación política, que tuvo su bautismo, como sabemos, el 29 de octubre de 1933, con el discurso del Teatro de la Comedia.

El 7 de diciembre del mismo año, la Falange tenía su primer instrumento periodístico. Nació el periódico « Fe » y en él aparecieron los primeros nueve puntos de la doctrina falangista.

El acuerdo entre la Falange y las JONS tuvo lugar el 4 de marzo de 1934, en Valladolid, con la mediación, entre José Antonio y Ledesma Ramos, de Juan Aparicio y Onésimo Redondo. El nuevo movimiento unitario se denominó: Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, o en abreviatura, FE de las JONS. Mantiene el lema: Por la Patria, por el Pan y por la Justicia; como emblema el yugo y las flechas. Los fines comunes establecidos fueron: unidad, acción directa, programa antimarxista, liga económica para asegurar la salvación de la población obrera y rural y los pequeños empresarios.

En la veja ciudad castellana, José Antonio habló después de Onésimo Redondo, y su discurso es uno de los más bellos por él pronunciados, incluso desde el punto de vista literario.

Sucesivamente, José Antonio, después de una votación que le dio una mayoría reducida, fue elegido Jefe Nacional de la Falange por tres años; sin embargo, la elección no fue bien digerida por algunos exponentes sindicalistas.

En efecto, en enero de 1935, se produjo la ruptura entre José Antonio y Ledesma Ramos, siendo éste expulsado de las filas del movimiento falangista. Ello fue causa de una desagradable polémica, que al principio pareció que iba a poner en grave dificultad a José Antonio, al que una parte de los sindicalistas definían como el « señorito », acusándolo de burgués. Pero José Antonio, como ya hemos narrado en el primer Capítulo, les hizo frente a pecho descubierto y los batió fácilmente, hasta tal punto, que con él se quedaron las tres cuartas partes de los jonsistas con Onésimo Redondo.

En cambio, Ledesma Ramos se mostró irreducible y fundó otro periódico que se llamó « La Patria Libre ». Su campaña contra José Antonio fue dura y falta de generosidad, llegando a definirlo en el periódico como « desprovisto absolutamente de cualquier capacidad ». José Antonio respondió en el periódico « Arriba », cuyo primer número, en sustitución de « Fe », apareció el 21 de marzo de 1935. Ledesma reanudó más tarde sus ataques escribiendo un libro titulado « ¿Fascismo en España? ». Pero los acontecimientos políticos, a medida que se avecinaba el drama, los reconcilió. Se volvieron a ver en la Cárcel Modelo de Madrid, a la cual se dirigió Ledesma nada más saber que José Antonio había sido arrestado.

Incluso la muerte volvió a encontrarlos: Ledesma precedió a José Antonio, ya que fue asesinado en Madrid el 29 de octubre de 1936, un mes antes que él.

Ya hemos hablado del fracasado intento de acuerdo entre las « derechas », es decir, entre los movimientos capitaneados por José Antonio, Calvo Sotelo y Gil Robles, en vísperas de las elecciones de 1936. La Falange era custodia celosa de un programa social muy avanzado; veía con malos ojos a los « conservadores » y desconfiaba, por las razones psicológicas que ya hemos expuesto, de los monárquicos, si bien la Falange no se mostraba rígidamente cerrada a ellos. En todo caso, el acuerdo no llegó y el Frente Popular ganó las elecciones. José Antonio no logró su reelección. Entonces comenzaron unos dificilísimos momentos para la Falange. José Antonio se vio en la imposibilidad de pagar el alquiler de la sede y se tuvo que trasladar a una pequeña oficina, lejana del centro de Madrid. Bien pronto se llegó a la persecución abierta y a las provocaciones contra los falangistas y su Jefe. Comenzaron las agresiones sangrientas a los jóvenes falangistas en las calles y se produjeron, contra la voluntad de José Antonio, las inevitables represalias.

La fuerza de los acontecimientos y las previsiones cada vez más difundidas sobre la eventualidad de una verdadera y propia guerra civil, indujeron a José Antonio, a pesar de los pocos medios y la escasa disponibilidad de hombres, a reorganizar la Falange de tal manera que se pudiera al menos defender a los jóvenes simpatizantes. En efecto, en 1935, la organización de la Falange se constituye en una primera y segunda línea formadas respectivamente de los militantes y simples simpatizantes.

Con respecto a acuerdos con otros grupos sólo se registró un cierto entendimiento entre la Falange y el « Bloque Nacional », de Pedro Sáinz Rodríguez, de tendencia monárquica. El pacto fue sigilado en 1934, y dio lugar a la aprobación de un decálogo, los diez puntos de El Escorial, relativo a la constitución de un Nuevo Estado.

La primera ocasión en que reuniendo a sus colaboradores, es decir, a la Junta Ejecutiva de la Falange, José Antonio habló claramente sobre la posibilidad de una revuelta armada, fue en Gredos, el 16 de junio de 1935. Así se lee en las memorias del falangista Francisco Bravo, que ya hemos citado como amigo inseparable de José Antonio.

Bravo, que estaba presente en la reunión, dice lo siguiente acerca del discurso de José Antonio: « A nosotros se nos plantearán días tremendos,

que habremos de soportar con la máxima entereza. Pero creo que en vez de esperar la persecución debemos ir al alzamiento, contando, a ser posible, con los militares, y si no, nosotros solos. Tengo el ofrecimiento de 10.000 fusiles y un General. Medios no nos faltarán. Nuestro deber es ir, por consiguiente, y con todad las consecuencias, a la guerra civil ».

Según las conjeturas de un (más bien malévolo) biógrafo inglés de José Antonio, Gibson, se trataría de una alusión al General Sanjurjo que estaba en Portugal; pero también podría ser que se refiriera al mismo Franco o alguno de los Generales próximos, al menos espiritual-mente, a la Falange: Mola, Goded, Yagüe, Moscardó. Según una posterior noticia del mismo biógrafo (y que se recoge a beneficio de inventario) el 27 de mayo de 1936, José Antonio habría confiado a Rafael Garcerán, un falangista detenido junto a él y después puesto en libertad, un mensaje para el General Mola, comunicándole que tenía a su disposición cuatro mil hombres para la revuelta militar.

Aquí termina la historia de la Falange, hasta que vivió José Antonio; porque desde junio de 1936 hasta noviembre del mismo año, pasó, como sabemos, los últimos meses de su vida en la cárcel. Pero también sabemos que desde la prisión pudo dirigir la Falange; en primer lugar, porque la cárcel de Madrid era muy abierta y le permitían celebrar reuniones y mandar mensajes; luego, porque a pesar de la extrema dureza de la prisión de Alicante, los falangistas, gracias a la abnegación de las mujeres que conseguían entrar en ella alegando un motivo asistencial, continuaron los contactos, recibieron los mensajes y transmitieron a todos los militantes las órdenes de José Antonio.

Durante la guerra civil, después de haber desaparecido José Antonio, un Decreto del Caudillo, publicado el 19 de abril de 1937, unía en un solo Movimiento las fuerzas políticas que nueve meses antes habían participado en el Alzamiento del 18 de julio de 1936.

Se trataba en primerísima línea de los falangistas y de los jonsistas, de los carlistas, tradicionalistas de Acción Española, monárquicos moderados y católicos independientes. Continuó por aquel entocenes el nombre de Falange Española aunque más tarde se habló de Movimiento Nacional.

La doctrina de la Falange es la de José Antonio, en las sucesivas elaboraciones, comenzando por los primeros nueve puntos que aparecieron en el periódico « Fe », inmediatamente después de haberse fundado el movimiento falangista. Esto quiere decir que en tres años el pensamiento

político de José Antonio se fue afinando poco a poco, sin seguir los acontecimientos o las experiencias, sino dando la sensación de saber dominar y preceder a los hechos. En aquel pensamiento no había nada de oportunismo, ninguna concesión a la « real-politik »; se trataba de dar a España un movimiento político injertado en la tradición, formando parte al mismo tiempo del futuro del pueblo español. Así, pues, tradición y revolución son dos polos alrededor de los cuales gira la inspiración política y doctrinal de la Falange. A José Antonio le va perfectamente una bella frase de Jaurés: « Es yendo hacia el mar cuando el río es fiel a su manantial ». Hacia el mar de la revolución de la joven España pero, precisamente por ello, fiel al manantial de la España clásica. He aquí a José Antonio y a su movimiento falangista en su exacta posición histórica. Al tema « tradición y revolución » dedicó José Antonio un escrito, que era la prefación a un libro de Pérez de Cabo, titulado « ¡ Arriba España! ». En aquella ocasión aclaró que la doctrina falangista rechazaba tanto los retornos al pasado (« como si la tradición fuera un estado y no un proceso ») como la fugas hacia el futuro, demoledoras del pasado. José Antonio dedicó, en particular, a la revolución una notable parte de sus meditaciones, porque conocía bien la diferencia y la distancia que existe entre insurrección y revolución y en el momento mismo en que preparaba sus formaciones de jóvenes para luchar contra el enemigo interno para lograr el poder, se ocupaba de la educación revolucionaria de sus secuaces.

Obraba así inducido también por la experiencia negativa del padre, el dictador Primo de Rivera, que no había sabido usar del poder para cambiar las instituciones y conseguir la verdadera salvación del pueblo español. Entre las muchas definiciones de revolución que se encuentran en los textos de José Antonio, citaremos una de las más características y sobre todo la más sincera (publicada en el escrito « Acerca de la revolución » aparecido en el periódico « HAZ », en octubre de 1935): « La revolución es la tarea de una resuelta minoría, inasequible masa, porque la luz interior fue lo más caro que perdió, víctima de un período de decadencia ». Es evidente que no se trata de una definición de la revolución en general, sino más bien de un retrato de la situación prerrevolucionaria española, dedicado a los jóvenes. A éstos dice José Antonio: « Estad orgullosos de ser una minoría, no os desaniméis delante de relaciones de, fuerza porque el pueblo acabará por seguiros ».

En el cuadro de la inspiración revolucionaria, en la doctrina de José Antonio, lo que cuenta es el hombre. En pocos pensadores políticos es tan evidente la influencia del humanismo, de la cultura y de la filosofía; se trata quizás de la característica más noble, e incluso la más moderna, la más actual de su pensamiento. Son muy numerosas las citas que demuestran lo dicho. Leamos juntos (del escrito « En una tarde de octubre... »: « El hombre es el sistema, y ésta es una de las profundas verdades humanas que ha vuelto a poner en valor el fascismo. Todo el Siglo XIX se gastó en idear máquinas de buen gobierno. Tanto vale como proponerse dar con la máquina de pensar o de amar. Ninguna cosa auténtica, eterna y difícil, como es el gobernar, se ha podido hacer a máquina; siempre ha tenido que recurrirse a última hora a aquello que, desde el origen del mundo es el único aparato capaz de dirigir hombres. Es decir, el Jefe, El héroe ». Incluso puede parecer — al hablar del hombre como Jefe y como Héroe — que el humanismo de José Antonio vaya a desembocar exclusivamente en el mito del dictador, en el Cesarismo. Cierto, el Cesarismo está en él, es una de las componentes de su espíritu pero no lo es como sofocación de la libertad ni como divinización de lo humano. José Antonio es demasiado religioso en su intimidad para poder colocar al hombre, incluso al Jefe, en el vértice de lo creado y ama demasiado la libertad para subordinarla en absoluto a otros valores. Su humanismo es, pues, correcto y diría que casi vigilado por su profunda fe en la trascendencia; su Cesarismo cede el paso, en perspectiva, a la verdadera libertad. En realidad dice (conferencia « España y la barbarie » de marzo de 1935): « El hombre tiene que ser libre, pero no existe la libertad sino dentro de un orden ». Esto significa que se trata de una concepción orgánica del pensamiento político, y así como tiene que haber equilibrio entre la tradición y la revolución, también tiene que haber equilibrio entre orden y libertad para impedir que el orden se convierta en tiranía y que la libertad acabe en libertinaje. Se trata de una concepción típicamente católica.

Volvemos pues al hombre: « Fijaos en la característica (y ya veis que quiero colocar la cosa todo lo alto que puedo) de la tragedia española y de la tragedia europea » — enseñaba José Antonio en una conferencia pronunciada en abril de 1935, en Madrid — « que habéis tenido la benevolencia de ir siguiendo conmigo esta noche: el hombre ha sido desintegrado, ha sido desarraigado, se ha convertido, como os decía antes, en un número el las listas electorales y en un número en la cola de la puerta

de las fábricas; este hombre desintegrado lo que está pidiendo a voces es que le vuelvan a poner los pies en la tierra, que se le vuelva a armonizar con un destino colectivo, con un destino común, sencillamente — llamando a las cosas por su hombre — con el destino de la Patria ». Es difícil, como habéis oído, dar con una descripción más actual de la crisis del hombre contemporáneo; y sin embargo, han transcurrido cincuenta años.

Para que el hombre supere la crisis y se reconozca en la tradición común, en la Patria común, para un común destino de renovación, es necesaria la intervención del Demiurgo; y he aquí la función del Jefe, he aquí un Cesarismo popular, si así se puede expresar. « Ninguna revolución produce resultados estables si no alumbra su César » — escribe en Arriba, en octubre de 1935. « Sólo él es capaz de adivinar el curso histórico soterrado bajo el clamor efímero de la masa. La masa tal vez no lo entienda ni lo agradezca; pero sólo él la sirve ». Este concepto, del mando como servicio, vuelve en otro pensamiento de José Antonio. «El jefe no debe obedecer al pueblo » — escribe en el ya citado ensayo « Acerca de la revolución » — « debe servirle, que es cosa distinta; servirle es ordenar el ejercicio del mando hacia el bien del pueblo, procurando el bien del pueblo regido, aunque el pueblo mismo desconozca cuál es su deber; es decir, sentirse acorde con el destino histórico popular, aunque se disienta de lo que la masa apetece ».

Como decíamos, se trata de un Cesarismo *sui generis*, que consagra la función del Jefe sólo en cuanto éste sea capaz de servir los verdaderos intereses del pueblo.

Junto al Jefe, y como su permanente apoyo, el Movimiento, que debe ser escuela permanente de ejemplo y capacidad de sacrificio. « Nuestro Movimiento » — dice José Antonio en el discurso del Teatro de la Comedia — « no es una manera de pensar: es una manera de ser. No debemos proponernos sólo la construcción, la arquitectura política. Tenemos que adoptar, ante la vida entera, cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esta actitud es el espíritu de servicio y sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida ».

Se trata evidentemente de un lenguaje que José Antonio dirige sobre todo a los jóvenes; es el discurso de fundación de la Falange y el Jefe quiere colocarse a cabeza de la juventud militante. Pero no es un reclamo ocasional, aislado. En las Obras Completas se puede leer este fragmento dedicado a la juventud falangista: « Si algunas veces me acometió la duda

de si los veteranos de la Falange llegaran a dirigir a España, en cambio no dudé nunca de que regirán los muchachos que han descubierto en la Falange su verdadera actitud ante España. No hay más que vieja política y nueva política. Más fuerte que las actitudes de derecha e izquierda es hoy, en la juventud española, la conciencia de generación. Pronto se habrán entendido por encima de sus luchas y harán juntos a nuestra España verdadera ».

Con extrema franqueza José Antonio afrontaba el más espinoso de los problemas propios de todo movimiento que tenga como objetivo la conquista del poder incluso con la fuerza: el problema de la violencia. Y es necesario decir que en la España de entonces lo afrontaba con extrema civilidad, diciendo: « La violencia puede ser lícita cuando se emplee por un ideal que la justifique. La razón, la justicia y la Patria serán defendidas por la violencia cuando por la violencia — o por la insidia — se las ataque. Pero Falange Española nunca empleará la violencia como instrumento de opresión ».

Puesto que, por otra parte, este estudio de la personalidad y de la acción política de José Antonio no quiere ser apologético, sino serenamente expositivo, deseamos dejar constancia de este tema de la violencia, incluso de una actitud más dura y evidentemente relacionada con las polémicas políticas de aquél tiempo.

Por ejemplo, en el discurso del Teatro de la Comedia, tantas veces citado, se puede leer: « ...que si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. Porque, ¡, quién ha dicho — al hablar de « todo menos la violencia » — que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿ Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes de reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o la Patria ».

Así, pues, para defender a la Patria incluso la violencia. Es una postura fácilmente comprensible si se tiene en cuenta, lo repetimos, que la guerra civil estaba en el ambiente y que si la iniciativa no la tomaba una parte lo haría contemporáneamente la otra. Es más, hay que añadir que el Frente Popular, la otra parte, estaba en el poder y lo ejercía en términos de guerra

civil, o por lo menos con manifiesta violencia recurriendo incluso a las armas. Baste recordar el asesinato de Calvo Sotelo.

El motivo recurrente de toda la temática doctrinaria de la Falange es la Patria, como suprema instancia unitaria de todo un pueblo, más allá de las clases y de los partidos. « La Patria — se lee en el discurso del Teatro de la Comedia — « es una unidad total, en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir ». Y todavía, en una carta abierta de José Antonio a Luca de Tena: « La Patria no es el campo indiferente en que se desarrolla la eterna pugna entre la burguesía, que trata de explotar a un proletariado, y un proletariado, que trata de tiranizar a una burguesía. Sino la unidad entrañable de todos al servicio de una misión histórica, de un supremo destino común, que asigna a cada cual su tarea sus derechos y sus sacrificios ».

Todavía más frecuentes son las referencias al Estado, sea para comprobar polémicamente la inexistencia del mismo en el marco de la situación española contra la cual combatía la Falange, sea para propugnar un Estado orgánico capaz verdaderamente de representar y tutelar la justicia y el orden ciudadano.

En cuanto a las posiciones críticas, será suficiente citar un párrafo de la conferencia pronunciada en abril de 1935: « ...nos encontramos con que el Estado español, con que el Estado constitucional español, tal como lo vemos configurado en la carta fundamental y en las leyes accesorias, no existe; es una pura broma, es un puro simulacro de existencia. El Estado español no existe en ninguna de sus instituciones más importantes ».

Por lo que respecta a las definiciones originales del Estado, en el programa de la Falange, es importante destacar que se trata siempre de posturas antitotalitarias o de cualquier modo netamente diferenciadas de las típicas posiciones atribuidas, con razón o sin ella, a varios movimientos « fascistas ».

En las Cortes, en un discurso pronunciado el 19 de diciembre de 1933, José Antonio declaró: « Por eso es divinizar al Estado lo contrario de lo que nosotros queremos ». Y en la conferencia sobre « España y la barbarie », pronunciada en marzo de 1935, manifestó: « ...puede ser fuerte sin ser tiránico, el Estado que sirva a una unidad de destino. He aquí cómo el Estado fuerte, servidor de la conciencia de la unidad, es la verdadera

garantía de la libertad del individuo. En cambio, el Estado que no se siente servidor de una unidad suprema teme constantemente pasar por tiránico ». Por consiguiente, Estado fuerte, aunque no tiránico; y Estado garante de la unidad y por ello garante de la libertad.

Si a los valores de la Patria y del Estado la doctrina falangista, por boca de José Antonio, atribuye un puesto destacadísimo, es necesario añadir que no dedica menor espacio, y quizás una importancia superior, a los valores sociales. No olvidemos que el lema de la Falange, tomado de las JONS, era: Patria, Pan, Justicia, y no olvidemos que cuando se produjo la fusión, una parte, aunque pequeña, de los amigos « moderados » de José Antonio, o más bien los ex-amigos del padre, dejaron la Falange porque no compartían aquel exceso, en su opinión, de sociabilidad.

Entre todos los hombres políticos de derecha de este siglo, es José Antonio quizás el que ha dirigido a los obreros con los acentos más conmovidos. Escuchad: « Los obreros son la sangre y la tierra de España. No creáis que son enemigos aunque griten en contra de nosotros No camaradas! Todos los que nos miran de mala manera cuando vendéis nuestro periódico o cuando distribuís nuestros manifiestos, no son enemigos nuestros. Son una parte de la Falange ».

Se llega, como habéis oído, a posiciones evangélicas, que incluso pueden ser consideradas como ingenuas, o de « profeta desarmado », en relación con lo que sucedió inmediatamente después, pero que en la sustancia son uno de los más altos títulos de nobleza de la Falange, de su doctrina y de su jefe.

También porque no se limitaban a la predicación, cumplían las promesas y ya se movían, con bastante modernidad, por los caminos de la participación. El 6 de noviembre de 1934, precisaba José Antonio en las Cortes, dirigiéndose a Gil Robles lo siguiente: « En cambio, con lo que queremos nosotros, que es mucho más profundo, en que el obrero va a participar mucho más, en que el Sindicato obrero va a tener un participación directa en las funciones del Estado, no vamos a hacer avances sociales uno a uno, como quien entrega concesiones en un regateo, sino que estructuraremos la economía de arriba abajo de otra manera distinta, sobre otras bases, y entonces sucederá, señor Gil Robles, que se logrará un orden social mucho más justo ». En la conferencia del 3 de marzo de 1935, decía José Antonio: « ...nos sentimos, no la vanguardia sino el ejército de un orden nuevo que hay que implantar en España; que hay que implantar en

España, digo, y ambiciosamente, porque España es así, añado; de un orden nuevo que España ha de comunicar a Europa y al mundo ». Las posturas anticapitalistas de José Antonio eran tan ásperas como las que tenía contra el marxismo. En un discurso pronunciado en mayo de 1935, llegó a decir: « Pensad a lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene patrimonio, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número de aglomeraciones ». Además fue un defensor de la propiedad privada en función social, como se precisa en otra parte del discurso: « ...la propiedad es la proyección directa del hombre sobre sus cosas: es un atributo elemental humano. El capitalismo ha ido sustituyendo esta propiedad del hombre por la propiedad del capital, del instrumento técnico de dominación mundial ». Por lo tanto, el capital como atentado a la propiedad privada y ésta en función social como pilastra de la sociedad.

En el marco de las reformas sociales propuestas por José Antonio, destaca particularmente la agraria, acerca de la cual tomó repetida veces la palabra en las Cortes, En uno de sus discursos sostuvo que había que dar a los campesinos la posibilidad de rescatar las tierras sin pagar nada. ¿ Y la indemnización del Estado a los propietarios? José Antonio respondió: « Sí, si los recursos del Estado lo permiten, pero si no fuera así peor para ellos ». Y añadió: « ...es más justo y más humano, y salva a más número de seres, el que se haga la reforma agraria a riesgo de los capitalistas que no a riesgo de los campesinos ».

Partiendo de estas premisas tan claras, de hecho y de derecho, José Antonio llega a una definición orgánica y modernísima de los deberes y de las estructuras del sindicato, dando al movimiento sindical la obligación de contribuir a la instauración de un orden social justo, desligándolo de la humillante condición de pura representación reivindicativa de ciertas situaciones económicas.

En la concepción política de José Antonio, los sindicatos asumen el valor de auténticas y verdaderas columnas de la arquitectura del Estado. En « Arriba » escribe que los sindicatos, no sólo son cofradías profesionales o congregaciones de trabajadores, sino principalmente órganos verticales en la integridad del Estado, órganos vivos e imprescindibles en el interior del cuerpo de la Patria, que ofrecen a los trabajadores la seguridad de que su humilde labor cotidiana y personal se eleva a categoría política de colaboración nacional. Una síntesis del pensamiento de José Antonio en

materia de sindicalismo, la tenemos en el punto noveno de la Norma Programática de la Falange: « Concebimos a España, en lo económico, como un gigantesco sindicato de productores. Organizaremos cooperativamente a la sociedad española mediante un sistema de sindicatos verticales por ramas de la producción, al servicio de la integridad económica nacional ».

Este punto de la doctrina falangista, en el que se habla de « corporaciones », en un marco social y económico de la participación, nos permite aclarar el significado de un principio polémico de José Antonio contra cierto « corporativismo » que consideraba reaccionario.

En una conferencia pronunciada en abril de 1935, en Madrid, dijo: « ¡ Cuantas veces habréis oído decir a los hombres de derechas: estamos en una época nueva, hace falta ir a un Estado fuerte, hay que armonizar el capital con el trabajo, tenemos que buscar una forma corporativa de existencia! Yo os aseguro que nada de esto quiere decir nada, que son puros buñuelos de viento...Armonizar el capital con el trabajo..., que es como si yo dijera: me voy a armonizar con esta silla... Cuando se habla de armonizar el capital con el trabajo lo que se intenta es seguir nutriendo una insignificante minoría de privilegiados con el esfuerzo de todos, con el esfuerzo de obreros y patronos ». Está claro que manifestándose así, en polémica con grupos que se llamaban de « derechas », pero que en realidad eran liberales o clericales, José Antonio tenía perfecta razón. El corporativismo, en su acepción avanzada y moderna, no sitúa en el mismo plano al capital y al trabajo, sino que establece que el capital es instrumento del trabajo, invitando al « pacto social », con la garantía del Estado, no a los capitalistas y trabajadores, sino a los empresarios, técnicos y trabajadores.

José Antonio dirige su más intensa polémica, en función programática, hacia la partitocracia, expresión de una democracia que es al mismo tiempo imbele y prepotente. En el discurso del Teatro de la Comedia dice: « Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos en el ejercicio de un trabajo ». Así, José Antonio considera y condena a la partitocracia como una especie de excrecencia, como una categoría política y social innatural e ilegítima.

En el ámbito de esta crítica de carácter general, José Antonio combate y condena, casi por igual, al liberalismo y al marxismo, en sus distintas acepciones.

Contra el liberalismo la polémica de José Antonio es despiadada y debemos añadir, desde nuestro punto de vista, que prescindiendo de hechos inevitables relacionados con los acontecimientos españoles de aquella época, se trata de una polémica de alto nivel, fundamentalmente válida y moderna. En el artículo « Luz nueva en España », escrito por José Antonio, en mayo de 1934, dice: « El liberalismo es, por una parte, el régimen sin fe: el régimen que entrega todo, hasta las cosas esenciales del destino patrio, a la libre discusión. Para el liberalismo nada es absolutamente verdad ni mentira. La verdad es, en cada caso, lo que dice el mayor número de votos. Así, al liberalismo no le importa que un pueblo acuerde el suicidio con tal que el propósito de suicidarse se tramite con arreglo a la ley electoral ». Y añade en el mismo artículo: « ...el liberalismo es la burla de los infortunados: declara maravillosos derechos: la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo...Pero esos derechos son meros lujos para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en régimen liberal, no se les hará trabajar a palos, pero se los sitia por hambre. El obrero aislado, titular de todos los derechos en el papel, tiene que optar entre morirse de hambre o aceptar las condiciones que le ofrezca el capitalista, por duras que sean ». Y de la conferencia de abril de 1935, pronunciada en Madrid, destacamos lo siguiente: « Observad adonde nos ha conducido la descomposición postrera del liberalismo político y del liberalismo económico: a colocar a masas europeas enormes en esta espantosa disyuntiva: o una nueva guerra, que será el suicidio de Europa, o el comunismo, que será la entrega de Europa a Asia ». Pasando al campo opuesto, al socialista y marxista, la doctrina de la Falange es de una claridad extrema; sin ningún compromiso; pronta a golpear allí donde el marxismo se presenta al descubierto, con el bastón, pronta a indagar, a descubrir, a atacar allí donde incluso el marxismo intenta utilizar la zanahoria y no el palo.

Acerca del socialismo dice: « Y el socialismo, que vino a ser una crítica justa del liberalismo económico, nos trajo, por otro camino, lo mismo que el liberalismo económico: la disgregación, el odio, la separación, el olvido de todo vínculo de hermandad y de solidaridad entre los hombres ». Y por fin, en un discurso pronunciado en Madrid, el 19 de mayo de 1935, la condena total de todo el marxismo y la guerra declarada al mayor enemigo de la civilización: el comunismo. Escuchemos: « Las previsiones de Marx se vienen cumpliendo más o menos deprisa, pero implacablemente. Se va a la

concentración de capitales; se va a la proletarización de las masas, y se va, como final de todo, a la revolución social, que tendrá un durísimo período de dictadura comunista. Y esta dictadura comunista tiene que horrorizarnos a nosotros europeos, occidentales, cristianos, porque ésta sí que es la terrible negación del hombre; esto sí es la asunción del hombre en una inmensa masa amorfa, donde se pierde la individualidad, donde se diluye la vestidura corpórea de cada alma individual y eterna. Notad bien que por eso somos antimarxistas; que somos antimarxistas porque nos horroriza, como horroriza a todo occidental, a todo cristiano, a todo europeo, patrono o proletario, esto de ser como un animal inferior en un hormiguero. Y nos horroriza porque sabemos algo de ello por el capitalismo; también el capitalismo es internacional y materialista.

Por eso no queremos ni lo uno ni lo otro; por eso queremos evitar — porque creemos en su aserto — el cumplimiento de las profecías de Carlos Marx. Pero lo queremos resueltamente; no lo queremos como esos partidos antimarxistas que andan por ahí y creen que el cumplimiento inexorable de unas leyes económicas e históricas se atenúa diciendo a los obreros unas buenas palabras y mandándoles unos abriguitos de punto para sus niños ».
He aquí un panorama de 1935 que tiene una actualidad impresionante.

CAPITULO SÉPTIMO. LA FALANGE Y EL FASCISMO

Si un amigo le hubiera preguntado a José Antonio, en la plenitud de su batalla política: ¿ Eres fascista ? ¿ Es fascista la Falange ? Le habría ciertamente contestado que no. Sin embargo, su primer periódico se llamó «El Fascio », o mejor dicho, su primer tentativo periodístico que pronto suprimieron las autoridades gubernativas; y cuando le dio el nombre de « Fe » a su sucesivo periódico, todos los biógrafos afirman que aquel « Fe » significaba Fe y Falange, pero también fascismo; y, como quiera que sea, en sus escritos y en sus discursos no faltan referencias positivas al fascismo, es más, son frecuentes y extremadamente claras.

I Es necesario deducir que José Antonio fue un criptofascista o un fascista temeroso de realzar de lleno la propia fórmula política ? No, absolutamente. El carácter de José Antonio, lo hemos visto, estaba dotado de un excesivo rigor formal y sustancial. No admitía, ni siquiera comprendía, los compromisos. Detestaba la clandestinidad, a tal punto que reprochó a Calvo Sotelo el no haber vuelto a España pronto, a pecho descubierto, después de la elección a diputado, y en vez de ello haber esperado la amnistía política. Luego se vio cuánta razón tenía Calvo Sotelo en no exponerse de manera tan abierta.

Así, pues, ni el miedo, ni la prudencia, ni la hipocresía indujeron a José Antonio a no profesarse fascista y desmentir, en algunas ocasiones muy duramente, el serlo o no haberlo sido.

Los dos motivos fundamentales fueron la guerra de las palabras, ya en curso en todas partes del mundo, por iniciativa comunista y marxista, y la voluntad de autonomía histórica, política, programática y moral que animaba y, en cierto modo, caracterizaba a la Falange y, por consiguiente, a José Antonio.

La guerra de las palabras es uno de los aspectos más relevantes de la vida de nuestro tiempo, aunque debemos tener presente que fue desencadenada de manera política científica por el comunismo de Lenín desde los orígenes de la revolución soviética, y también debemos tener presente que, en el tiempo de José Antonio, la guerra de las palabras estaba

en curso, principalmente en España, mientras maduraba el clima de la guerra civil y en todas partes de Europa se miraba con sumo interés y con pasión ardiente el emblemático caso español.

Tenía razón Holderlin cuando mucho antes escribía: « El lenguaje- es en verdad el más peligroso de los bienes, ya que constituye, al mismo tiempo, la grandeza y la esclavitud del hombre ». La humanidad es hoy y lo era en tiempos de José Antonio, aunque en menor grado, esclava de la guerra de las palabras dirigida científicamente desde las centrales del comunismo mundial.

En el marco de la guerra de las palabras, a la palabra « fascismo » se le asociaba con la palabra « reacción » o « conservación », y la palabra comunismo iba relacionada con la palabra « progreso » o la palabra « revolución »; a la palabra comunismo se la relacionaba con la palabra « paz », junto a la palabra « libertad ». mientras la palabra fascismo venía asociada a la palabra « guerra » y « tiranía ».

En 1935-36, aún no se habían inventado los « mass-media », no existía aún el tremendo instrumento persuasivo que se llama televisión, y que a la magia de la palabra añade el sortilegio de la imagen. No obstante, la opinión pública de un país turbado y turbulento como España, podía ser muy influida a través de la radio, la prensa, la propaganda política, los debates culturales y la táctica y estrategia de las palabras, a las cuales las centrales comunista y socialista dedicaban el máximo empeño: un empeño justificado ya que se trataba, en primer lugar, de conquistar la juventud.
No es casualidad que las batallas más cruentas de toda la guerra civil española giraran en torno a la Universidad de Madrid.

Era pues lógico que un hombre político responsable, un anticomunista esforzado y precavido, un combatiente empeñado en la batalla a vida o muerte, era lógico que un hombre como José Antonio intuyera el enorme peligro de la guerra de las palabras que el Frente Popular llevaba a cabo y tratara de no caer en las trampas del enemigo. Si hubiera calificado de fascista a la Falange habría dado indudablemente alguna posibilidad propagandística al enemigo suyo y de España, habría ofrecido un argumento más a los partidarios del Frente Popular y no habría añadido nada al programa social y nacional, anticomunista y antimarxista de la Falange, que tan claro era de por sí.

Más importante fue el segundo motivo que debió inducir a José Antonio a rechazar la etiqueta de « fascista » aplicada a él y a su movimiento. El era,

ya lo hemos visto, ante todo español, celosamente español, intransigentemente español. Se profesaba cristiano y católico, en el marco de la España cristiana y católica; luchaba con espíritu de Cruzada, para que España, perdido el imperio territorial, pudiese reconquistar el imperio de la cultura y del espíritu y ponía en el vértice de sus propios pensamientos y de todos sus empeños de combate, la causa de la unidad y de la autonomía de España. No aceptaba, ni tan siquiera, el primado de la Iglesia a pesar de ser un practicante rigurosísimos; quería que la enseñanza de los jóvenes correspondiera al Estado español, porque en la jerarquía de valores, la Patria española era anterior a cualquier otro principio y sentimiento. ¿Como habría podido el Jefe de una Falange orientada así por él, el Jefe de un Movimiento nacional y nacionalista tan celoso de la autonomía histórica, espiritual y política de la propia tierra, aceptar la dependencia, aunque sólo formalmente, de un partido amigo pero extranjero, amigo y solidario pero representativo de otra Patria y de otro nacionalismo ? Por este motivo fundamental, que no fue un motivo de pura y simple arrogancia española, rechazó José Antonio el apelativo de fascista.

Habiendo expuesto honestamente todo lo que antecede, debemos añadir inmediatamente que las precisiones de José Antonio al respecto nunca tuvieron por finalidad ensalzar, como tantos han hecho y hacen, en todos los países del mundo, presuntos méritos antifascistas o libertarios, ni jamás llevaron a José Antonio sobre vías equívocas de crítica instrumental o, lo que es peor, de disociación de responsabilidad. Veamos la prueba en esta cita de un fragmento del discurso pronunciado en Callosa de Segura, en julio de 1934: « ...se nos acusa » — dijo José Antonio en aquella ocasión — « de emplear procedimientos y doctrinas de otros países, tachándonos de imitadores y se nos tilda de fascistas. A los que tal dicen hemos de contestar que si por fascistas se entiende aquellos hombres que tienen una fe y una creencia en sí mismos y una fe y una creencia en su Patria, como algo superior a la suma de individuos, como una entidad con vida propia, independiente, y con una empresa universal que cumplir, efectivemente los somos. Pero rechazamos tal calificativo si se cree que para ser fascista baste la parte externa, los desfiles, los uniformes, los actos espectaculares más o menos decorativos. Por eso la salvación de España está en nosotros mismos directamente, sin mediaciones de los partidos políticos, ni de los diputados, ni de nadie más que nuestro esfuerzo y voluntad ».

Hay que añadir que José Antonio tuvo sobre todo dos ocasiones de rechazar la calificación de « fascista » en el sentido y en los términos que acabamos de indicar: cuando se difundió la noticia de que había participado en la conferencia de la « internacional fascista » de Montreux y cuando las autoridades gubernativas suprimieron el periódico « El Fascio » que se debía a una iniciativa suya.

Hemos escrito « internacional fascista » a propósito de la conferencia de Montreux entre comillas porque la palabra « internacional » o « internacionalismo » no encaja bien con la palabra « fascista » o « fascismo » a causa de contradicciones que no consiente... No se puede ser fascista e internacionalista, lo cual no ha excluido alianzas durante algún tiempo entre el partido fascista italiana y otros partidos denominados fascistas de otros lugares del mundo, como no ha excluido alianzas entre la Italia fascista y otros Estados considerados o definidos fascistas; sin embargo, siempre se ha descartado la posibilidad de una internacional fascista, ya que las internacionales son una construcción típica del marxismo. Se sabe que Mussolini fue siempre alérgico a las tentativas de « internacionalizar » el movimiento fascista, a tal punto que declaró, con frase famosa, que « el fascismo no es una mercancía de exportación ».

Así, cuando en el verano de 1934 se celebró en Montreux una reunión de dirigentes « fascistas » de diversos países, entre los que destacaba el belga León Degrelle, y José Antonio fue acusado por la prensa española de haber asistido, lo desmintió de la manera más categórica. He aquí el texto al respecto: « La noticia de que José Antonio Primo de Rivera, Jefe de la Falange Española de las JONS, se disponía acudir a cierto Congreso internacional fascista que está celebrándose en Montreux es totalmente falsa. El Jefe de la Falange fue requerido para asistir; pero rehusó terminantemente la invitación por entender que el genuino carácter nacional del Movimiento que acaudilla repugna incluso la apariencia de una dirección internacional.

Por otra parte, la Falange Española de las JONS no es un movimiento fascista; tiene con el fascismo algunas coincidencias en puntos esenciales de valor universal; pero va perfilándose cada día con caracteres peculiares y está segura de encontrar precisamente por ese camino sus posibilidades más fecundas ».

La supresión de « El Fascio », el periódico instituido por José Antonio poco antes de la fundación oficial de la Falange, se debió, según revelaba el

periódico ABC, a la intervención que la Casa del Pueblo socialista de Madrid, tuvo con las autoridades gubernativas. José Antonio sufrió un duro golpe, pero la aclaración acerca de las relaciones con el fascismo vinieron inmediatamente después, en la tantas veces citada reunión del Teatro de la Comedia de Madrid. Uno de los oradores, que habló antes de José Antonio, García Valdecasas, dijo: « Se ha dicho que ésta es una manifestación fascista y yo digo que siendo españolísima la pueden llamar como quieran. Con el fascismo, que es una experiencia extranjera, podremos tener todas las afinidades y todas las coincidencias que resulten en el futuro, pero nosotros españoles no podemos vivir de fórmulas extranjeras ».

Esto aclarado, podemos ahora que ya se ha precisado la autonomía de la Falange y la voluntad política de José Antonio, referir serenamente las relaciones entre José Antonio y el Movimiento fascista italiano, en la persona de su Jefe, en sus programas y en la propia acción a nivel mundial. José Antonio se sintió atraído profundamente por la personalidad de Mussolini.

Como hemos visto fue dos veces a Italia. La primera vez en el séquito del padre evitó todo contacto político, se mantuvo apartado, deseaba visitar la Roma clásica y católica, sin participar en las entrevistas importantes. Sin embargo, la segunda vez pidió y obtuvo audiencia para visitar a Mussolini en el Palacio Venecia, dejando de Mussolini, en pocas líneas, una imagen original y conmovente: la imagen del Jefe como él la soñaba, es decir, el jefe que ama el propio pueblo, que vela su destino, que se identifica con la Historia y con el porvenir de la propia Patria. Podemos añadir que la impresión positiva, en un coloquio que duró media hora, fue recíproca. Algunos años después, terminada la guerra civil, Mussolini dijo a Pilar Primo de Rivera: « José Antonio era uno de los espíritus más bellos que jamás he conocido ». Y también podemos recordar que José Antonio escribió la introducción de una antología de escritos mussolinianos, con el título « El Fascismo ».

Todavía más importante, para comprender plenamente el personaje, es destacar que el atractivo personal de Mussolini no era para José Antonio el atractivo del dictador, del hombre fuerte; tan es así que por la persona de Hitler no tuvo jamás sentimientos parecidos. Por el contrario, los testimonios aducen todo lo contrario. Hitler no influyó en absoluto en él ya que su formación cultural, lo hemos visto, era clásica y antirromántica, contraria pues a aquel romanticismo alemán que, en mayor o menor grado,

está ligado al nacionalismo. Siempre a propósito de Hitler, el biógrafo de José Antonio, Felipe Ximénez de Sandoval, refiere lo siguiente: « La artista española Ana de Pombo, en sus memorias, cuenta que encontró a José Antonio en París al regreso de un viaje a Alemania y que textualmente le había declarado: « Con Hitler no nos entenderemos jamás. No cree en Dios ». Y Adolfo Muñoz Alonso, autor del ya citado « Un pensador para un pueblo », escribe: « En la concepción de José Antonio, el nacionalismo es todo lo contrario del fascismo italiano; la Falange no es ni puede ser racista ».

Tal concepto fue además expuesto por el propio José Antonio en el discurso que pronunció en Valladolid el 3 de marzo de 1935, cuando dijo que « los movimientos y los Estados alemán e italiano no sólo no son similares sino que son opuestos radicalmente entre sí; arrancan de puntos opuestos ».

Añadamos una noticia que nos da el biógrafo Ximénez de Sandoval. Cuando el Cónsul alemán en Alicante, Von Knobloch, en 1936, hizo una petición al Secretario Político del Ministerio de Asuntos Exteriores de su país, Ernest Von Weizsacker, para que le autorizara a intervenir cerca del Gobierno español a fin de obtener el indulto de José Antonio condenado a muerte, la petición fue denegada. Si la noticia fuera exacta demostraría que la escasa simpatía de José Antonio por la Alemania nazi era recíproca.

Así, pues, la semejanza espiritual entre José Antonio y la Italia fascista estaba por encima de la gran admiración que el joven Jefe de la Falange sentía por el Jefe del fascismo italiano. José Antonio sentía que, a pesar de la respectiva autonomía nacional, Italia y España marchaban por el camino de una misma misión civilizadora. Cuando José Antonio se expresaba, como veremos, en términos semejantes, no había aún noticias de la partida de los voluntarios italianos para España y por lo tanto no se trataba de expresiones dictadas por la solidaridad ocasional o por el agradecimiento. Es más, fue el propio José Antonio quien manifestó solidaridad con Italia en una ocasión sobremanera significativa, cuando en Ginebra se votaban las sanciones contra Italia por la empresa de Etiopía y el Parlamento español se ocupaba de tal argumento. Fue un discurso de los no muchos que pronunció José Antonio en su breve paso por las Cortes; y fue en 1935, un discurso contra las sanciones y de gran comprensión para el pueblo italiano.

« El fascismo » — dijo José Antonio, según señala Muñoz Alonso «-» « se puede comparar con una inyección que tenga la capacidad de resucitar a

un hombre; la inyección podría ser igual para todos pero ninguno resucitaría tal como era ».

He aquí, con una imagen clara, el pensamiento de José Antonio; las revoluciones nacionales italiana y española son autónomas, habiéndose verificado en tiempo diverso y con distintos métodos, pero ambas tienden a que prevalezcan los sentimientos e intereses unitarios de la Nación, lo cual significa que los dos pueblos marchan en la misma dirección.

En una ocasión declaró: « Precisamente las ocasiones desperdiciadas han sido las que abrieron siempre camino a las revoluciones nacionales: porque se desperdició Vittorio Véneto vino la marcha sobre Roma; porque se ha desperdiciado el 7 de octubre es muy posible que venga la revolución nacional, en cuyas filas me alisto ».

Otro motivo de profundo consenso íntimo, por parte de José Antonio, con respecto a la Italia fascista, estaba constituido por la común concepción del sentido del Estado, como garante de orden, de justicia y de libertad. En el discurso en las Cortes del 3 de julio de 1934 dijo: « Ese sentido del Estado, ese sentido de creer que el Estado tiene algo que hacer y algo que creer, es lo que tiene de contenido permanente el fascismo, y eso puede muy bien desligarse de todos los alifafes, de todos los accidentes y de todas las galanuras del fascismo, en el cual hay unos que me gustan y otros que no me gustan nada ».

Evidentemente José Antonio se refería a aquellos « elementos » que dando preferencia a la forma y al rito, en detrimento de la sustancia de la idea, del programa y de la misión, debilitaban y no reforzaban la imagen del Estado fascista. Pero también se refería a la concepción del Estado totalitario, entendido algunas veces como Estado-divinidad, que desde lo alto de su concepción religiosa de la vida y del mundo, rechazaba resueltamente. En su conferencia sobre « España y la barbarie » ya citada, decía: « ...los Estados totalitarios no existen. Hay naciones que han encontrado dictadores geniales, que han servido para sustituir al Estado; pero esto es inimitable y en España, hoy por hoy, tendremos que esperar a que surja ese genio ».

Pero — repetimos — hubo ciertamente por parte de José Antonio un franco consenso por la doctrina fascista del Estado, si bien encuadrada en una visión ética y religiosa de las relaciones políticas y civiles. José Antonio decía a Indalecio Prieto — leemos en « Un pensador para un pueblo » — que el admiraba « el alto concepto que del Estado el fascismo

fue promotor, de un Estado que tiene una misión que cumplir y una serie de valores en que creer; concepto este que constituye la esencia y la profundidad del Movimiento fascista ».

Otro motivo de acercamiento espiritual al fascismo italiano lo constituía el corporativismo, aunque en aquellos años José Antonio mostrara sus dudas al respecto, en cuanto lo consideraba evidentemente un camino medio entre el trabajo y el capital y, por consiguiente, no suficientemente cerca de los trabajadores.

Veamos un pasaje significativo al respecto de la conferencia celebrada en Madrid, en abril de 1935: « Mussolini, que tiene alguna idea de lo que es el Estado corporativo, cuando instaló las veintidós corporaciones, hace unos meses, pronunció un discurso en el que dijo: « Esto no es más que un punto de partida; pero no es un punto de llegada ». La organización corporativa, hasta este instante, no es otra cosa, aproximadamente, en líneas generales, que esto: los obreros forman una gran Federación; los patronos forman otra Federación y entre estas dos grandes Federaciones monta el Estado como una especie de pieza de enlace. A modo de solución provisional, está bien... Este recurso mantiene hasta ahora intacta la relación del trabajo en los términos en que la configura la economía capitalista; subsiste la posición del que da el trabajo y la posición del que arrienda su trabajo para vivir ».

Con esta profunda observación, hay que reconocerlo, José Antonio anticipaba la evolución social del Movimiento fascista, en tiempo de la República Social Italiana, tomando lo esencial, es decir, la necesidad de colocar en el mismo plano no ya el capital y el trabajo sino los impresarios que aportan el capital y los trabajadores que aportan la labor, con la garantía responsable del Estado en favor de los más débiles.

Para completar el juicio de José Antonio sobre el Movimiento fascista italiano, hay que añadir que según se desprende de sus Obras Completas, resulta que el Jefe de la Falange defendía al Fascismo de la acusación de sistemática adopción del método de la violencia en la lucha política.

La guerra de las palabras influyó en los escritos y en los discursos de José Antonio, incluso la utilización de la palabra « derecha »; con una agravante, constituida por el hecho de que la Falange era el único Movimiento político español al que se atribuía, gustara o no, la etiqueta fascista, aunque no era el único partido al que se le atribuía la etiqueta de derecha.

Como sabemos había otros: la CEDA de Gil Robles y el partido de Calvo Sotelo. Y no habiéndose logrado la lista única con tales fuerzas y con grupos menores de derecha, es necesario, por parte de José Antonio y de la Falange, aclarar las diferencias no sólo respecto a las izquierdas (las diferencias eran tan claras y evidentes que no había necesidad de aclaraciones) sino también con las otras « derechas », porque se trataba en parte de aquellas derechas conservadoras que José Antonio detestaba. En realidad no había olvidado la triste experiencia paterna, no había olvidado que a su padre lo habían torpedeado, absurdamente, de derecha más que de izquierda y tampoco había olvidado el comportamiento del Monarca; y sobre todo, no podía olvidar que había fundado la Falange con la alianza de las JONS, es decir, de los sindicatos obreros que deseaban una caracterización netamente social del Movimiento falangista.

Esta es la razón por la cual en los escritos de José Antonio se encuentran tantas referencias a una cuestión que no quiere ser definida « ni de derecha ni de izquierda ». Pero en el fondo, no había dudas, todo estaba claro.

Tiene, pues, razón el Profesor Fergola cuando en su ya citado libro anota: « José Antonio, en el transcurso de su campaña andaluza, repetía en cada discurso que no era ni de derechas ni de izquierdas pero la gente lo votaba, incluso los obreros y los campesinos, no porque fuera fascista o Jefe de la Falange, sino porque era el hijo del viejo dictador y porque lo consideraban, a pesar suyo, hombre de derecha ».

Por otra parte, podemos bien decir, después de todo lo que hemos narrado y observado hasta aquí, que José Antonio, en su vida y en su obra, no sólo fue un exponente de la moderna Derecha europea, sino que fue, por mil motivos, sobre los cuales prevalece el motivo más importante, la perfecta coherencia entre pensamiento y acción, uno de los más límpidos, de los más expresivos, de los más nobles y altos testimonios, en el sentido clásico y cristiano del término.

CONCLUSIÓN. JOSÉ ANTONIO SIEMPRE JOVEN

Al concluir este afectuoso ensayo sobre la vida, las obras y la personalidad de José Antonio Primo de Rivera, se produce en mi interior el mismo fenómeno psicológico que ya se verificó cuando concluí los trabajos precedentes sobre Robert Brasillach y Cario Borsani. Siento el tierno dolor de la separación, como si tuviera la milagrosa fortuna de vivir junto a José Antonio, conversando directamente con él, las tardes y las noches que he dedicado a conocerlo y a su memoria. Siento algo más; siento que la separación es puramente formal porque sé que no experimentaré jamás la alegría de descubrir a un amigo verdadero (¿ y qué otra alegría en la vida es comparable a ésta ?), pero ya nadie podrá quitarme el regocijo, la satisfacción, el ejemplo, el consejo, la inmediatez de tal amistad. Quiero decir que José Antonio no está recluido en estas páginas, ni en aquellas mucho más significativas de tantos libros y ensayos que los amigos españoles y de otras partes de Europa le han dedicado con anterioridad; quiero decir, excluyendo todo reclamo retórico, que José Antonio está vivo con nosotros y que no morirá con nosotros; quiero decir que la procesión maravillosa de jóvenes que durante 400 kilómetros, desde Alicante hasta El Escorial, acompañó sus restos mortales venerando su espíritu, continúa y continuará: llevando sobre las espaldas, sobre las espaldas de la joven España, de. la eterna España, de la joven Europa, de la eterna Europa, no su cuerpo y no su memoria, sino el joven mensaje, el eterno mensaje de José Antonio.

En términos políticos y más bastamente en términos culturales, quiero decir que es milagrosa la actualidad del pensamiento de José Antonio, ya que al estudiarlo no he tenido que referirme a las peculiaridades de su época, ya bastante lejana, para comprender plenamente su personalidad y descifrar su mensaje. Al contrario, he descubierto, he comprendido mejor las diversas características de nuestra época a través del estudio de su personalidad y de la interpretación de su mensaje. Me ha sucedido algo todavía más significativo; me ha sucedido ver no sólo el interior de nuestro tiempo, en compañía de José Antonio, sino de mirar más allá de nuestras

actuales metas políticas y culturales, gracias a José Antonio. Así, pues, una actualidad que se hace esperanza, que se hace porvenir: la actualidad del espíritu que vuela hacia adelante y que no plasma solamente la materia que tiene a su alcance sino que la condiciona, como también lo hace con los espacios y los tiempos del futuro; la actualidad de Giovanni Gentile, la actualidad del cristianismo « Non omnis moriar » del pagano Horacio.

Cierto que José Antonio fue un hombre de su tiempo, de su España, de aquella España que se estaba precipitando, sin que pudiera detenerse, según la lógica de los acontecimientos, en el abismo horrendo y por otra parte purificador de la guerra civil. Cierto que José Antonio fue hijo de aquella generación del 98, de la cual ya hemos hablado, y que llevaba en sí, con los gérmenes y los presagios del futuro, también el condicionamiento pavoroso, la frustración, la mortificación oscura que se manifestaba en aquellas palabras casi blasfemas de Ortega y Gasset: ¿ España invertebrada ! Pero, también es cierto que el recuerdo de aquel tiempo en la total fidelidad a España, nos ayuda a comprender el nuestro , y no sólo nuestro tiempo español sino mucho más allá, nuestro tiempo italiano, nuestro tiempo francés, nuestro tiempo europeo.

En primer lugar, su concepción nacional es actualísima. Esta afirmación puede parecer paradójica, si se compara el patriotismo exaltante y a veces incluso exaltado de José Antonio, con la negada Patria de nuestros días. Pero el que en nuestro tiempo, sabe mirar a la juventud de hoy con comprensión plena y verdadera, sin dejarse desviar de aquél que parece e intentando penetrar en aquél que es, en la conciencia de los individuos y a veces en las manifestaciones de las grandes colectividades, sabe perfectamente que hay sed y hambre de Patria, entre los jóvenes de Europa, entre los jóvenes de España como entre los de Francia, Italia, Inglaterra o Alemania, como sucedió en los grandes momentos históricos de malestar y cambio, a la vigilia de la primera guerra mundial, a la vigilia de la guerra de liberación de España, a la vigilia — también — de la segunda guerra mundial. Todo ello no quiere en absoluto decir que nos encontremos hoy en vísperas de una tercera guerra mundial, y mucho menos quiere decir que las condiciones para el despertar de la juventud a los ideales nacionales sea la inminencia o el presagio de una guerra; sin embargo, quiere decir ciertamente que cuando en los jóvenes prevalece la esperanza sobre la duda, cuando en los jóvenes se vuelve a encender la luz del porvenir, cuando para los jóvenes la vida se vuelve espiritual y cultural conquista, entonces la idea

nacional, entonces la Idea de Patria los enardece y les acompaña. Son aquellos momentos en que los jóvenes van a la busca del Mito, de un Mito joven como ellos, que no les canse ni les envilezca con prédicas de sabihondo, sino que les acompañe y preceda, desplegando la propia bandera, en la ardua lucha.

He aquí que José Antonio es hoy esta especie de Mito; y lo es, en primer lugar, porque su nacionalismo es actual. Es actual, téngase en cuenta, especialmente y sobre todo por aquellos aspectos, por aquellos contenidos que a un observador superficial o desatento (o ignorante, o cegado por la pasión) pueden parecer los menos actuales, los más ligados a otros tiempos y a otra sensibilidad. El nacionalismo de José Antonio es actual porque tiene dimensiones de Imperio, porque tiene empuje imperial; el empuje de Castilla la Vieja extendido a España y de España a todo el Mediterráneo y, más allá, por encima de montes y mares a toda Iberoamérica.

La patria que se hace Imperio porque es la huella de Dios sobre esta tierra; porque es el pasado de cada uno de nosotros, de nuestras familias, de nuestros destinos; porque es el lugar geométrico de nuestra humanidad; porque es la Tradición y el porvenir; porque en su seno conviven, en su seno van a yacer para siempre, de su seno resurgirán nuestros cuerpos y nuestros espíritus. La Patria de Dante, la Patria de Cervantes, la Patria de los sentidos, del corazón, del espíritu, de la civilización; la Patria — he aquí la espléndida actualidad de José Antonio — como la sienten, la respiran, la desean muchos jóvenes que llamamos « nuestros » porque son el compendio de nuestras luchas y nuestras esperanzas; los jóvenes que saben hablar italiano y europeo, español y europeo, francés, inglés, alemán e incluso polaco y húngaro, y rumano y europeo; los jóvenes relevos que continuarán a llevar adelante — en la actualidad de los tiempos — la carga de muerte y de vida, de pasado y futuro que la Idea nacional de José Antonio expresa y exalta.

También actual, y quizás de manera incluso más convincente, es el pensamiento social de José Antonio. Hemos examinado serenamente también las manifestaciones más audaces del mismo; hemos aclarado que no se trataba de demagogia cuando él agredía con arrebato cierta presunta derecha conservadora y denunciaba ásperamente (recuérdense los discursos parlamentarios sobre la reforma agraria) las responsabilidades sino de referencias a la dolorosa y algunas veces repugnante realidad de los

tiempos. Sin embargo, prescindiendo del específico orden social español o italiano o más bastamente mediterráneo, y haciendo referencia al indudable, al confesadísimo, al cotidianamente denunciado fracaso del sistema social y económico en acto en Occidente, que no afronta sino que acompaña y algunas veces se arriesga incluso a justificar cuando no absolver al también indudable, confesadísimo, extradenunciado fracaso del sistema socioeconómico comunista, marxista y socialista; haciendo referencia a los empalagosos tentativos, presentes en todo el Occidente, de ir en busca de la « tercera vía social » sin por otra parte saber alejarse de la vía liberalcapitalista y sin saber condenar a fondo la vía marxista; haciendo referencia a la desbandada social que se opera en todas partes y, triste destino común, que nos permite de comprendernos totalmente sobre todo en la España y en la Italia de hoy. ¡, Cómo no reconocer la extraordinaria actualidad del pensamiento de José Antonio ? ¿ Cómo no agradecerle que hubiera azotado hasta sangrar — él, el señorito —, no la burguesía sino el aburguesamiento indolente y vulgar de su tiempo, de la sociedad en que vivía ? ¿ Cómo no asociarse también a las partes más incisivas, más nítidas, más avanzadas, como se diría hoy en día, de su programa social ? *i* Cómo no comprender que tenía razón cuando criticaba, con gran respeto, el corporativismo italiano de la primera fase, el corporativismo de régimen, el corporativismo que no coloca en el mismo plano el capital y el trabajo, es decir, la materia, y el espíritu sino que — garantizado el respeto de la propiedad en función social, o sea, de la propiedad como síntesis de materia y de espíritu — coloca sobre el mismo plano, garantizando derechos y deberes, a los trabajadores y los empresarios: ¡ por una sociedad de justicia !.

Jóvenes, jóvenes de Italia, de España, de Francia y de Europa, jóvenes de mi Patria y de la más grande Patria europea, occidental y latina, jóvenes a quien está dedicado el mensaje contenido en este libro y en los otros libros dedicados a la « Cultura de Derecha », jóvenes del tiempo de José Antonio y de nuestro tiempo, no menos duro y quizás todavía más amargo; aquí tenéis, en el pensamiento nacional y social de José Antonio, en la síntesis, en la armonía de lo social y de lo nacional, de la tradición — como él mismo decía — y de la revolución, aquí tenéis al Mito y aquí tenéis al mismo tiempo la prodigiosa actualidad de su ejemplo y de su predicación moral, social y política. Aquí está para y con vosotros, aquí lo tenéis al frente de vosotros. Vosotros, jóvenes de España, hace años lo llevasteis

muerto sobre las espaldas. Ahora él, vivo, os dirige, guía y orienta vuestras esperanzas, construye junto a vosotros la nueva victoriosa realidad, marcha a vuestro frente no en busca de una « tercera vía » sino del milagroso actualizarse de la « directa vía », del verbo que se hace carne, del pueblo que se hace Nación y Estado, de nuestros pueblos que se hacen Europa, de la joven Europa que debe encontrar, que está encontrando su magisterio civil.

APÉNDICE. JOSÉ ANTONIO Y FRANCISCO FRANCO

He tenido el privilegio de vivir, junto a las fuerzas nacionales (enormemente más numerosas de lo que parece de acuerdo con las indicaciones electorales deformadas y mixtificadoras) la jornada del 20 de Noviembre en Madrid; la jornada que medio millón de españoles celebran en la Plaza de Oriente, en el nombre de José Antonio y en el nombre de Franco, desaparecidos ambos un veinte de noviembre para volverse a encontrar en la memoria de los ancianos y la veneración de los jóvenes.

He tenido el privilegio no menos grande de rendir homenaje a la tumba de Francisco Franco, en el Valle de los Caídos, junto a la tumba de José Antonio; en el Valle de los Caídos de la guerra de España, sin odio, sin discriminación, con infinito respeto y amor, según el dictamen del Caudillo civil y cristianamente victorioso, pero también según la inspiración y ejemplo del Jefe de la Falange, joven mártir de la misma Causa. Los dos nombres están sigilados en mi recuerdo, esculpidos en mi ánimo, como un solo ejemplo, como una sola enseñanza, vivida y transmitida en dos maneras diversas pero convergentes y complementarias. Quiero decir que no hay, en mi opinión, ninguna discrasia entre los dos personajes, que sin encontrarse pensaron y desearon las mismas cosas.

Pero aquellas dos tumbas, en los últimos años, no han sido sólo meta de peregrinajes reverentes y afectuosos. Se ha rebuscado despiadadamente en esas tumbas y los políticos y los personajes de un cierto compromiso (véase el inglés Gibson), han intentado secularizarlas, inventando contrastes supuestos o presuntas incomprensiones entre el Caudillo y el Jefe de la Falange. Es, pues, necesario dedicar unas páginas a las relaciones entre ambos personajes.

Sólo se encontraron una sola vez y se vieron en una ocasión, no política sino familiar. En efecto, fueron testigos del matrimonio de Ramón Serrano Súñer, compañero de estudios y queridísimo amigo de José Antonio, con Zita Polo, hermana de Doña Carmen Franco, y por lo tanto, cuñada del General. El matrimonio se celebró en Oviedo. En un momento sucesivo, y por gravísimos motivos, los mismos que determinaron el Alzamiento de

Franco el 18 de julio de 1936, José Antonio escribió una carta al General, el 24 de septiembre de 1934. Tenemos que preguntarnos: ¿ Por qué a Franco ? ¿ Por qué esa confianza ilimitada en el General Franco, que José Antonio conocía mucho menos que a otros Generales más próximos al padre y a la familia ? ¿ Cómo era posible que en septiembre de 1934, cuando la crisis española comenzaba a empeorar y junto a las hipótesis políticas aparecían en el horizonte otras diversas; cómo era posible que el joven Jefe de la Falange se pusiera prácticamente en manos del General Franco enviándole un mensaje secreto que podía ser considerado como un llamamiento a la acción ?

La carta es un documento orgánico, de impresionante lucidez, que refleja sin énfasis, fríamente y al mismo tiempo con una pasión que la sobriedad del estilo contiene pero no esconde, la dramática situación de España. Se trata de un documento que pone al General Franco en una alternativa: o sufrir un golpe de izquierda o prepararse para la revolución de derecha. Es un documento que demuestra, más allá de cualquier duda, sospecha o insinuación, que el joven Jefe de la Falange desde 1934 había ya hecho su elección y que sabiendo que era necesario o que era inevitable una intervención militar, había eregido a Franco.

La carta transmitida secretamente a Franco por conducto de su cuñado Serrano Súñer, al parecer, no tuvo respuesta y sería extraño que la hubiera tenido, dadas las responsabilidades que tenía el General, y también conociendo su temperamento y su estilo de vida.

Pero, dejando aparte que la verdadera respuesta se produjo, y que fue la que invocó José Antonio, y que llegó en el momento justo, el 18 de julio de 1936, una ocasión precedente dio lugar, en mayo del mismo año, dos meses antes del Alzamiento, a que el General Franco expresara un juicio extremadamente positivo sobre José Antonio y su obra como Jefe de la Falange.

Entrevistado por un periodista madrileño, Ruíz Albeniz, que lo interrogaba sobre las perspectivas políticas del momento, Franco le preguntó qué pensaba, entre los jóvenes que podían contribuir a salvar a España, de José Antonio. La respuesta del periodista fue entusiasta y Franco, después de haberlo escuchado con evidente complacencia, respondió:

« Tengo exactamente la misma opinión que tú. Yo vengo observando a ese muchacho desde sus primeros pasos, y creo sinceramente que su obra y

su temple es algo providencial para España en esto momentos. Mira: ¿Tu te acuerdas de cómo su padre, aquel gran patriota, se complacía en decir en la intimidad que se sentía llevado de la mano de Dios para salvar a España ... ? Pues yo te digo que lo que no pudo acabar hacer el padre puede ser que lo haga el hijo. El hombre que ha puesto en pie a nuestra juventud cuenta ya con el triunfo mayor que se podía imaginar. Y esa juventud, esos que son como tu hijo, que adoran a José Antonio y por él y por lo que él ordene lo dan todo, y desde luego su vida joven con la sonrisa de héroe en los labios, esa juventud será la que salvará a España cuando el Ejército diga la última palabra en este drama; ¡ y la dirá, no lo dudes, en el momento oportuno ! Pero hay que contar con José Antonio íntegramente, y mira, ya he enviado a mi primo a Madrid para buscar el contacto necesario. Yo quiero conocer hasta el último repliegue de su ideal y que él conozca el mío. » (Este testimonio figura en las páginas 223-224 de la Biografía de José Antonio, escrita por Ximénez de Sandoval).

Al llamamiento de José Antonio de hacía dos años, Franco meditaba para responder en « el momento oportuno », un momento que se avecinaba dramáticamente y uno de los motivos de fondo que empujaban al General a moverse en la dirección solicitada con la total confianza en la juventud nacional española, en la Falange y en su joven Jefe.

Escuchemos, por otra parte lo que en 1934 escribió José Antonio con gran claridad — en la « Carta a un militar español — sobre los deberes de las Fuerzas Armadas: « El Ejército es, ante todo, la salvaguardia de lo permanente; por eso no se debe mezclar en luchas accidentales, pero cuando es lo permanente mismo lo que peligra; cuando está en riesgo la misma permanencia de la Patria — que puede, por ejemplo, si las cosas van de cierto modo, incluso perder su unidad — el Ejército no tiene más remedio que deliberar y elegir. Si se abstiene, por una interpretación puramente externa en su deber, se expone a encontrarse, de la noche a la mañana, sin nada a qué servir. En presencia de los hundimientos decisivos, el Ejército no puede servir a lo permanente más que de una manera; i recobrándolo con sus propias armas ! ».

La identidad plena de puntos de vista, sentimientos y responsabilidades — entre Francisco Franco y José Antonio — no necesita ser ulteriormente documentada.

Dos destinos tan diversos pero dos vidas, una brevísima, la otra bastante más larga, dedicadas entera y concordemente a la misma Causa.